



El *dossier* del próximo número estará dedicado al gótico (misterioso, macabro, latinoamericano).



Julio Ruelas. *La Crítica* [detalle], 1906. Metropolitan Museum of Art ©.

#924: ÁRBOLES

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



SEPT. 25
#924
ISSN: 0185-1330
\$50 MXN

REVISTA DE LA

ÁRBOLES

SEBASTIÃO SALGADO Y LA SELVA QUE RENACIÓ EN BRASIL ¿QUÉ ES, REALMENTE, UN ÁRBOL? ¿LOS NOPALES SON ÁRBOLES? EL SARGENTO MUERTO EN CHAPULTEPEC LOS ÁRBOLES COMO UMBRALES FANTÁSTICOS UN HÉROE MIXE Y SU BASTÓN DE AHUEHUETE LA (IN)UTILIDAD DE LOS ÁRBOLES LINGÜÍSTICOS LA MADERA DE LOS MEJORES VIOLINES PERFIL SILVESTRE TRES MONOS AULLADORES FACSIMIL MÉXICO EN LA CULTURA, UN SUPLEMENTO CLÁSICO

UNIVERSIDAD DE MÉXICO



(002-003) EDITORIAL

(004-103) DOSSIER

006 EUGENIO MONTEJO
Los árboles

008 PAULA SACCHETTA
Árboles de esperanza

022 TANYA HUNTINGTON
Poemas

024 MÁRIO DE ANDRADE
El problema de la llavecita

028 YÁSNAYA ELENA A. GIL
Internarse en el bosque de las lenguas

034 MARIANA ESCALANTE
El Fusang y los diez soles

036 JULIO VILLANUEVA CHANG
El niño hormiguero

038 EUGENIO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ
La historia desarbolada de un ahuehuete en Chapultepec

044 LAURA BAEZA
Una cápsula de tiempo en cuatro cuartos

050 EDUARDO LANGAGNE
Poema

052 ANDRÉS COTA HIRIART
Letras brotantes: árboles en la liternatura

058 LEV JARDÓN BARBOLLA
Hay plantas con madera de árbol

064 BRUNO H. PICHÉ
La hoja de maple

070 ALIFIE ROJAS
Morfología de las hojas

072 ALEJANDRO ESPINOSA FUENTES
Botánica de Freud

078 LOLA HORNER
El árbol como umbral en la literatura fantástica

084 INGRID SOLANA
Apuntes sobre el Tule y sus fantasmas

090 HAMLET ANTONIO GARCÍA ZÚÑIGA
La arboleda lingüística de México

096 ERICK DE LA BARRERA
La vida nocturna del nopal, un árbol sin hojas

102 LYUBA YAKIMCHUK
Danza de la emigración

(104-135) PERIÓDICAS

106 (PANORAMA) CÉSAR TEJEDA
Las tímidas penumbras de Madrid

112 (PERFIL SILVESTRE) ALONDRA RESÉNDIZ ASCENCIO
Tres monos aulladores en medio de una ola de calor

120 (HORIZONTE UNIVERSITARIO) LEDA RENDÓN
Aprendizaje artificial

126 (FACSIMIL) ÁLVARO RUIZ RODILLA
El legado del polvo: los suplementos de Fernando Benítez (1949-1971)

(136-154) CRÍTICA

138 ADRIANA MALVIDO
Por un buen final. Saber qué hacer para morir con dignidad de Asunción Álvarez del Río

141 ADOLFO CASTAÑÓN
Manual para el crítico literario en emergencias de Malva Flores

143 JACOBO ZANELLA
El libro de todos los libros de Roberto Calasso

146 ENZIA VERDUCHI
El monstruo incesante de Amanda Berenguer

150 HUGO JOSÉ SUÁREZ
El Eternauta y la crítica de la dominación

(155-158) COLABORADORES

Portada de la *Revista de la Universidad de México* [entonces *Universidad de México*], vol. XL, núm. 417, octubre de 1985.

El 19 de septiembre de 1985 la Ciudad de México experimentó un terremoto devastador. En el número 417, correspondiente al mes de octubre, la *Revista* reunió colaboraciones alusivas a la tragedia, pero sobre todo al ánimo social concentrado en la solidaridad. El rector Jorge Carpizo reflexiona en torno a ello y a la responsabilidad universitaria en estas páginas. Por su parte, Samuel Salinas Álvarez relata el origen migrante común a muchos capitalinos que vieron, mientras crecían, cómo las vecindades cedían paso a los edificios que sucumbieron durante el temblor. El reportaje de Leticia Santín refleja la movilización de “la universidad del pueblo”: diecisiete mil integrantes de la comunidad universitaria trabajaron durante los primeros quince días, distribuidos en 2 640 brigadas integradas por médicos, enfermeros, psicólogos, ingenieros y arquitectos. Las páginas de esta edición están ilustradas por el dramático lente de Rogelio Cuéllar, que capturó no sólo la catástrofe sino el momento en que la sociedad civil incidió en el futuro del país; un instante en el cual, a decir de Carlos Monsiváis, “democracia puede ser, también, la importancia súbita de cada persona”.



CRUCIGRAMA

Ilustración de Mariana Alcántara, 2025.



VERTICALES

1. Género de árboles cuyo polen desata reacciones alérgicas en los habitantes de la Ciudad de México (singular).
2. Instrumento sobre el que habla el artículo “Una cápsula de tiempo en cuatro cuartos”.
3. Tipo de selva que fue reforestada por el Instituto Terra.
4. Polímero que engrosa los tallos de las plantas y brinda rigidez a sus paredes celulares, según explica Lev Jardón Barbolla.
5. Número de hojas del árbol tallado en la puerta de la escuela de magia a la que asiste el protagonista de *Un mago de Terramar*, de Ursula K. Le Guin.
6. Árbol que aparece en el escudo de la bandera de Líbano.
7. En el poema “Los árboles” de Eugenio Montejó, ¿a través de qué ave grita un árbol?
8. ¿Qué partes de los árboles lingüísticos simbolizan los últimos idiomas que han derivado de grupos y familias de lenguas? (en plural).

HORIZONTALES

1. Especie típica de México que debe clasificarse como árbol, aunque no lo parezca (plural).
2. Estado donde se encuentra un ahuehuete que ha vivido más de dos mil años.
3. Número de pencas en el nopal del escudo nacional de México.
4. Nombre del árbol sagrado que es parte de un mito de la China antigua, traducido en este *dossier*.
5. Sustancia comestible y pegajosa que produce el amate, cuyo sabor describe Mário de Andrade.
6. Nombre del héroe mixe que plantó su bastón, un ahuehuete, en el suelo tras defender a su pueblo.
7. Palabra en inglés, muy adoptada en nuestro idioma, que refiere al arce.
8. Apodo del ahuehuete, legendariamente plantado por Nezahualcóyotl, que se encuentra ya muerto en Chapultepec (sólo sustantivo, sin artículo).
9. Nombre del árbol por cuyo cadáver llora de rabia un niño en el texto de Julio Villanueva Chang.



Hace alrededor de cuatro millones de años, nuestros ancestros bajaron de los árboles. Sin embargo, la suerte de nuestra especie sigue estrechamente ligada a ellos. Ni la domesticación del fuego ni la navegación oceánica habrían sido posibles sin árboles convertidos en leña, en mástiles, en carabelas. Los árboles no son objeto solamente de la botánica y la ecología, también son protagonistas de la cultura humana: es el caso de los violines Stradivarius, creados a partir de una madera única en la historia climática europea. De ello nos habla la escritora (y violinista) Laura Baeza. Por su parte, la lingüística ha recuperado la figura del árbol para representar la evolución de las lenguas; Yásnaya Elena A. Gil y Hamlet Antonio García Zúñiga nos muestran los límites de esta metáfora y dibujan bosques que reflejan la diversidad lingüística tanto de México como del mundo. Además, Lev Jardón expone lo que es, en términos biológicos, un árbol, mientras que Erick de la Barrera afirma que los nopales lo son. En estas páginas se encuentran otras formas legendarias del más reconocido representante vegetal: Mariana Escalante traduce del chino un relato antiguo en el que la vida y la luz están vinculadas a un único árbol. La idea del ejemplar prodigioso puebla también la literatura fantástica. Lola Horner analiza el poder que diversos autores confieren al árbol como umbral entre mundos y etapas vitales. Y si de árboles legendarios se trata, Eugenio Fernández Vázquez escribe sobre el ahuehuete, hoy muerto, que tal vez plantó Nezahualcóyotl. Este ejemplo nos recuerda lo sencillo que es dejar morir un árbol. El niño en el texto de Julio Villanueva Chang observa a un árbol tendido en el asfalto y llora de rabia, lejos de la autocensura a la que nos sometemos en la edad adulta. El mundo de hoy no es amable con las muchas especies de árboles que han inspirado tanto a diferentes culturas. Sin embargo, de vez en cuando surgen brotes esperanzadores. Paula Sacchetta relata la forma en que Sebastião Salgado y Lélia Wanick recuperaron una parte de la selva caducifolia; este reportaje es un pequeño homenaje al gran fotógrafo recién fallecido. Otro asunto de terrible actualidad es la guerra en Ucrania, que retrata el poema “Danza de la emigración” de Lyuba Yakimchuk, en el que un árbol, al contrario de lo que podría pensarse, migra de manera dramática.

Tree #2, 2006. Fotografía de © Myoung Ho Lee. Cortesía de la galería Yossi Milo, Nueva York.

DOSSIER

PP.006-007 EUGENIO MONTEJO PP.008-021 PAULA SACCHETTA
PP.022-023 TANYA HUNTINGTON PP.024-027 MÁRIO DE ANDRADE
PP.028-033 YÁSNAYA ELENA A. GIL PP.034-035 MARIANA ESCALANTE
PP.036-037 JULIO VILLANUEVA CHANG
PP.038-043 EUGENIO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ PP.044-049 LAURA BAEZA
PP.050-051 EDUARDO LANGAGNE PP.052-057 ANDRÉS COTA HIRIART
PP.058-063 LEV JARDÓN BARBOLLA PP.064-069 BRUNO H. PICHÉ
PP.070-071 ALIFIE ROJAS PP.072-077 ALEJANDRO ESPINOSA FUENTES
PP.078-083 LOLA HORNER PP.084-089 INGRID SOLANA
PP.090-095 HAMLET ANTONIO GARCÍA ZÚÑIGA
PP.096-101 ERICK DE LA BARRERA PP.102-103 LYUBA YAKIMCHUK

(004-103)

Pero ¿a quién no le sorprende —y con razón— que hayamos traído un árbol de tierra extraña nada más que por su sombra? El plátano [*Platanus orientalis*] es el árbol en cuestión; llevado

primeramente a través del mar Jonio hasta la isla de Diomedes con el fin de

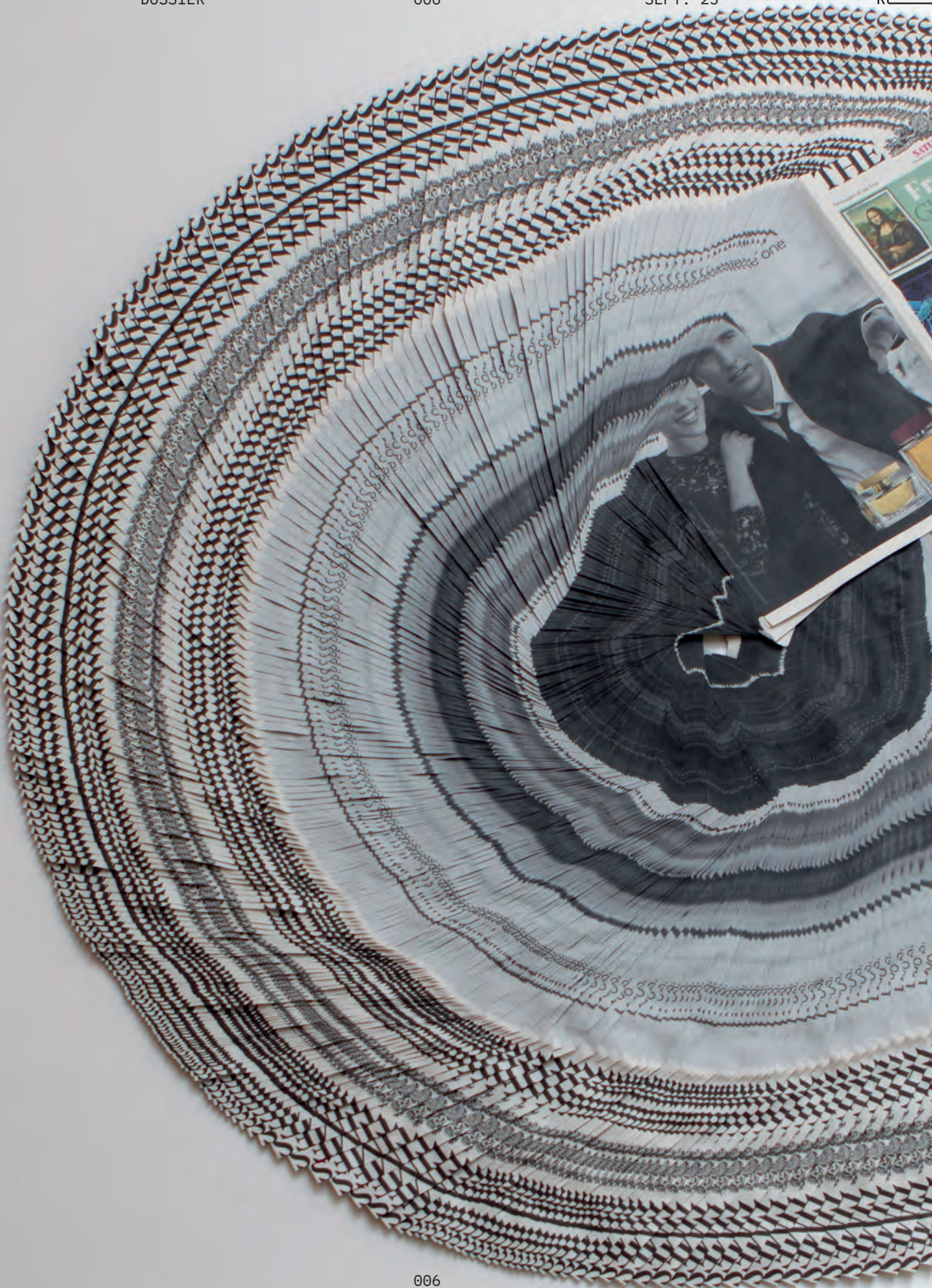
proporcionar
túmulo, [...] ya hasta los arraigando un suelo para que su impuestos



sombra a su ha llegado morinos, incluso en tributario, nación pague hasta por la

sombra [...]. Con posterioridad, hasta tal punto ha crecido su estima que se los sustenta regándolos con vino puro. Ha podido comprobarse que tal procedimiento es muy beneficioso para las raíces; así es que hemos enseñado a beber vino incluso a los árboles.

Plinio el Viejo, *Historia natural*, Lib. XII.



EUGENIO MONTEJO

Los árboles

Hablan poco los árboles, se sabe.
Pasan la vida entera meditando
y moviendo sus ramas.
Basta mirarlos en otoño
cuando se juntan en los parques:
sólo conversan los más viejos,
los que reparten las nubes y los pájaros,
pero su voz se pierde entre las hojas
y muy poco nos llega, casi nada.
Es difícil llenar un breve libro
con pensamientos de árboles.
Todo en ellos es vago, fragmentario.
Hoy, por ejemplo, al escuchar el grito
de un tordo negro, ya en camino a casa,
grito final de quien no aguarda otro verano,
comprendí que en su voz hablaba un árbol,
uno de tantos,
pero no sé qué hacer con ese grito,
no sé cómo anotarlo.

Este poema se encuentra en *Algunas palabras* (Monte Ávila Editores, Caracas, 1976) y se reproduce con permiso de Aymara Montejo.

Miler Lagos, *collage* de la serie *Anillos del tiempo*, 2014. Cortesía del artista.

PAULA SACCHETTA

Árboles de esperanza

Fotografías en blanco y negro de Sebastião Salgado
Traducción del portugués de Paula Abramo

Este artículo está basado en una entrevista que hubo que reprogramar para el día siguiente. Una rama había caído sobre la red eléctrica del Instituto Terra y cortado la luz. Y ésa es una excelente noticia. En un lugar antes devastado, donde ya no crecía ni el pasto para el forraje, hay árboles que hoy tienen muchos metros de altura, tantos que, durante una lluvia fuerte, pueden desgajarse y romper algunos cables.

El Instituto Terra es la vieja hacienda donde nació el renombrado fotógrafo brasileño Sebastião Salgado, que murió en mayo de este año. En 1998, tras una larga temporada de viajes registrando las guerras, el hambre y todo tipo de tragedias humanitarias,



Hacienda Bulcão de la familia Salgado, Valle del Río Doce, Minas Gerais, antes y después de la reforestación, 2001 y 2022.
Fotografías de Sebastião Salgado.



Imágenes a color: vistas panorámicas del Instituto Terra, los trabajos de siembra y la fauna silvestre, 2012-2020. Fotografías de Leonardo Merçon. Cortesía del Instituto Terra.

Salgado y su compañera de vida y de trabajo, Lélia Wanick, regresaron a pasar un tiempo en su hacienda, en Aimorés, en el estado de Minas Gerais. Pero no esperaban encontrarse con una tierra tan arrasada, con suelos secos y expuestos, casi sin árboles.

Cuenta Salgado que él recuerda que en su infancia había allí mucha sombra, animales y varios cursos de agua de manantial. Pero, a finales de los años noventa, ya ni las lluvias traían alivio: caían con una violencia que arrastraba la tierra y empobrecía cada vez más el suelo.¹

Ante aquella imagen desoladora, Lélia le propuso a su marido replantar una selva.² Parecía una locura, pero juntos llevaron adelante su plan y hoy el lugar ya tiene más de tres millones de árboles sembrados. Una vez restablecida la energía eléctrica, es Moisés Marcelino, gerente de operaciones y medio am-

biente del Instituto Terra, quien relata cómo fue que la misión de la pareja se convirtió en un ejemplo de restauración ambiental para el mundo.

En 2025, el Instituto cuenta con ciento veinte especies disponibles en el vivero. Los colaboradores del lugar, algunos voluntarios y otros no, llevan a cabo la siembra, el marcado de árboles parentales y la recolección de semillas.

“Cuando recolectamos semillas, vamos a alguna zona donde haya una población razonable de la especie que queremos recolectar. Dentro de esos ejemplares, elegimos algunos árboles para que sirvan como parentales: observamos su estado de salud, su fructificación y la calidad de su tronco, ramas, hojas y frutos. Los mejores son los que se convierten en árboles parentales: de éstos sacamos las semillas. Y los marcamos mediante geolocalización, para que sea más fácil encontrarlos cuando queramos recolectar las semillas de esa especie”, explica Elizeu Gomes, coordinador de restauración ambiental.

El clima influye mucho e impone ciertas restricciones: el Instituto Terra se encuentra en una zona de selva caducifolia, una de cuyas características es la de presentar dos estaciones claramente definidas: la de secas y la de lluvias, con árboles que pierden las hojas durante la estación de secas. Esto limita tanto el número de árboles como la disponibilidad de semillas. Algunas de las especies que el Instituto ha sembrado son la *mirindiba*,³ el palo borracho,⁴ la *fruta-do-sabiá*,⁵ el cedro,⁶ la peroba,⁷ la cachimba,⁸ el caspirol⁹ y los *ipês*.¹⁰

3 *Lafoensia glyptocarpa*.

4 *Ceiba speciosa*.

5 *Lochroma arborescens*.

6 *Cedrela fissilis*.

7 Nombre común para designar a varias especies de árboles de los géneros *Aspidosperma*, *Chrysophyllum* y *Paratecana*, entre otros.

8 *Senna multijuga*.

9 *Inga laurina*.

10 *Ipê* es el nombre común para varios árboles del género *Tabebuia*. En México conocemos algunas especies de *Tabebuia* como “guayacanes”, pero el propio término “guayacán” es

1 Bela Lobato, “Como Sebastião Salgado plantou uma floresta do zero – e salvou 2 mil nascentes”, *Superinteressante*, 23 de mayo de 2025.

2 *Ibid.*

Moisés subraya que no basta con salir sembrando árboles por ahí; que, para asegurar la supervivencia y perpetuación de la selva, la biodiversidad genética es muy importante. Así, explica, la selva crece, los árboles florecen y producen frutos llenos de semillas. Además, una mayor diversidad de especies también garantiza la supervivencia de la fauna que se alimenta de todo lo que allí crece. “Hoy la gente pasea por nuestra selva y nos pregunta: ‘¿aquí no hay árboles frutales?’, pero hay que recordar que, antes de que llegara Pedro Álvares Cabral, varias de las frutas que hoy tenemos en Brasil no existían y los animales sobrevivían de todos modos. Hay un montón de árboles y frutos que no son apropiados para nuestro consumo, pero sí para el de los animales. Al asegurar la diversidad de los árboles, también garantizamos la diversidad de la fauna.”



La cantidad de árboles que se siembra varía mucho de un año a otro, pero en lo que va de 2025 se han sembrado más de 270 mil en las tierras que pertenecen al Instituto, sin contar los más de 50 mil que se han plantado fuera, en proyectos destinados a colaboradores y productores que quieren armar sistemas agroforestales o recuperar manantiales, por ejemplo.

La hacienda original tenía poco más

impreciso, porque se refiere también a especies de otros géneros.

de setecientas hectáreas, pero actualmente son más de 2340 las que se han ido incorporando al proyecto y que ya cuentan con una selva recuperada o enriquecida.¹¹ La idea es llegar a las cinco mil hectáreas.

El Instituto se encuentra en una zona de pendiente, con pocas áreas que puedan destinarse a la agricultura. En consecuencia, el proceso de restauración está poco mecanizado e incluso hoy en día se lleva a cabo de una manera muy manual. Primero se prepara el subsuelo rompiendo las capas compactadas del suelo. Luego se abren en la tierra unos surcos de setenta u ochenta centímetros de profundidad por sesenta centímetros de ancho. El suelo se analiza para conocer la oferta de nutrientes y sólo entonces se siembra el árbol.

Durante los últimos dos años, el Instituto Terra, que, además de donaciones de personas físicas, actualmente recibe también el apoyo económico de diversos organismos, tanto de Brasil como del extranjero, le ha apostado a una nueva estrategia. Ha empezado a sembrar un poco antes de las lluvias, en tiempo de secas, regando el suelo para extender un poco el tiempo de irrigación de las nuevas mudas. Como las lluvias de la zona son muy concentradas —y escasas—, regar es una forma de ganar tiempo.

En los primeros años del Instituto se sembraron algunas especies que no pertenecían al bioma de la mata atlántica, característico de la región. Hoy en día se da prioridad a la biodiversidad local, partiendo de los fragmentos de selva que aún existen.

Además, se realiza un monitoreo muy riguroso para entender hasta qué

11 Instituto Terra, *Annual activity report*, 2024.

Págs. 012-013

El río Demini es una afluente del río Negro que atraviesa el territorio del pueblo indígena yanomami, bordeando las cuestas del Parque Estatal Sierra del Aracá, estado de Amazonas, 2019. Fotografía de © Sebastião Salgado.







Un conjunto de palmeras de la especie *Astrocaryum jauari* en las orillas del río Jaú, Parque Nacional del Jaú, estado de Amazonas, 2019. Fotografía de © Sebastião Salgado.



Las densas nubes anuncian tormentas sobre el archipiélago de Anavilhanas, una cadena de islas en el río Negro, estado de Amazonas, 2009. Fotografía de © Sebastião Salgado.



La lluvia es tan intensa en el parque nacional de la Sierra del Divisor que las nubes parecen formar un hongo nuclear, estado de Acre, 2016. Fotografía de © Sebastião Salgado.

punto prosperan y sobreviven las nuevas mudas. “Durante los primeros seis meses volvemos a esos lugares para entender cuántos ejemplares siguen ahí, cuántos han sobrevivido y qué tanto han crecido. Luego, al final de la temporada de secas, cuando vuelven las lluvias, se vuelve a monitorear. Actualmente el suelo está mucho menos seco, por ejemplo, porque ya tenemos especies más grandes que hacen sombra y no dejan que se seque del todo.”

Mediante este monitoreo es posible estimar el índice de supervivencia, entendiendo cuántas plantas resisten y cómo están. Pero lo que más llama la atención son las fotos que sacó el propio Salgado del antes y el después: de la tierra arrasada y seca a la selva joven, ya con una cobertura verde, densa y brillante.

“En 2023 plantamos cincuenta hectáreas. Fue un verano especialmente tórrido y muy, muy seco. Eso fue hace ya dos años. Hoy vemos esos árboles y ya tienen cuatro o cinco metros de altura. Es

lindo ver esa resiliencia”, cuenta con entusiasmo Moisés Marcelino.

Actualmente, la tasa de supervivencia de las mudas que siembra el Instituto es superior al 70%. Quien más compete con ellas es la *braquiária*,¹² un tipo de pasto que se usa como forraje, muy común en todo Brasil, así como las malas hierbas. Con todo, la tasa de supervivencia es muy buena. Elizeu Gomes dice que algunas especies no prosperan y que al final eso frustra al equipo, pero que de todas formas la selva se mantiene viva y, lo que es más, crece año con año. Hay

12 Nombre común usado para referirse a especies del género *Brachiaria*, que no es originario de América.

Págs. 016-017

Un igapó, tipo de bosque inundado la mayor parte del año con aguas negras, en el archipiélago de Mariuá, curso medio del río Negro, estado de Amazonas, 2019. Fotografía de © Sebastião Salgado.





unas plantas que requieren más tiempo en el invernadero y otras que pueden pasarse más rápido al suelo. Todo depende de una observación constante. El equipo entiende cómo reacciona cada muda y a partir de ello hace otras pruebas y ajustes.



El retorno de la fauna y la cobertura vegetal del suelo son algunos ejemplos más de la recuperación de un área antes degradada. También han empezado a aparecer otras especies de plantas transportadas por agentes dispersores como los pájaros y los murciélagos.

Podría decirse que Sebastião Salgado y Lélia Wanick sembraron una selva desde cero. Los árboles antiguos son poquísimos. Entre ellos se cuentan algunos manglillos,¹³ especie de gran altura que, según Moisés, mucha gente considera como un ahorro o una jubilación. Estos árboles de madera noble pueden usarse para varios fines, como la fabricación de muebles y la construcción; en consecuencia, muchos los sembraban pensando que podrían talarlos cuando hubieran crecido. Afortunadamente, en el Instituto Terra siguen en pie y, con más de treinta metros de altura, sobresalen entre los muchos otros árboles más jóvenes y, por lo tanto, más bajos.

Mucha gente no lo creía posible. Hoy, esa selva joven tiene más de tres millones de árboles. Moisés subraya que no sólo la mata atlántica, sino todos los

biomas tienen sus especificidades y para restaurarlos es necesario conocerlas. “Uno tiene que entender la fisiología local, estudiar las interacciones de las plantas con el suelo, con los hongos y con otras formas de vida. Tiene que entender cómo preparar la semilla para sembrarla, cuánto tiempo puede guardarla y cómo hacerla despertar para que germine.” Moisés no deja de sorprenderse ante las semillas que le llevan los recolectores del proyecto y que antes ni siquiera se encontraban en este sitio. “Es un conocimiento continuo, el que vamos adquiriendo.”

Pero la restauración de la selva no termina allí. El Instituto Terra está en la cuenca del río Doce, un río de más de ochocientos kilómetros de largo, muy importante para la región sureste de Brasil. Como muchas otras, esta cuenca enfrenta problemas causados por la deforestación, la erosión del suelo, la contaminación de las aguas y las inundaciones. ¿Y qué tienen que ver los árboles con eso? Un suelo sin cobertura vegetal fácilmente es barrido (por la lluvia, por ejemplo) hacia el caudal de los ríos. Y esto provoca la agradación, que es la acumulación de sedimentos en el lecho del curso de agua. Si el proceso se intensifica, puede reducir la profundidad del río e incluso hacer que se seque por completo.

La preservación de los árboles en toda la cuenca del río Doce protege los ríos, arroyos y manantiales que abastecen y aseguran la subsistencia de los seres humanos del campo y de las ciudades.

Para que un manantial sea perenne y equilibrado, tiene que estar protegido del sol, que aumenta la evaporación; no deben pisotearlo los animales, mucho menos el ganado; y el suelo no debe perderse por agradación. Los árboles hacen las veces de un gran paraguas protector. El agua de la lluvia cae antes sobre las hojas y baja al suelo más despacio. Una vez ahí, se infiltra más hondo gracias a las raíces. Además, el agua vuelve al aire a través de la evapotranspiración y esto incrementa las lluvias, no sólo en esa re-

13 *Aspidosperma desmanthum*.

gión, sino en territorios más amplios.

Es decir, los árboles tienen que entenderse también como elementos esenciales para mantener las lluvias, los ríos y, en consecuencia, el agua en todo el planeta Tierra.

Hoy, dentro de la selva de veintisiete años de edad creada por el Instituto Terra es posible ver todo tipo de animales, entre ellos ocelotes, tepezcuintles, capibaras, monos y lobos de crin,¹⁴ algunos en peligro de extinción.

“Al principio era un sueño, pero hoy es lindo ver que se hizo realidad y que llevó a nuestra ciudad a otro nivel. A partir de este ejemplo ya no podemos pensar en producir sin considerar la importancia de la naturaleza, tenemos que entender que no podemos hacer nada en detrimento suyo.”

Dentro de la vida y carrera de Sebastião Salgado, la restauración de la selva en la vieja Hacienda Bulcão, en Aimorés, fue un proyecto para rescatar la esperanza después de ver todas las desgracias que provoca la humanidad en el

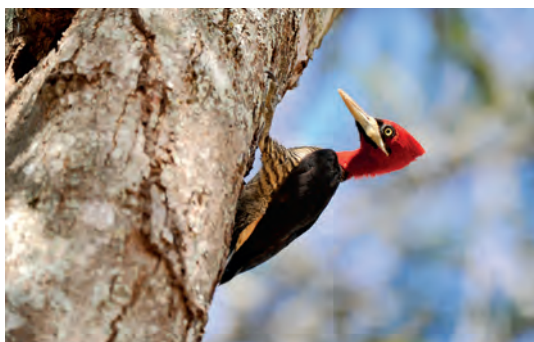
mundo, pero no sólo eso: cuando la selva creció y se puso verde y densa, esa idea lo llevó a otro lugar. Salgado, que ya era célebre por su fotografía de denuncia social, inauguró una nueva fase en su trabajo. Y así nació Génesis, un proyecto que retrata la conexión del ser humano con la naturaleza.

Salgado solía afirmar que, al terminar ese trabajo, se sintió mucho más optimista respecto al planeta. En la película *La sal de la Tierra*, dirigida por su hijo Juliano Salgado y por el reconocido cineasta Wim Wenders, el fotógrafo dice que, aunque admiramos a los árboles por su altura y por su belleza, en realidad todo depende de ellos, empezando por nuestra agua y oxígeno.

Según Juliano, hoy presidente del Instituto, la tierra curó la desesperanza de su padre. “Ver los árboles creciendo y los manantiales brotando reanimó su vocación fotográfica.” Lélia, fundadora del Instituto junto con su marido, sigue siendo consejera.

El propio Sebastião Salgado relata, en el filme, que hubo quien trató de disuadirlo de convertirse en un fotógrafo de la naturaleza: “¿Después de tanto tiempo, tú, que te hiciste famoso por lo humano, por lo social, te vas a poner a fotografiar paisajes?”. Menos mal que no dio oídos a esos colegas de profesión. Salgado se ha ido, pero deja su selva en pie, en Aimorés. Deja también los árboles más verdes de la Tierra —aunque estén impresos en esas fotos en blanco y negro de alto contraste, tan suyas— apuntando, con sus copas frondosas, hacia un futuro mejor. O, como diría Wim Wenders, Salgado se ha ido, pero nos deja su “carta de amor al planeta”. JM

14 *Chrysocyon brachyurus*.



Págs. 020-021

Un igapó con palmeras de la especie *Astrocaryum jauari*, Parque Nacional del Jaú, estado de Amazonas, 2019. Fotografía de © Sebastião Salgado.





TANYA HUNTINGTON

Poemas

Traducción del inglés de Hernán Bravo Varela

*Se mecerán, ocultas, las ramas del jardín;
se agitará hacia abajo la delicada flor.
El haya, malquerida, se tornará marrón,
y este maple a sí mismo se habrá de consumir.*

LORD ALFRED TENNYSON

Agua azul I

Y no basta, con todo, ver un árbol.

Necesitas sentir el lodo entre
los dedos de tus pies y los mosquitos,
el cosquilleo del agua fría que
toma mejor tus piernas que unas manos.

Hasta que veas su vórtice de ramas
y la danza del agua en su reflejo
donde no hay agua, en verdad habrás
deducido su ámbito y tamaño.

Agua azul II

De vuelta al árbol caído:
sus ramas que se despliegan
en incontables riachuelos
de azul cual ramas volcadas,
se han expuesto al sol y al aire,
no se encuentran bajo tierra o
coronadas por las vides
que trepan, entrelazándose.



Ilustración de Mariana Alcántara, 2025.

*¿Quién puede mover de su lugar los árboles
y ponerlos en camino?*

WILLIAM SHAKESPEARE

Árbol giratorio

Girando muy despacio en la línea inclinada,
¿cómo fue que tomaste la maleza
y, arremolinada, la elevaste a tu tronco ennegrecido?

Velos de flecos cobrizos cuelgan de tus muchas ramas,
arqueados y flamencos, en torno a una corona
dorada de hojas cada vez más chicas.

Cada una de ellas, una mano tendida
(no: una palma abierta), prolongada hacia ese
fulgor incandescente; primer plano del sol.

*¡Qué tiempos estos, en que
hablar sobre árboles es casi un crimen
porque supone callar sobre tantas alevosías!*

BERTOLT BRECHT

Monte Albán

Aquellos de nosotros nacidos en la época
de la televisión ya hemos olvidado
cómo hablar de los árboles.

Así este árbol bajo el cual descanso ahora
en vez de recorrer bajorrelieves,
esculpidos en piedra, de danzantes.

Me gustaría conocer su nombre.

Sus muchas y torcidas ramas
que se recortan contra el cielo sobre mí;
sus hojas ovaladas que apuntan a las flores
blancas, pequeñas, pálidas,
son demasiadas para ser diciembre.

Más ruidosas ahora, las abejas
que recogen el polen de las flores
me recuerdan que nunca
conoceré este árbol como ellas lo hacen.

MÁRIO DE ANDRADE

El problema de la llavecita

Notas, introducción y traducción del portugués de Paula Abramo



Mário de Andrade con su sobrino Carlos Augusto de Andrade, *ca.* 1930. Todas las imágenes son del Fondo Mário de Andrade del Archivo del Instituto de Estudios Brasileños, Universidad de São Paulo.

El 7 de mayo de 1927, a las prisas y armado de un bastón recién adquirido para enfrentar los fabulados peligros de la jungla, Mário de Andrade (1893-1945) se despidió de sus amigos en São Paulo y tomó un tren rumbo a la aventura. En Río de Janeiro se embarcó hasta Belém, capital del estado de Pará. Desde allí emprendió un viaje por los caudales del Amazonas y del Madeira. La expedición duró poco más de tres meses y, por única vez en su vida, lo

llevó a tierras extranjeras. A diferencia de sus colegas artistas, que iban a las metrópolis europeas, el autor conoció un pedacito de Perú y otro de Bolivia.

Para entonces, Mário (así, sin apellidos, como le decimos sus lectores) era ya un reconocidísimo intelectual modernista, es decir, vanguardista. Había causado escándalo durante la Semana de Arte Moderno de 1922 en el Teatro Municipal de São Paulo y era muy respetado en los círculos literarios y artísticos del país como poeta, ensayista y polímata. El año anterior había escrito el grueso de su novela *Macunaíma: el héroe sin ningún carácter*, una de las obras maestras del modernismo, aunque todavía no la había publicado.¹

El novelista escribió sobre la selva amazónica, antes de haberla visto con sus propios ojos. En realidad, la Amazonia no era entonces un atractivo turístico. De modo que, cuando surgió la posibilidad de ir, no lo dudó. Sin embargo, el viaje no transcurrió como se imaginaba. El plan original era que fuera con él un grupo de amigos e intelectuales, todos los cuales decidieron abortar la misión. En consecuencia, Mário quedó como acompañante de doña Olívia, mecenas y dama de la alta sociedad paulista, y de las dos traviesas jóvenes que iban con ella: su sobrina, Margarida Guedes Nogueira y la hija de la pintora Tarsila do Amaral, Dulce do Amaral Pinto. Con ellas pasó largas horas a bordo de diversas embarcaciones y asistió a muchos banquetes y recepciones.

Del viaje resultaron cientos de fotografías que tomó con una Kodak de bolsillo, así como el texto *El turista aprendiz: viajes por el Amazonas hasta Perú, por el Madeira hasta Bolivia y por Marajó hasta decir basta*, el diario que fue escribiendo y que luego reelaboró y organizó a lo largo de los años hasta que la muerte inte-

rrumpió su trabajo.² Pese a que no deseaba sacarlo a la luz, Mário redactó, en 1943, un prefacio en el que afirma que el texto “huele a modernismo y ha envejecido bien”. El libro, sin embargo, no se editó sino hasta 1976.³

Este diario no es de fiar. Aquí y allá se entrega a fabulaciones graciosísimas, al más puro estilo paradoxográfico.⁴ Como en *Macunaíma*, el autor revuelve todo o, en sus propias palabras, lo *desgeografiza*: sitúa en la Amazonia elementos de otras partes de Brasil y del mundo. Al mismo tiempo pone en práctica su programa de construir una unidad lingüística, cultural y literaria brasileña que partiera de la realidad pluricultural del país; un traje de arlequín compuesto de muchos retazos distintos.⁵

El siguiente texto, “O problema da torneirinha”, forma parte de la entrada del 4 de junio de 1927 y parodia la formidabilidad de los relatos de viaje. Para entonces, el viaje ha producido ya sus primeros deslumbramientos y sus primeros tedios. Al día siguiente, el vapor hará puerto en Manaus, capital del estado de Amazonas.

1 *Macunaíma* se publicó en 1928, al regreso del viaje amazónico. Su diario y la novela se entrecruzan, pues ésta incorpora varios apuntes del primero.

2 Ésta es sólo la primera parte del libro. La segunda contiene un *Viaje etnográfico, notas de viaje al nordeste*, realizado entre 1928 y 1929.

3 Esta traducción se basa en un cotejo de la edición crítica de Telê Ancona Lopez y Tatiana Longo Figueiredo (reeditada en 2015, en Brasília, por el IPHAN) y la de Flora Thomson-DeVeaux (publicada en 2024, en Río de Janeiro, por Tinta da China).

4 Por ejemplo, en la entrada del 27 de mayo se lee: “Eran tantos los miles de moscos que avanzábamos trabajosos y teníamos que abrírnos paso con los brazos. Dicen que los de tercera clase cortan el aire a cuchilladas, abriendo tajos que, por desgracia, se desvanecen pronto. A veces la masa de los moscos era tan compacta que Mag y Dolur, deportistas, podían sostenerse no diré que un minuto, pero sí unos cuarenta segundos en el aire, nadando en el mosquerío. En estos ‘apuntes de viaje’, como decía mi abuelo Leite Morais, a veces me detengo y no sé si contar ciertas cosas por miedo a que no me crean”.

5 Para ello había que estudiar esa realidad. Un ejemplo del proyecto estético-lingüístico de Mário de Andrade es su *Gramatiquinha da fala brasileira* [Gramatiquita del habla brasileña] que muestra hasta qué punto le interesaba registrar y emplear las peculiaridades de la variante brasileña de la lengua.

EL PROBLEMA DE LA LLAVECITA
Aprovechando la parada en el puerto de leña, fuimos a ver esa liana célebre por la que la india de aquella historia tan hermosa de “La tapera de la Luna”, después de andar haciendo con su hermano unas cosas que no está bien decir, subió al cielo y se convirtió en Luna.⁶ La liana sigue fuertecita en su vejez veneranda. Su altura se ha achicado con la edad, es natural: tiene el tronco todo arrugadito, con unas *sapopembas*⁷ tan colosales que a la sombra de una sola pudimos vivaquear setenta personas. En realidad, no se trata de una liana, como informan los indios

- 6 Esta leyenda fue recogida por Afonso Arinos en *Lendas e tradições brasileiras*, Typographia Levi, São Paulo, 1917, pp. 27-30. Dos hermanos eran los últimos sobrevivientes de su aldea, arrasada por una guerra. La hermana decide marcharse y, enamorada de su hermano, lo visita a oscuras durante tres noches seguidas y hace el amor con él sin que éste sepa quién es ella. A la tercera noche, el hermano se pinta el rostro con achiote y tejorucu para marcar el rostro de su visitante y poder identificarla de día. Ella descubre las marcas reflejadas en el agua y, avergonzada, hace una liana con flechas para subir al cielo, donde se transforma en Luna. Su rostro conserva las marcas.
- 7 Raíces tubulares y planas que rodean los troncos de algunos árboles. Pueden llegar a tener gran altura y tamaño. Decidió preservarse el término tupí por su especificidad y gracia.



Olívia Guedes Penteado con un *bouquet* de flores cosechadas en Iquitos, Amazonía Peruana, 1927. Fotografía de Mário de Andrade.

a la ligera; es un amate, eso es lo que es. El árbol al que se aferró para subir al cielo era una balatá⁸ formidable, la más grande del mundo, misma que, evidentemente, murió por el estrangulamiento del parásito. Todavía puede apreciarse bien el tamañote de esa balatá porque, aunque se pudrió y fue desapareciendo poco a poco, transportada por las hormigas, quedó el espacio que ocupaba dentro del amate. La oquedad, según pudimos sopesar, tiene unos setenta metros de diámetro por unos setecientos de altura. Dentro de ese amplio seno providencial hicieron colmena todas las castas de abejas brasileñas, desde la *guarupu* y la *bijuri* hasta la *mandaçaia* y la *tubuna*.⁹ Es extraordinario, y sin duda uno de los espectáculos más apetitosos del mundo. Hasta de las antípodas vienen extranjeros a asuntarlo. A una distancia de siete leguas se oye ya un zumbido meliflúo y monótono, como el de la luz eléctrica. De cerca ni se diga: es una verdadera sinfonía, con la miel chorreando por las *sapopembas* y abrigando el suelo. Como es sabido, el Gobierno brasileño tuvo la excelente idea de poner en la parte baja de aquella oquedad transformada en colmena gigantesca una enorme placa de acero provista de una llavecita. Así, el que quiere va, la abre y saca toda la miel que ocupa. Y hasta la que no ocupa, lo cual es una verdadera lástima. Pero, en todo caso, parece que ya está resuelto el problema del hambre entre nosotros. Hay toda una procesión en torno a la llavecita del Gobierno: caucheros de la región, muras,¹⁰

8 *Manilkara bidentata*.

9 Se trata de las especies *Melipona bicolor* (*guarupu*), *Melipona quadrfasciata* (*mandaçaia*), *Scaptotrigona bipunctata* (*tubuna*) y probablemente *Scaptotrigona polysticta* (*bijuri*), abejas de diversas regiones de Brasil y países colindantes, no únicamente de la Amazonia.

10 El pueblo mura, cuya lengua originaria se perdió a lo largo de los siglos de contacto con los colonizadores, habita en las cuencas de los ríos Purús, Madeira y Solimões de la Amazonia. Cf. Povos indígenas no Brasil, disponible en: pib.socioambiental.org.



Mário de Andrade con dos acompañantes, São Paulo, ca. 1930.

parintintins,¹¹ taulipangs de las Guyanas,¹² norteamericanos, mercachifles sirios, regatones argentinos, *paroaras*,¹³ hartos canadienses, la lengua de Goethe; una mezcla colorida de razas. Los canadienses y los ingleses hasta formaron un consorcio suizo para ayudar a nuestro Gobierno y construir, a poca distancia del amate, un hotel de verano con muchos pisos y todas las comodidades. El Gobierno concedió la exención de impuestos y el paso libre por la aduana a todo el material importado para la construcción del edificio: concreto armado, obras de arte, perfumes, setenta mil piezas de seda, marinonis,¹⁴ sombreros Borsalino, calzados, máquinas de escribir, radios, pieles de invierno para señoras, piedras preciosas, novelas levemente inmorales completamente francesas, encajes, etc. En verdad fue tanto el interés que luego luego le regalaron al consorcio

setecientas leguas cuadradas de sesmaría en pleno *seringal*,¹⁵ con derecho a explotarlo todo: *seringa*, nueces,¹⁶ mujeres, rebaños.

Como era de esperarse, probamos la “miel del amate”, según se le dice por allá. Es un alimento muy sabroso aunque un tanto sucio, puesto que viene mezclado con mucha *samora*.¹⁷ Esto se debe a que las abejas nacionales son todavía muy ignorantes de las nuevas soluciones introducidas por la *Apis mellifera* en la arquitectura de sus colmenas. Lo revuelven todo, los panales con los huevos, la cera con la *samora*, hay un relajo enorme allá adentro. Busca uno miel por un lado y no hay o lo que encuentra es polen. Ni las mismas abejas saben qué están haciendo, hay muchas que al buscar miel en la colmena que ellas mismas construyeron no pueden encontrarla, se pasan toda la vida buscándola y al final se mueren de hambre. Pero estoy hablando de las colmenas comunes y corrientes, claro, de esas que hay por todo Brasil. Con la miel del amate no se dan semejantes calamidades gracias a la llavecita del Gobierno. Uno la abre y listo: miel hasta el hartazgo. Aunque dicen que últimamente la miel anda escaseando porque ya ni las abejas quieren trabajar. Como no tienen fuerzas para girar la llavecita, se quedan por ahí cerca del orificio, con perdón de la expresión, esperando a que llegue un turista y la abra para que salga la miel. Así no hay colmena que aguante. ¶

- 11 Parintintin es un término posiblemente de origen munduruku usado hasta los años veinte para referirse a los pueblos del grupo kawahiva.
- 12 Taulipang o taurepang es un nombre que se emplea para referirse a los pemones, que viven en la frontera entre Brasil, Venezuela y Guyana. Fueron precisamente las leyendas y las divinidades de los pueblos pemones (taulipang y arekuna), las que nutrieron la escritura de *Macunaima*.
- 13 Migrantes del nordeste de Brasil establecidos en la Amazonia.
- 14 Probablemente se refiera a las imprentas rotativas inventadas por el parisiense Hippolyte Auguste Marinoni (1823-1904).

- 15 *Seringueira* es el nombre común con el que se conoce a la *Hevea brasiliensis*. *Seringal* es un conjunto o un plantío y *seringa* es el látex que producen. Esta especie protagonizó, junto con la *Castilla elastica*, la fiebre del caucho en la región amazónica.
- 16 Se refiere a las nueces de Brasil, semillas de la *Bertholletia excelsa*, nativa de la Amazonia.
- 17 La *samora* es una sustancia amarga que producen las abejas de la especie *Tetragona clavipes*.

La traducción de este libro, así como el trabajo de investigación que implica, está en proceso gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte, del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, en la especialidad de Traducción Literaria.

YÁSNAYA ELENA A. GIL

Internarse en el bosque de las lenguas

Muchas de las narraciones que explican la creación del mundo incluyen árboles como metáforas de ideas y conceptos o como protagonistas de historias llenas de simbolismos que nos vinculan con la esfera de lo sagrado. La metáfora del árbol es algo que se encuentra frecuentemente en los diversos corpus de las tradiciones narrativas de las civilizaciones precolombinas.

Una de esas tantas tradiciones gira en torno a las escenas de la Estela 5 de Izapa. Este monumento, datado entre el 300 a. n. e. y el 50 a. n. e., se halla en un sitio arqueológico ubicado en la región del Soconusco, Chiapas; contrario a lo que podría pensarse, las

Jimmie Durham, *A Project for the Tree at Potolice*, 2000. Todas las imágenes son cortesía de Kurimanzutto, Ciudad de México-Nueva York.





La Malinche, 1988-1991.

ruinas no pertenecen a la cultura maya, sino a la mixe-zoque. La estela, con una particular profusión de signos, tiene un árbol en el centro y, según distintas interpretaciones, representa al mundo terrestre que está conectado con el cielo y el inframundo acuático. Otras lecturas han evidenciado la relación que puede establecerse entre las escenas de la estela con los relatos del *Popol Vuj*, un libro fundamental para los pueblos mayas. Esa intrigante conexión nos habla de cómo los mundos narrativos mesoamericanos se hallan interconectados más allá de las diferencias lingüísticas.

Muchos siglos después de que las personas mixe-zoques crearan la Estela 5, sus descendientes, ya en un mundo colonizado, utilizaron también la figura de un árbol para contar sus historias; en esta ocasión, un ahuehuete, *Taxodium huegelii*, conocido popularmente como Árbol del Tule, se volvió un símbolo de resistencia. En las narraciones del pueblo mixe, este ahuehuete es el bastón que Kontoy, un héroe mítico, plantó en el

suelo después de defender a su pueblo; al partir, el guerrero prometió volver si lo necesitaban de nuevo. Ese bastón se convirtió en el frondoso árbol de dos mil años de antigüedad que está a doce kilómetros de la capital del estado de Oaxaca. Mientras el árbol continúe vivo, la promesa del regreso de Kontoy sigue vigente.

La lengua en la que se cuenta esta historia es el mixe, el cual pertenece a una antigua familia lingüística mesoamericana: la mixe-zoqueana. El *Popol Vuj*, en cambio, se narró originalmente en k'iche', idioma que pertenece a la gran familia de lenguas mayenses. Sin embargo, no siempre supimos que el mixe y el k'iche' pertenecían a grupos distintos y hubo incluso algunos especialistas que los ubicaban dentro de uno mismo.

A la lingüística, que a menudo se presenta como una ciencia, le gusta también hacer metáforas para exponer sus conceptos fundamentales por su gran capacidad explicativa. Quienes se dedican a la rama histórica, por ejemplo, utilizan al árbol para representar las familias; la misma imagen la encontramos en las narraciones sobre el origen de las lenguas que los lingüistas estudian.

Lejos de lo que podría pensarse, las aproximadamente siete mil lenguas que aún se hablan en el mundo no están solamente esparcidas por la faz de la Tierra, sin relación entre ellas. Por un lado, cada una se conecta con sus lenguas vecinas: se influyen unas a las otras, se prestan palabras entre sí y surge lo que la geolingüística ha llamado “fenómenos de área”. Uno de los ejemplos más socorridos para entender esto es el de la palabra “gato”, que es muy similar en diferentes lenguas del área cultural denominada Mesoamérica: en ciertas variantes de mixe es *mixt*, en hñähñu es *mixi*, *miis* en maya y *misitu* en purépecha, por mencionar algunas. Otro ejemplo se remonta a hace cientos de años, cuando las lenguas mixe-zoqueanas prestaron a las lenguas mayenses la palabra “hueso” (*päjk*) y, a su vez, en algún punto de la historia, el

náhuatl prestó la palabra “canasta” (*ts-yíkew*) a una de las variantes del mixe.

Además de las relaciones lingüísticas que se pueden establecer por contacto, las lenguas presentan a su vez otro tipo de relación que no es evidente a primera vista, entre otras razones, porque únicamente logramos observar una parte del ramaje. Si volvemos a la metáfora del árbol, en realidad, sólo podríamos apreciar los bosques lingüísticos —que forman los árboles de tantas familias al juntarse— desde una perspectiva aérea. Sólo veríamos la superficie de las copas sin percatarnos de que al follaje lo sostiene una gran estructura: detrás de cada hoja hay un andamiaje de ramas que salen de un tronco principal, el cual, por su parte, hunde las raíces en la tierra de la que se nutre. De este modo, las hojas, que son las lenguas en la actualidad, no están esparcidas individualmente hasta formar ese tapete de verdor que observamos des-

de arriba. Para conocer realmente la diversidad lingüística del mundo es necesario bajar a tierra e internarse en el bosque. La lingüística histórica o diacrónica se ha encargado de hacer esa exploración que aún no está del todo concluida.

El primer descubrimiento de esta disciplina fue darse cuenta de que lenguas distintas podían estar sostenidas por la misma rama que, a su vez, se conectaba a un mismo tronco del que salían otras ramas y, de ellas, otras hojas lingüísticas. Las lenguas de una familia lingüística están alimentadas por la savia del mismo árbol y, en algún momento de la historia de la humanidad, todas las hojas que forman la frondosa copa fueron un mismo brote pequeño que, poco a poco, fue creciendo. Todos los idiomas de un mismo árbol lingüístico fueron una misma lengua que fue diversificándose con el tiempo y en el espacio. En esto las lenguas se asemejan bastante al proceso evolutivo de las especies biológicas, pues se pueden postular ancestros lingüísticos en común, por lo cual los estudiosos de la evolución de las lenguas se han servido de la metáfora del árbol para explicar los cambios.

En medio del bosque de la diversidad lingüística, tener la certeza de que dos hojas (lenguas) pertenecen a un mismo árbol, y no a árboles distintos, es un proceso complicado. Al respecto, sostener la existencia de la familia indoeuropea no fue una tarea sencilla. En la actualidad, sabemos que lenguas tan distintas entre sí como el bengalí, el castellano o el danés proceden de ese mismo árbol. Hace aproximadamente cinco mil años el indoeuropeo era una sola lengua y parece haber brotado en los actuales Estados de Ucrania, Armenia o Irán. Las lenguas de esta familia se distribuyen desde Europa hasta Asia.

Si para identificar especies de árboles el estudio de sus hojas es fundamental, lo mismo ocurre en el análisis de las lenguas. Cuando las comparamos o confrontamos sus registros escritos antiguos, podemos descubrir pistas que ayu-



A Dead Deer, 1986.

Intentar saber si en un principio fue un único árbol o más de uno nos remite irremediabilmente al origen de la humanidad. La controversia al respecto ha dado pie a innumerables polémicas.

dan a determinar si forman parte de un mismo árbol. Mientras que la relación entre lenguas como el catalán, el portugués y el castellano es evidente, se necesitan muchas más herramientas para sostener que el persa y el catalán provienen de un mismo protoidioma.

La lengua sagrada de los textos védicos, el sánscrito, fue fundamental para proponer que idiomas que de entrada parecían muy disímiles pertenecían a una misma familia. En la segunda mitad del siglo XVIII, un jesuita llamado Gaston-Laurent Coeurdoux notó las similitudes entre el sánscrito, el griego y el latín. Otros estudiosos, como el británico William Jones, presentaron evidencias comparativas que configuraron paulatinamente la existencia de un ancestro lingüístico en común. Dado que existían documentos antiguos ya descifrados en griego y sánscrito, la comparación de estados pretéritos de estas lenguas fue básica para comenzar a dibujar el árbol del indoeuropeo. Aun con la gran cantidad de lingüistas y estudios dedicados a las lenguas de esta familia a lo largo de ya varios siglos, la exploración de ese árbol todavía no está concluida; entre otros, siguen vigentes debates sobre si las lenguas afroasiáticas (que incluyen el árabe y otras semíticas) forman parte del indoeuropeo o no.

El estatus político y económico relacionado con las lenguas también influye en el número de trabajos dedicados a explorar los bosques lingüísticos. Es frecuente, por ejemplo, que se dedique menos atención a las lenguas indígenas de cualquier parte del mundo. Las investigaciones sobre los árboles a los que pertenecen lenguas como el mixe y el k'iche' del *Popol Vuj* son mucho más recientes

que los de las lenguas indoeuropeas; además, pocas veces las hacen sus propios hablantes. El colonialismo ha condicionado también la manera en la que se exploran los bosques de idiomas.

Además del estudio y el desciframiento de escritos antiguos, la lingüística comparativa contrasta las características de los idiomas actuales y trata de inferir un posible ancestro común. En un primer momento, el lingüista estadounidense Edward Sapir postuló la existencia de un único y gran árbol al que pertenecían tanto las lenguas de la familia maya como las de la familia mixe-zoqueana; Benjamin Whorf lo llamó macropenutí y a él pertenecen también las lenguas indígenas que se hablan o se hablan en Canadá y en los Estados Unidos. No obstante, los estudios actuales coinciden en que es difícil hallar pruebas de que todas estas lenguas conforman una sola familia.

Más adelante, se postuló la existencia del árbol macromaya, en el cual se incluyeron las lenguas de la familia mixe-zoqueana, las totonacas y, obviamente, las mayenses; una vez más, se afirmaba que el mixe y el k'iche' se alimentaban de las mismas raíces y que, alguna vez, hace miles de años, fueron una sola lengua. Sin embargo, de nuevo, trabajos posteriores mostraron que la evidencia no era robusta. Se determinó entonces que las lenguas mixe-zoqueanas conformaban la copa de un árbol distinto al que conformaban las mayenses. A pesar de este acuerdo, la exploración no ha terminado; hace poco, en 2011, lingüistas como Cecil H. Brown y Søren Wichmann propusieron la existencia de un árbol llamado totozoqueano que agruparía las lenguas totonacas y mixe-zoqueanas. El debate continúa y es apasionado.

Quiero enfatizar que definir el número de árboles lingüísticos que existen en el orbe y determinar a qué árbol pertenece cada uno de los idiomas-hojas que podemos observar desde una vista área

es una tarea ardua y pareciera que nunca concluye del todo. Esta expedición nos lleva a una de las cuestiones más importantes de la ciencia: el origen del lenguaje y de las lenguas. ¿No será que todas las lenguas del mundo pertenecen a un solo árbol que, de ser tan alto y de copa tan frondosa, nos complica conocer las características de sus raíces? O, tal vez, con el desarrollo de la especie humana fueron surgiendo aquí y allá, en las primeras sociedades, árboles lingüísticos

distintos de los que derivaron las lenguas actuales.

Para decantarnos por una postura se necesita una cantidad de evidencia tan sólida que parece una tarea descomunal. Se requieren no sólo constataciones lingüísticas, sino también biológicas, cognitivas y arqueológicas. Intentar saber si en un principio fue un único árbol o más de uno nos remite irremediabilmente al origen de la humanidad. La controversia al respecto ha dado pie a innumerables polémicas; por ejemplo, en 1866 la Sociedad Lingüística de París advirtió en sus estatutos que no aceptaría ningún artículo referente al origen del lenguaje, pues consideraba que la poca certeza daba pie a demasiada especulación. A pesar de los nuevos descubrimientos y de la acumulación de datos, seguimos sin poder contestar a ciencia cierta si existió alguna vez un solo árbol de lenguas; tal vez esto no sea importante, ya que lo fundamental ahora es salvar el bosque de la diversidad lingüística que está cada vez más cerca de la extinción. *RM*



A Staff to Mark the Center of the World, 2004.

El Fusang y los diez soles

Traducción del chino y comentario de Mariana Escalante



汤谷上有扶桑，十日所浴，在黑齿北。
居水中，有大木，九日居下枝，一日居上枝。
日出於暘谷，浴於咸池，拂於扶桑。
尧之时，十日并出，焦禾稼，杀草木，而民无所食，尧乃使羿
上射十日。

En el Valle de Tang crece el Fusang; ahí los diez soles se bañan, al norte de los Dientes Negros.¹

En el agua se alza este gran árbol; nueve soles descansan en sus ramas bajas y uno en la más alta.

Los soles nacen en el Valle de Yang, se bañan en el estanque Xianchi y brillan en el Fusang.

Pero en tiempos del emperador Yao, los diez soles aparecieron juntos, quemaron los cultivos y secaron las plantas, dejando al pueblo sin alimento. Entonces Yao envió a Hou Yi a disparar a los diez soles.

1 Los Dientes Negros es un lugar mítico al sur del Valle de Tang. También podría referirse a un territorio insular en el sureste del océano Pacífico, habitado por personas con dientes de ese color, el cual adquirirían por su dieta o porque se los teñían, prácticas similares a las de algunos países del sureste asiático donde se mastica nuez de areca con cal.



Ilustración de Mariana Alcántara, 2025.

El mito del árbol sagrado Fusang y los diez soles tomó forma en la antigua China por medio de la tradición oral. Su nombre, Fusang mu (扶桑木), significa “árbol del sol” o “árbol del dios solar”. Se creía que medía trescientos li² de altura (unos ciento cincuenta kilómetros) y que tenía hojas semejantes en forma de las de la mostaza: alargadas y con bordes irregulares; por sus dimensiones y características, no corresponde a ninguna especie real. El árbol refleja la cosmovisión china del equilibrio y de la armonía, en la que lo sagrado y lo humano se entrelazan. Su altura y raíces simbolizan la conexión entre el cielo y la tierra. Santuario de los soles, el Fusang marca el renacer de los días.

La versión que aquí se presenta proviene del *Clásico de las montañas y los mares* (Shanhaijing, 山海经, siglo V a. n. e.) y del *Huainanzi* (淮南子, siglo II a. n. e.), aunque sus orígenes se remontan, según se cree, a la dinastía Shang (1600-1046 a. n. e.).

Los soles eran hijos de Xihe (羲和), madre solar, y Dijun (帝俊), dios de la creación. En el estanque Xianchi, situado en el valle de Tang o Yang³ —región mítica en el extremo oriental del mundo,

donde crece el Fusang—, Xihe bañaba a sus soles antes del amanecer: ritual de purificación y renovación previo al viaje por el cielo. Sólo uno de ellos cruzaba el firmamento sobre un cuervo —ave que lleva el sol, es el sol o habita en él—. Los demás esperaban su turno posados en las ramas del Fusang para dar luz y vida al mundo.

Pero un día los diez soles salieron juntos. Abrasaron la tierra y consumieron las cosechas. Los textos clásicos no explican por qué —¿acaso por monotonía, travesura, rebelión?—. Entonces, el emperador Yao (尧), gobernante legendario del siglo XXIV a. n. e., envió a Houyi (后羿), arquero celestial, a derribarlos con sus flechas. Disparó a nueve y así restauró el equilibrio: un solo sol era suficiente.

Siglos después, Qu Yuan (340-278 a. n. e.), en su célebre poema “Preguntas al cielo” (天问), evocó ese momento con asombro y melancolía: “¿Cómo Houyi disparó a los soles? ¿Cómo los cuervos perdieron sus plumas?”. ㊦

2 Unidad de longitud china equivalente a quinientos metros.
3 El Valle de Tang (汤谷) y el Valle de Yang (阳谷) son un mismo lugar mítico donde nace el sol. El primero significa literalmente “valle de

aguas cálidas”; el segundo, “valle del sol naciente”. Cada una de las fuentes usa un nombre y ambas destacan su papel como lugar sagrado donde habita el sol.

JULIO VILLANUEVA CHANG

El niño hormiguero

Un niño ve un árbol caído
y rompe a llorar. Derribado en una calle cerca de su casa,
lo mira como a un cadáver asombroso y desconocido
y decide no moverse de allí: cree que puede salvarlo.
Unos empleados del municipio de Yanahuara
lo habían arrancado para adoquinar una calle.
Es un mioporo, un árbol australiano en Arequipa que absorbe
gran cantidad de monóxido de carbono y sabe convivir
con la brisa. Va a anochecer y sus padres
buscan tierra abonada para volver a sembrarlo, pero el serenazgo
les pide esperar hasta el día siguiente a jardineros
del municipio. El niño cree que es mentira,
que el árbol morirá en el suelo. Se angustia por salvarlo.
Su padre llama a la alcaldía, y le dan la palabra
de que a la mañana siguiente habrá allí un árbol de pie.
El niño regresa a casa llorando de ira.
Su madre recuerda que, a los tres años, la única forma de calmarlo
de sus berrinches era haciéndole escuchar
la *Obertura 1812* de Tchaikovsky.
“Sentía que eran unos caballos corriendo.”
Pero esto no es un berrinche: es un asunto de vida o muerte.
El padre ha exigido que vuelvan a plantar el árbol.
No se trata de calmar la hipersensibilidad de su hijo.
No se trata sólo de oxígeno, nutrición, combustible,
semillas y sombra. Si cada día viéramos tres árboles por la ventana,
dice una investigación, habría menos muertes y más salud mental.
Ver un árbol es un fenómeno del sosiego,
un consuelo verde contra el estrés y la taquicardia.
Ver llorar a un niño al pie de un árbol derribado
es una tragedia ante la que no nos rebelamos.
La muerte de un árbol no es asunto nuestro.
Manrique Monti intentó resucitar uno
como si fuera su hermano.



Cuando despertó, un árbol
ya estaba sembrado allí. Facundo Manrique Monti fue un valiente
que lloró de rebelión. Cuando no está salvando árboles,
es un viajero frecuente al jardín de su casa,
un explorador que se asoma a las hormigas como un gigante
que las protege de las pisadas de sus vecinos,
del agua de riego que las ahoga. No las vigila como un capataz de hormigueros.
Las contempla como un aprendiz de ministro de Trabajo.
Uno siempre lo encuentra en cucullas allí,
inclinado con la atención de un cíclope
tomando notas de la geopolítica hormiguera
en un jardín cuyas colonias ha dividido
en zonas que van desde la letra a hasta la g.
Una coincidencia con la g de Gaucho, su schnauzer
compañero de juegos, un cazador de ratones
en un jardín sin ratones pero con pajaritos, a quien intenta enseñarle
a dormir en su cama de perro, y cuyo nombre
es un homenaje al país natal de su madre.
Cuando no está en un salón de clases,
FMM ensaya algo de Beethoven y tango en su piano,
o se convierte en el último hombre del campo,
el arquero del equipo de fútbol de su colegio, un chico que vuela
para atrapar una pelota como cuando atajó dos penales
en Arica y ganaron el campeonato; o enseña a su hermana
cómo alimentar a las hormigas con un gotero que deja caer
agua con azúcar sobre una hoja. Él toca el piano; ella, el violín.
Ella baila *ballet*; él, lo que puede. Ella y él juegan
con un balón amarillo que lleva impresa una cara feliz.
“Me gusta patear esa pelota porque es tan leve
que el viento la lleva como si fuera suya”,
dice él, con los árboles de su parte.

EUGENIO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ

La historia desarbolada de un ahuehuete en Chapultepec



Antonio García Cubas, el Árbol del Tule en la "VIII. Carta agrícola", México, Debray Sucesores, 1885. Library of Congress ©.

Un barco desarbolado es el que perdió las velas y el aparejo, el que no puede hacer ya nada frente al viento. Algo así le pasa a este tronco, que hace más de medio siglo no es propiamente un árbol. Ha perdido todas sus ramas y en su lugar quedan tan sólo muñones. Si hay hojas verdeando en ellos es porque una hierba encontró refugio ahí.

Su corteza desapareció, dejando las fibras interiores a merced de los elementos. Lo llamaban El Sargento, también "ahuehuete de Moctezuma". Se dice que lo sembró Nezahualcóyotl y la sombra que cubría su tierra era visita obligada en Chapultepec,

en la Ciudad de México. Hoy queda apenas un despojo de su belleza y de su enorme sombra, nada.

Una placa sin fecha consigna que el señor de Texcoco, el rey poeta, lo sembró en torno a 1460 y que se secó en 1969 “a causa de la falta de agua y la contaminación”. La misma placa asegura que su circunferencia es de doce metros y medio y que llegó a tener cuarenta de altura. Salvo las dimensiones de la base del tronco, el resto de los datos son difíciles de verificar. Nezahualcóyotl no dejó constancia escrita de su excursión silvícola y los reportes sobre la muerte de El Sargento son contradictorios, aunque el árbol sí dejó rastro en diversos documentos en el último siglo y medio de su vida.

Siguiéndolo se descubre un proceso en el que se alternan asedio y abandono, un reflejo de la embestida de las autoridades de la Ciudad de México contra todo lo que de natural hubiera en sus dominios. Los registros en revistas, diarios y documentos oficiales recogen cómo se le dejó a merced de funcionarios más ocupados en mantenerse en la nómina pública que en cuidar los árboles de los capitalinos. Regentes, delegados y presidentes ignoraron las advertencias sobre su mala salud; incluso quienes debían cuidarlo lo dañaron con su soberbia y negligencia.

UN ÁRBOL PARA UN TLATOANI

Se atribuye a fray Juan de Torquemada, que publicó su *Monarquía indiana* a principios del siglo XVII, la afirmación de que Nezahualcóyotl sembró varios ahuehuetes en Chapultepec, además de que don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl relató que el rey texcocano cercó el cerro que sobresale en ese bosque y construyó ahí palacios, por lo que seguramente sembró también ahuehuetes en el área. Hay fuentes que aseguran que esos árboles fueron un regalo al tlatoani mexica Moctezuma, pero esto es imposible de confirmar. En todo caso, desde que cayó Tenochtitlán y hasta hace poco más de cien años, se asoció a ese rey el ahuehuete que hoy se yergue, muerto, en la ladera al sur del castillo.

La asociación del árbol con el tlatoani está bien clara en las memorias de distintos viajeros que visitaron México en el siglo XIX. El embajador inglés H. G. Ward contó, en 1828, que al entrar a los jardines de Chapultepec lo primero que saltaba a la vista era “el magnífico ahuehuete llamado ciprés de Moctezuma” que, según le explicaron, “había alcanzado su pleno crecimiento cuando ese monarca estaba en el trono”, de forma que debía tener, “por lo menos, cuatrocientos años de edad” al momento de su visita.¹ La escocesa Frances Erskine Inglis, esposa de Ángel Calderón de la Barca, embajador español en México entre 1839 y 1841, registró en sus cartas sobre la vida en México que “el ciprés de Moctezuma” le pareció “un árbol de lo más estupendo; sombrío, solemne y augusto”.²

Ambos cronistas, además, consiguieron que los ahuehuetes del bosque —entonces todavía templado, ajeno a los calores que nos ha traído la crisis climática— estaban cubiertos de heno. Ella celebró a esa “planta trepadora, parecida al musgo gris”, que “como una cabellera larga y gris” daba a los enormes árboles “una apariencia de lo más venerable y druídica”. Ward, en cambio, lamentó la presencia de esa “planta parásita” a la que identificó como *Tillandsia usneoides*, aunque reconoció que embellecía los ahuehuetes, pues hacía resaltar “maravillosamente su follaje oscuro”.

UN ÁRBOL A PONER EN ORDEN

A principios del siglo XX, cuando el enorme ahuehuete ya había sido rebautizado como El Sargento por los alumnos del Colegio Militar —que tuvo su sede durante algunos años en el castillo de Chapultepec—, Guillermo Kahlo lo fotografió en una imagen recogida en su libro *Mexiko* (1904). En ella se ve a seis niños

- 1 Henry George Ward, *Mexico in 1827*, H. Colbum, Londres, 1828. Traducción del autor.
- 2 Frances Erskine Inglis, “madame Calderón de la Barca”, *Life in Mexico*, 1843, libro electrónico, Project Gutenberg, 2005. Traducción del autor.

con los brazos estirados que, con todo y alargarlos para tocarse los dedos entre sí, apenas abarcan una de sus caras.

Al fondo de la imagen se distingue la Tribuna Monumental, inaugurada en 1902, según reportó el *Semanario literario ilustrado* el 15 de septiembre de ese año, y que hoy sigue en pie. Se trata de uno de los monumentos construidos en el marco de las profundas reformas que realizó en Chapultepec el principal de los *científicos* y delfín de Porfirio Díaz, José Yves Limantour, y con las que empezó el fin del centenario árbol: en sus memorias, *Apuntes sobre mi vida pública*, publicadas en 1911, después del triunfo de la Revolución, Limantour se dijo orgulloso de que gracias a su intervención el bosque pasó “del estado absolutamente salvaje en el que se hallaba” a ser “uno de los más hermosos parques que existen”. Todo indica que la pérdida de lo salvaje en favor de las estatuas y los adosquines, primero, y del pavimento y los fraccionamientos, después, fue lo que acabó con El Sargento.

Como afirmaba el propio Limantour, ese trabajo en Chapultepec iba dirigido a domesticar el ecosistema para convertirlo en un entorno verde, pero urbano, tal como en el resto del valle se pretendía convertir los pantanos en terrenos agrícolas productivos. Para lograrlo debían domeñar la naturaleza, facilitar paseos “civilizados” y no a campo través; es decir, ordenar el mundo para conseguir lo mismo con la muchedumbre. Por eso en una ciudad que desecaba sus humedales se abrieron lagos artificiales a la sombra del cerro y del castillo y, en lugar de restaurar el ecosistema existente, se sembraron, junto a los ahuehuetes, especies exóticas —casuarinas, eucaliptos— y se construyeron fuentes y plazoletas.

Después de la Revolución de 1910 los científicos porfiristas huyeron al exilio y casi ninguno volvió, pero su afán por domesticar Chapultepec se mantuvo en marcha. Esto pudo ocurrir gracias a la vocación modernista y urbanizante de los sonorenses que se impusieron tras el



Constituyente de Querétaro, pero también por el impulso del único representante del antiguo régimen que regresó a México para forjarse un nombre en el gobierno del país posrevolucionario: Miguel Ángel de Quevedo.

Dice mucho que se le conociera como “apóstol del árbol” y no “de los bosques”, pues es un título preciso: a De Quevedo las complejidades ambientales



El Sargento, 1904. Fotografía de Guillermo Kahlo en *Mexiko* 1904, Universidad Iberoamericana, México, 2002. Cortesía del Archivo Histórico de la Biblioteca Francisco Xavier Clavijero, UIA, A.C.

no le importaban demasiado y, en cambio, se desvivía por las especies leñosas, sobre todo las maderables, y por encima de todo por aquellas a las que él atribuía —más o menos con razón, aunque con una visión que ya en su tiempo era demasiado simplista— servicios hidrológicos.

En pocos casos como en el suyo ha sido tan cierto aquello de que “los árboles impiden ver el bosque”, pues en los

años treinta De Quevedo recomendó, con éxito, que se le afeitara la druidica melena al ahuehuete de Moctezuma y a todos sus congéneres de Chapultepec. Hoy sabemos que la bromelia epífita cortada —que Ward denunciara cien años antes como un parásito— presta servicios ambientales muy importantes, ya que retiene la humedad del ecosistema, protege del viento y regula las temperaturas, pero

para De Quevedo y sus ingenieros era una carga impuesta al árbol. Se la condenó sin matices —aunque tras varias consultas— a desaparecer de Chapultepec y, con ello, el árbol de Moctezuma agonizó un poco más.

UN ÁRBOL A MERCED DE LA SED Y DEL PAVIMENTO

El Sargento y sus congéneres en Chapultepec no acusarían los daños padecidos por las medidas porfiristas y quevedianas sino hasta mediados del siglo XX, pero lo harían entonces con mucha severidad. El 20 de abril de 1944, en su columna “Gajos de Historia”, que aparecía en *Excélsior*, Vito Alessio Robles advertía que “el ahuehuete más grande y más viejo de Chapultepec, el llamado ‘Sargento’”, corría gran peligro “por la desecación de los manantiales y la fuga del agua del subsuelo”. Algunas semanas antes, el 20 de marzo de ese mismo año, una nota de *El Universal* alertaba que “en la enorme calzada que rodea el cerro” de Chapultepec “se pueden ver cuando menos cuatro enormes ahuehuetes derribados”. Sabemos que El Sargento no era —todavía— uno de ellos, pero donde morían algunos podían morir todos.

Las advertencias sobre el riesgo que corrían los gigantes del bosque de Chapultepec se sucedieron en la prensa y en *México forestal*, la revista de la Sociedad Forestal Mexicana que recogía propuestas, análisis e información sobre el universo arbóreo. También abundaban los diagnósticos. En 1941 la revista reprodujo una nota de *El Universal* que sostenía que Chapultepec “agonizaba de sed” y sufría desde tiempo atrás una “prolongada sequía y corría grave riesgo de perderse”. Un informe aparecido en la misma publicación en 1948, firmado por José Solórzano Pliego, señalaba otras posibles causas y advertía que el parque, “la joya más preciada” de la capital, estaba “plagado de muérdago y otros parásitos”.³

En 1958, en respuesta al mal estado general del bosque y con el afán de dejar huellas monumentales como sus antecesores, Adolfo López Mateos, recién llegado a la Presidencia de la República, anunció la renovación de Chapultepec. De poco sirvió y las obras en esos terrenos y en los alrededores resultaron una estocada final para El Sargento y muchos de los otros árboles que habían sobrevivido a guerras y científicos, pues rompieron los flujos de agua subterráneos de los que bebían y terminaron de convertir lo que hasta entonces era un bosque en un parque.

En 1964, justo después de que se inaugurara la segunda sección de Chapultepec, se abriera el segundo tramo del Anillo Periférico, se renovara el zoológico y Tláloc fuera trasladado al nuevo Museo Nacional de Antropología, el ingeniero Julio Riquelme Inda advertía en *Excélsior* de “la muerte de los árboles”. Según el presidente vitalicio de la Sociedad Forestal Mexicana, un gusano los dejaba sin corteza y acababa con ellos a puñados. Dos años más tarde, de acuerdo con una nota de *El Nacional*, Alfonso Corona del Rosal, regente del entonces Distrito Federal, instruyó al personal de su dependencia, y sobre todo a “técnicos y especialistas”, a que prestaran más atención “a los milenarios ahuehuetes, que están en malas condiciones”.

Todo fue en balde. En 1973, la cronista Cristina Pacheco, invitada a las páginas de *México forestal*, lamentaba que ese año hubieran “desaparecido cientos de viejos árboles”; que, “en vez de conservarlos, se los talaba” y que “a alguien se le ocurrió la idea de dejar el bosque sembrado con sus despojos” cuando morían. Si la placa que hoy se encuentra frente a El Sargento es correcta, entre esos despojos estarían los del árbol que perteneció a Moctezuma. Sin embargo, unos meses después de que apareciera el texto de

3 La información periodística de este artículo se recabó en los *Fondos económicos* de la

Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada y contiene notas de *El Universal*, *Novedades*, *Excélsior*, *El Sol de México* y *El Nacional*.



José María Velasco, *El ahuehuete de la Noche Triste*, 1885. Museo Nacional de Historia, INAH ©.

Pacheco, y en esa misma revista, José Natividad Rosales afirmaba que quedaban en el bosque todavía “algunos supervivientes melancólicos, más amarillentos que nunca por el *smog*” y que entre ellos estaba “el gran ahuehuete de Moctezuma”. De cualquier modo, si el legendario ahuehuete perseveró hasta ese momento, no vivió mucho más.

UN ÁRBOL AL QUE NADIE CUIDÓ
Medio siglo o quizá un poco más después de la muerte del ahuehuete de Moctezuma, las causas siguen sin estar claras. Sí sabemos de cierto, por lo pronto, que a él tampoco le bastó la sacralización para salvarse.

Es algo que ha documentado el historiador Jared Farmer en *Elderflora* (2022), su libro sobre los árboles más viejos del mundo. En él revela cómo los cedros sagrados de Líbano, lo mismo que los baobabs de distintos países africanos o los tejos británicos, se salvan cuando se les prestan cuidados constantes, sobre todo de parte de las comunidades que viven con ellos, y que los relatos grandilocuentes y la carga que representan como símbolos muchas veces resultan más una amenaza que una garantía. Los turistas que arrancan ramas y trozos como *souvenirs*, los visitantes que los abrazan, los políticos que se cuelgan de

ellos resultan muy dañinos. En cambio, la visita sistemática y el cariño de los vecinos alargan sus vidas. Eso parece ser, justamente, lo que le faltó a El Sargento.

Desde los años cuarenta y por varias décadas se dijo que Chapultepec sufría una terrible sequía, pero hace tiempo se demostró que esto no era cierto y los registros del Servicio Meteorológico Nacional indican que los patrones de lluvia se mantuvieron más o menos constantes —sí hubo, en cambio, un aumento de las temperaturas—. Lo que sí ocurrió fue la pavimentación de la ladera que se encuentra arriba del bosque para la urbanización de lo que hoy son las Lomas de Chapultepec, que, al momento de ofertarse, fueron llamadas *Chapultepec Heights*; también se construyó el segundo tramo del Periférico, que divide la primera sección de Chapultepec y la segunda. Todas estas obras en su conjunto cortaron el flujo de agua subterránea que probablemente alimentaba al árbol.

Esto se pudo haber contrarrestado, como pasó con plagas y parásitos que atacaron a los árboles durante el siglo XX, atendiendo a los árboles y cuidando el bosque, pero nadie cumplió con esa tarea. En 1943, una nota de *El Universal* señalaba que se regaba sin cuidado y se dejaba a los ahuehuetes sin agua, además de que los jardineros les arrancaban grandes ramas con las que encendían comales para calentar tortillas y guisados para el almuerzo o la cena. A juzgar por otros reportes de prensa, el problema persistía incluso un cuarto de siglo después. En 1969, en el mismo diario, José de Alba decía que los árboles de Chapultepec estaban “muriendo por falta de cuidados”.

Presidentes, delegados y regentes, al escuchar tales denuncias y advertencias, prefirieron defender lo sagrado, sacralizándose a sí mismos, en lugar de conservar los árboles e invertir para ello en el trabajo anodino y cotidiano de regarlos y cuidarlos. Entonces, como ahora, se gastaron millones en calzadas, pero se escatimaron algunos miles para los jardineros. *AM*

LAURA BAEZA

Una cápsula de tiempo en cuatro cuartos

Durante gran parte de mi vida dediqué horas, días, y aun años, a la música. Toqué el violín y aunque al inicio no era mi primera elección, el tiempo me indicaría que fue la mejor, la única y la que cambiaría mi concepción del sonido, incluso de cómo lo experimenta el cuerpo en sus distintas formas, desde la palabra hasta la respiración. Viví con un ligero instrumento de madera en medida cuatro cuartos (el tamaño estándar para un adulto) sobre el brazo izquierdo y un arco, también de madera, en la mano derecha; aunque hoy no forman parte de mi rutina cotidiana, como el lápiz y las hojas en las que escribo o las páginas de los libros que leo y consulto, mi



Lorena Mal, *Sincronía* [fotografía del *performance* a partir de una composición para diez manos y cuatro pianos basada en pulsos animales], 2025. Cortesía de la artista.

cuerpo tiene memoria y aún percibe, cuando toco alguna pieza, esos cambios sutiles y milimétricos en el instrumento, cuando hace frío o calor, al oído y al tacto con la crueldad de una aguja que se mueve.

Dejé de trabajar con el violín a mediados de 2020, como consecuencia del confinamiento y de una mayor actividad literaria: la letra impresa desplazó a las partituras. Hasta entonces daba clases a niños: desde enseñarles a leer música y cuestiones básicas, lecciones prácticas de instrumentos de cuerda y aire, hasta asesorarlos en la interpretación de sus primeras melodías y su participación en recitales. Mis alumnos más jóvenes tenían cuatro o cinco años de edad. Lo más difícil de abandonar las clases presenciales fue confiar en que, durante los primeros días de calor chilango, sus instrumentos mantendrían la afinación necesaria para las clases virtuales, por lo menos mientras pensábamos qué hacer o especulábamos sobre la duración del confinamiento. En medio de las restricciones, sus padres y yo hallamos la manera para que pudieran estudiar de forma óptima; nuestra

alternativa fueron encuentros de cinco minutos para afinar el instrumento, esperando que llegara afinado a casa para la clase y que siguiera estándolo durante sus horas de estudio. Ésa es una de las enormes particularidades y, en nuestro pandémico caso, una de las dificultades de tocar con un instrumento de madera, sea chino o de laudero: la madera es, en sí, un árbol muerto, pero sigue viva a su modo, susceptible a cambios en el clima, la humedad y otras condiciones atmosféricas.

La pandemia se convirtió en un punto de inflexión en la vida de muchos. Pensamos ahora en lo que dejamos atrás, lo que comenzamos a hacer o las cosas que aprendimos. Entre la gran cantidad de cursos que se ofertaron de manera virtual, me topé con algunos que prometían aprender a tocar violín en unas cuantas clases. Recordaba el problema de la afinación con mis alumnos y me pregunté cómo alguien que empezaba desde cero podría tocar con un instrumento desafinado... a menos que lo afinara con un botón mágico inexistente. Pero en confinamiento uno hace lo que puede para no

enloquecer. Conversando con Miguel Santana, laudero de la Ciudad de México, hablamos de la Pequeña Edad de Hielo, ese periodo histórico y climático provocado por el Mínimo de Maunder, que le regaló a la humanidad la idea de lo que es un buen instrumento de madera frotada; cómo debe sonar, e incluso ver-



Antonio Stradivari [laudero], violín Francesca, 1694. Metropolitan Museum of Art ©.



Hermanos Amati [lauderos], violonchelo Amaryllis Fleming [restaurado y reconfigurado en el siglo xx], ca. 1610-1620. Metropolitan Museum of Art ©.

se, un violín perfecto, un chelo o un contrabajo. El Mínimo de Maunder fue un periodo entre mediados del siglo XVII y principios del XVIII durante el cual las manchas solares se redujeron considerablemente, casi al punto de desaparecer; como consecuencia, el clima de la Tierra se hizo más frío, al grado de que ahora comparamos esa época con una pequeña Edad de Hielo.

Sea mediados del siglo XVII o el año 2020, las personas se las ingenian como pueden para hacer algo con su tiempo, el encierro y la desesperación. Durante el periodo glacial más reciente, que duró casi cien mil años, la mayor preocupación del ser humano fue sobrevivir, y lo hizo bien, pero a finales del siglo XVII, con sociedades integradas, grandes epicentros culturales en Europa, Asia y América, la vida era otra y la música no podía dejar de sonar. Cremona, la ciudad italiana, histórica y tradicionalmente más importante para la creación de instrumentos, sería quizás el sitio donde más y mejor se trabajaba con madera tonal.¹ Lo que sucedía en sus talleres cambió la historia de la música de cámara y todo cuanto conocemos en la actualidad sobre violines y otros artefactos musicales.

Los mitos en torno a estos objetos poseen una parte científica, otra romántica y una lógica. La dendrocronología es la ciencia que se ocupa de la datación de los anillos de crecimiento en el reino vegetal: tras el análisis del tronco de un árbol podemos saber no sólo su edad, sino qué ocurrió durante su desarrollo y bajo qué condiciones climáticas se vivía. Me parece fascinante que a los seres humanos se nos conozca y examine a través de otros medios u organismos; con los árboles se hace a través de estos círculos

1 Se trata de algunas especies de árboles, entre las que destacan el cedro, el abeto, el arce y la caoba, que históricamente han demostrado producir instrumentos musicales de mayor calidad acústica que los de otras especies. El crecimiento y la tala controlada de estos árboles representa un giro comercial y profesional especializado.

concéntricos en los que lo diminuto puede resultar inusual. Los estudios dendrocronológicos han revelado que los instrumentos fabricados con la madera proveniente de los bosques europeos que padecieron la Pequeña Edad de Hielo tienen anillos muy delgados, con una distancia minúscula entre sí; la madera es densa, los anillos son regulares porque esos árboles crecieron en un clima muy frío y estable, con pocos periodos de luz y calor, a diferencia de las maderas de las zonas tropicales de hoy, como el palosanto de Brasil, que conforman zonas de cultivo en las que, apenas alcanzan cierta maduración, los árboles son tala-dos porque hay que sembrar de nuevo.

La parte romántica tiene que ver, a mi parecer, con la rivalidad y el orgullo personal. El gran empleador de la época era el clero, antes de que se consolidara una nobleza pujante que, con el paso del tiempo, tomó las artes como un rasgo de distinción, aunque en un principio tal vez ni siquiera le interesaban. Un creador está enamorado de su propio arte, pero su afán de alcanzar la perfección lo lleva a desdeñar constantemente aquello que tan sólo es funcional; en los talleres era importante fabricar instrumentos que sonaran bien, pero aún tendrían que llegar los que reprodujeran la gracia divina para que la firma en el interior los llevara a la posteridad. Nicolò Amati (Cremona, 1596-1684) ya cargaba con el peso de su apellido porque su padre, su abuelo y otros familiares se encontraban entre los mejores lauderos de Europa, así que tenía que hacer algo que lo diferenciara de ellos y lo consiguió puliendo su técnica en instrumentos que sonaban extraordinariamente bien. La Iglesia, en una exhibición de fastuosidad, encargaba cada vez más instrumentos y Amati creó escuela, con aprendices como Andrea Guarneri (1626-1698), Antonio Stradivari (Cremona, 1644-1737) y Bartolomeo Cristofori (Padua, 1655-1731), quien elaboró varios instrumentos de cuerda percutida, entre ellos el fortepiano y los primeros pianos.

Pero entre lo científico y lo romántico tiene que caber la lógica. Las condiciones para llegar a la perfección estaban dadas: buenos materiales —Europa tenía inmensos bosques de madera tonal—, talento, técnica e ingenio. Basta ver las fotografías de los hoy llamados pueblos medievales y notar lo grueso de sus paredes de roca para imaginar el frío que hacía, o ir a una iglesia de un par de siglos de antigüedad para sentir cómo baja la temperatura a medida que nos internamos en ella. Si era así de frío puertas adentro en plena Pequeña Edad de Hielo, debía ser peor afuera, con escasos rayos de sol y poca luz natural. Cada artesano pasaba horas tallando madera, midiendo con total concentración el grosor de las piezas para que quedaran bien ensambladas y trabajando una y otra vez en un barniz que iba a durar décadas, incluso siglos. En medio del silencio de la noche, de la mañana o del mediodía, y aunque afuera siguiera nublado y resultara difícil percibir el paso del tiempo, sonaba de pronto un instrumento que tomó muchas horas fabricar, cuyas partes estuvieron en la mesa de madera del creador ante sus propios ojos; ese primer sonido emanando de las cuerdas al contacto con el arco debía resumir la obsesión por lo impecable. Guarneri, Stradivari y Cristofori produjeron mucho y perfeccionaron sus técnicas hasta imprimir el halo de fama a cada creación que lleva su nombre; quizás no olvidaron que el arte admite errores y que uno creado a partir de un material vivo puede transformar imperfecciones minúsculas, como una separación de un milímetro entre los extremos del puente del violín, en un sonido que ninguna máquina de audio podrá generar. Además de talento, los movía la obsesión por hacer las cosas bien y había tiempo de sobra para proceder de manera quirúrgica.

No hemos abandonado la idealización y fascinación del siglo XX con estos instrumentos al hablar de ellos en el primer cuarto del XXI, pues nos sigue maravillando que, en tanto especie, haya-

mos sido capaces de sofisticar tanto un material que ha servido lo mismo para fabricar sillas y establos que armas y clavicordios. La transformación ocurría sobre mesas largas, alumbradas con lámparas rudimentarias, pero la clave estaba en el origen del material. Miguel Santa me explicó el proceso que, al menos entre lauderios clásicos, sigue siendo importante: los árboles de bosques de madera tonal se revisan uno por uno; el leñador golpea los troncos con un martillo de madera bastante grande y presta atención a la resonancia, pues ésta indica cuál madera es la adecuada. El sonido tiene que ser notablemente cristalino y poco *blando*, porque se trabaja mejor con la madera que tiene mayor densidad en su estructura. Pero no se trata únicamente de cortar el mejor árbol; desde hace siglos se tiene consciencia de los procesos de la naturaleza: por ejemplo, las temporadas de corte tienen lugar los días de luna nueva, idealmente antes del mediodía, cuando el árbol tiene menos savia y líquidos, además de que en ciertos lugares se toman en cuenta las costumbres y tradiciones de la comunidad para realizar este proceso con respeto hacia la naturaleza. Al pensar que en pleno 2025, en un bosque de Alemania, se conserva una tradición de más de cuatro siglos, concluyo que la música y los rituales están unidos desde sus orígenes y el misticismo es parte fundamental en la transfor-

mación de la madera. Miguel ha trabajado con piezas de instrumentos musicales o relojes en los que en tan sólo tres centímetros hay más de cien anillos sumamente delgados; son evidencia de un siglo de maduración de un tronco que creció lento, bajo las condiciones naturales de su época, sin ser apresurado por la producción masiva acelerada. En tres centímetros se concentra una historia fascinante pero, a diferencia de un fósil o un libro antiguo, estos instrumentos aún sirven y el sonido que proyectan o el trabajo de medición que realizan aún es impecable.

El tiempo, la paciencia y los procesos hacen la gran diferencia entre un instrumento hecho a mano por alguien que ha dedicado su vida a comprender el lenguaje de la naturaleza, la maduración de sus elementos y el contraste entre los cortes transversales y radiales —cuya buena ejecución garantizará una calidad y durabilidad que trascienda siglos y cambios de temperatura— y una máquina que hará un muy buen trabajo, preciso y milimétrico, irreprochable y funcional, pero mecánico. En las últimas décadas, dos eventos han resonado con fuerza en el mundo de quienes se dedican a la música con instrumentos de cuerda; por un lado, la incursión de fabricantes chinos, quienes también han llevado la masificación a esta área, y, por el otro, el cambio climático, cuyo desequilibrio se hace presente tanto en los bosques de los que se extrae la madera más exquisita como en los bosques chinos, donde las lluvias irregulares y el calor por encima de la media van dejando su rastro en anillos cada vez más gruesos. Sería muy inocente conservar la idea de que todo pasado fue mejor, o aquella que sugiere que la modernidad sustituirá un trabajo tan complejo, cuando esta nueva producción es una opción más, accesible para unos e invisible para otros; quizás dentro de doscientos años nuestras condiciones climatológicas sean tan terribles que un instrumento hecho con madera de bosques de explotación rápida sea muy valorado, aunque pertenezca a un lote de



Lorena Mal, *Largo aliento (la furia del clima)* [dibujo para interpretación sonora], 2024. Cortesía de la artista.



Lorena Mal, instrumento de viento en madera de *Dalbergia* que evidencia la edad del árbol para el *performance Largo aliento*, 2019. Cortesía de la artista.

miles, cortados y ensamblados al mismo tiempo antes de entrar al periodo más caluroso del que se haya tenido registro. O, todo lo contrario, quizá este violín sea uno de los últimos producidos previo a un nuevo Mínimo de Maunder.

Muchas personas, seamos instrumentistas o sólo aficionados, crecimos con la idea de que lo ocurrido en los talleres europeos de laudería hace trescientos años fue una especie de milagro del arte y el oficio. De Stradivari creemos saberlo todo tan sólo por la fama de sus creaciones o porque el mejor violinista del mundo está tocando tal concierto para violín y orquesta con su Stradivarius, valuado en millones, ¿o esta noche tocará con un Guarneri? No importa tanto mientras se trate de “un violín de mil setecientos” al que hay que prestarle atención. El sonido que proyecte será tan impresionante que uno puede quedarse sin palabras, pero habría que pensar también en la historia de esas piezas de madera que se ensamblaron en una mesa rudimentaria mientras hacía mucho frío a la intemperie y la jornada del laudero se extendía hasta el amanecer porque un concierto para violín y orquesta estaba

por estrenarse y el clero había pedido un nuevo lote de instrumentos; mientras uno de los violinistas más famosos o mediáticos sale al escenario, podríamos especular cuántos años le llevó al tronco del árbol emitir el sonido cristalino que el leñador buscaba y cuánto más tardaron en secarse las partes más húmedas para que la pieza de medida cuatro cuartos sustentara su fama a lo largo de tres siglos. Todavía podemos formar parte de los rituales de la música en vivo, el acto más efímero del arte pues sólo sucede mientras se le escucha, pero que conserva la huella auditiva de todas las manos por las que pasó el instrumento que la emite, las bodegas en las que estuvo, las guerras a las que sobrevivió, inviernos, periodos de terrible calor y miles de horas bajo los dedos de estudiantes o un violinista de fama internacional.

Cada cierto tiempo, encerrados por los designios de la naturaleza o las crisis de salud, buscaremos la forma de volver a momentos así (con todo y que la modernidad siga avanzando a pasos agigantados), al menos mientras haya madera, técnica y un deseo genuino por alcanzar la perfección con las propias manos. *MM*

EDUARDO LANGAGNE

Poema

El cedro rojo
se ha convertido
en la cintura
de un instrumento,
el pino canadiense
ha perdurado
en la vida del viento del norte
y la nieve dura.
El ébano es el calor
en el encuentro de los trópicos fértiles:
un bajo de vibración profunda
ha establecido la dulzura contrastante.
En el ligero golpe del viento
el mástil de madera se mueve,
mantiene la breve felicidad.
Y ahora en la barcaza los amarres;
nudo de amarre en la guitarra múltiple:
Petenera del Mar Occidental,
voz prematura que aparece en la canción,
caminas llevando la amenaza
que siempre nos espera.

Este poema aparece en *Galería de ecos* (Medusa, Chihuahua, 2025) y se reproduce con permiso del autor.

Miler Lagos, *collage* de la serie *Anillos del tiempo*, 2014. Cortesía del artista.





ANDRÉS COTA HIRIART

Letras brotantes: árboles en la literatura

*El árbol es un organismo tan generoso que ofrece
su sombra a quienes van a cortarlo.*

BUDA GAUTAMA

¿Cuánto tiempo se puede pasar contemplando un solo árbol? Toda persona que haya observado con sus propios ojos el gran Tule de Oaxaca (el ahuehuete de Santa María del Tule que se erige como el árbol con la mayor circunferencia registrada) o a Hyperion (la secuoya gigante de los Redwoods californianos que lidera la lista de los árboles más altos del mundo), o cualquier otra entidad botánica poseedora de un récord mundial, tendrá claro que la respuesta ronda en la magnitud de las horas. Las mismas que pasamos oteando estupefactos los ochenta y ocho metros con los que se yergue Pontiankak Putih Cantik (el gigantesco árbol *mengaris*,



Melanie Smith, *Green Lush (Subtropical Jungle Mix I)*, 1999. Fotografía de Oswaldo Ruiz. Cortesía del MUAC (DIGAV-UNAM).

Koompassia excelsa, que tenemos enfrente) sobre el dosel forestal de Borneo y que le permiten ostentar el distinguido título de “árbol tropical más alto del planeta”.¹

Ante organismos de tal índole uno comprende lo frágil de la condición humana. Resulta difícil no reducirse a una nimiedad biológica frente al titánico tronco del *mengarís* recubierto por epifitas que hacen de la entidad un rico ecosistema. ¿Cuántos años llevará vivo? ¿Cuántas especies distintas habitarán sobre su extraordinaria fisionomía? ¿Cómo lo habrán medido? ¿Qué tan profundo llegarán sus raíces? Mis sentimientos oscilan entre el azoro y el coraje. Coraje debido a que no hace mucho este coloso botánico era tan sólo uno entre millares y su

sobresaliente anatomía, casi una norma en la arquitectura leñosa que salpicaba toda la isla de Borneo. Sin ir más lejos, Redmond O’Hanlon encontró tantos árboles descomunales a su paso hace apenas unas décadas que tuvo que abandonar su pretensión inicial de catalogarlos, como menciona en su magistral relato de expedición *En el corazón de Borneo* (1991). En la actualidad, en cambio, nos vemos forzados a peregrinar en su búsqueda y rendirles pleitesía como si se tratara de ruinas sacras. Vestigios de imperios gloriosos. Los últimos suspiros de un mundo ya perdido.

Extraigo los párrafos anteriores de *Fieras familiares*;² corresponden al capítulo “Los huesos de Borneo”, en el que mi pareja y yo seguimos la pista del gran simio de pelaje rojo hasta el archipiélago indonesio con la esperanza de ver una de estas majestuosas criaturas en libertad. Los traigo a colación porque en la

1 En 2019 el récord fue otorgado a otro gigante descubierto en el Valle de Danum, otro parque natural de Borneo; se trata de un *meranti* amarillo, *Shorea faguettiana*, bautizado con el nombre de Menara (torre) y supera los cien metros de altura, es decir, es más largo que un campo de fútbol.

2 Andrés Cota Hiriart, *Fieras familiares*, Libros del Asteroide, 2022, pp. 200-201.

reserva que explorábamos, localizada en las montañas de Tawau —en la fracción malaya de la tercera isla más grande del mundo—, perduran once de los veinticinco árboles más altos en la actualidad (cada uno elevándose hacia los aires por encima de los ochenta metros de altura). Digo *perduran* puesto que los titanes leñosos cada vez son más escasos en este mundo capitalista que insiste en designar bosques, junglas y ríos como recursos naturales (o mercancías a ser explotadas). Sin ir más lejos, a lo largo de las últimas cuatro décadas, Borneo ha sufrido una debacle sin precedentes. Tan sólo entre 1980 y 1990, el hasta entonces ecosistema más biodiverso de la Tierra fue escenario de una de las explotaciones forestales más intensas jamás registradas. Se calcula que la madera exportada de las selvas de la isla durante esa década superó a la que sumaban Sudamérica y

África. Por si este ecocidio no fuera suficiente, lo que quedó de selva virgen comenzó a padecer una amenaza incluso más severa: el monocultivo responsable del aceite de palma.

Imposible no consternarse ante el intercambio mercantil en juego: trocar el formidable reino del orangután y sus colosos botánicos por alimentos ultraprocesados y productos cosméticos.³ Una estupidez por donde se vea y que, como tantos otros tropiezos, se debe, en buena medida, a la ignorancia: al analfabetismo ecológico o “trastorno por déficit de naturaleza”, como le llamó Richard Louv en *Last Child in the Woods* (2005), y que comienza a ser ubicuo en la sociedad contemporánea. Una carencia de cultura que, como si fuese la nada de la *La historia interminable* de Michael Ende, va devorando un porcentaje cada día más significativo de nuestro imaginario colectivo, conduciendo, en el caso particular de la flora, a una franca ceguera botánica, pues, salvo por contadas excepciones, solemos intuir la cobertura vegetal como un mero decorado: plantas genéricas que sirven para embellecer estancias, camellones y parques urbanos o como telón de fondo de aquellos parajes rurales que visitamos durante las vacaciones. El punto es que sabemos realmente muy poco sobre los entes fotosintéticos: tanto en el caso de paisajes ecosistémicos como en el de especies individuales, hemos olvidado sus historias.

¿Cuántos tipos de árboles somos capaces de identificar? Si no con su nombre científico, al menos con el popular. ¿Cinco, diez, veinte, cincuenta si se es aficionado al senderismo? Ahora considérese que existen unas 73 mil especies arborecentes a nivel mundial (de las cuales 4 200 habitan en México). No se trata únicamente de conciencia taxonómica de lo que adolecemos, sino de no-



Miler Lagos, *El soporte del universo*. De la serie *Semillas Mágicas*, 2008. Fotografía de Oswaldo Ruiz. Cortesía del MUAC (DiGAV-UNAM).

3 Aquí hay una lista de ellos: “Los productos cotidianos que usan el polémico aceite de palma (y cómo puedes minimizar su gran impacto ambiental)”, BBC, 27 de junio de 2018.

“El 90 % de la biomasa —es decir, el peso acumulado de todo lo que está vivo y de todo lo que estuvo vivo y que ahora está muerto— está compuesto por árboles.”

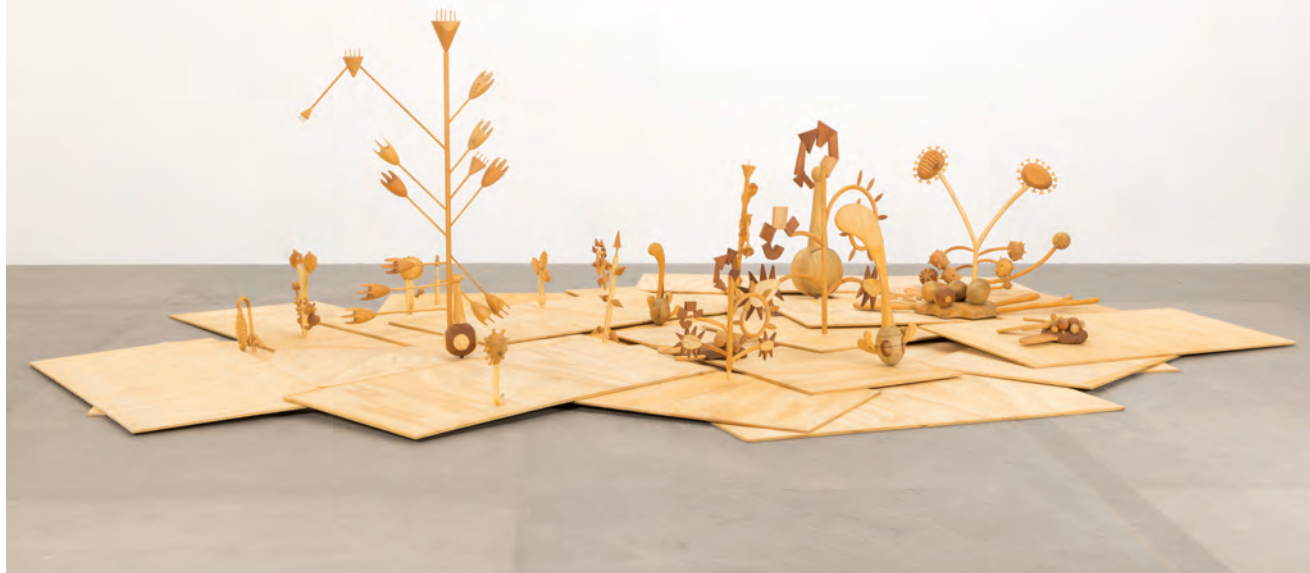
ciones elementales de lo que son los árboles y las plantas en general. Esta brecha de entendimiento deviene en que no los apreciamos como se debe y en que estamos tan desconectados del origen milenario de esa mesa de caoba o de parota que presumimos como lo están las infancias de las salchichas y jamones que se zampan ignorando que provienen de la carne de mamíferos y aves sintientes condenados a una existencia cruel.

¿Cómo confrontar esta alienación y evitar seguir abonando al disparate del capitaloceno? Sencillo: atendiendo ese paisaje interior que llevamos dentro y que nos hace ser quienes somos. O si se prefiere: tornando más frondoso el marco de referencias a partir de las cuales damos sentido a lo que nos rodea. Y esto se consigue por medio de historias y experiencias estéticas, el mejor vehículo de acceso al conocimiento a nuestra disposición. Es decir, a través de prosa, poesía, ensayo, dramaturgia, filosofía, crónica, novela gráfica, libro infantil, podcast, documental y películas que nos quiten del centro y que encaucen una reflexión de fondo sobre nuestra verdadera posición en el mundo y la relación que entablamos con el resto de los organismos que pueblan el incommensurable árbol de la vida. Abrevando, pues, de las aguas de la literatura y la narrativaleza, que más que un género es una corriente artística en la que confluyen no sólo las letras que abordan lo silvestre, las ciencias naturales y los alegatos ambientalistas, sino también las otras maneras que tienen las culturas ancestrales y sus exploraciones del lenguaje de ser y concebir el mundo, y por medio de las cuales buscan reencontrar a los humanos con el vasto entorno del que formamos parte y del cual dependemos.

Ecoescritura, letras verdes, biopoesía, llamémosle como sea, lo importan-

te es nombrar la constelación, para que así surja sinergia entre todas esas obras que, desde diversas trincheras y motivaciones, abren una brecha hacia nuevas maneras de percibir, narrar, habitar y fundirse con la naturaleza. Hacer ecos, para que esa manera más consciente y crítica de transitar por la biosfera emerja sólo del nicho de las etiquetas literarias y construya comunidad. “Liternatura defiende el poder de la palabra —ya sea escrita, cantada o dibujada— para cambiar la realidad”, en palabras del autor catalán Gabi Martínez, quien acuñó dicho término junto con el grupo de organizadores del primer festival de *Nature Writing* en español, Movistar Liternatura, que tuvo lugar en Barcelona en 2018.

En lo que respecta a los árboles, dudo que quien haya leído las palabras del gran Francis Hallé pueda quedar indiferente. El biólogo francés es reconocido como un descubridor de la arquitectura botánica y no sólo posee la ciencia, sino que ha sabido transmitir como pocos su pasión por estos prodigios naturales. Entender el reino vegetal, afirma el ecologista, requiere de una “revolución intelectual” y hoy, más que nunca, es una emergencia. En su conferencia, presentada en versión impresa como *La vida de los árboles* (2020), el navegante del dosel forestal declara: “son seres bellos, ingeniosos, de enorme envergadura e increíblemente capaces de ocupar el espacio, salir de cualquier situación difícil y resistirse a la voluntad de control del hombre. No molestan y viven más que cualquier otro ser vivo”. Y es que son literalmente tiempo hecho visible: “Los *Pinus longae* [pinos californianos], que tienen cinco mil años, germinaron mientras los faraones egipcios construían las pirámides”. Hallé asevera que el récord actual lo ostenta un acebo real de Tasmania que, se estima, ronda la impresionante edad de ¡43 mil años! Es decir, que ya hacía fotosíntesis cuando aún estaban vivos los neandertales, los denisovanos y algunos



Sofía Táboas, *Germen Voynich*, 2005. Fotografía de Oswaldo Ruiz. Cortesía del MUAC (DiGAV-UNAM).

otros homínidos hermanos de los *Homo sapiens*. “Toda nuestra evolución biológica cabe en la vida de un árbol.”

En los libros de Hallé se aprende que los árboles se alimentan principalmente depurando la atmósfera y que les basta una cucharadita cafetera de minerales y aminoácidos esenciales que obtienen del sustrato y de las simbiosis micorrícicas que establecen bajo tierra con los hongos; también, que son seres de superficie: si se toma en cuenta todo su perímetro, desde las raíces hasta cada una de sus hojas por las dos caras, la superficie total de un árbol urbano promedio es de unas dos hectáreas (veinte mil metros cuadrados). Ahora que, si deconstruyéramos un árbol de buen tamaño y lo extendiéramos de forma que su superficie quedase como un solo plano, éste, afirma el autor, cubriría todo el principado de Mónaco (unas doscientas ocho hectáreas). “Basta con imaginarlo mojado: entonces pesa dos veces más, no porque el agua penetre en sus tejidos, sino únicamente debido a su vastísima superficie mojada.” Y tal estrategia evolutiva les ha servido para ser los organismos más notorios de los últimos cuatrocientos mi-

llones de años (que es cuando aparecieron sus primeros representantes): “El 90 % de la biomasa —es decir, el peso acumulado de todo lo que está vivo y de todo lo que estuvo vivo y que ahora está muerto— está compuesto por árboles. Los seres vivos de mayor tamaño son ellos y siempre lo han sido, también en eras geológicas anteriores”.

Ni qué decir de Stefano Mancuso, investigador y prolífico autor —*Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal* (2015), *La nación de las plantas* (2020), *El increíble viaje de las plantas* (2019)— que ha nutrido un verdadero cambio de paradigma en la concepción que tenemos sobre las capacidades de las plantas, que no sólo detectan y emiten sonidos, sino que poseen memoria, aprenden de su entorno, se comunican entre sí y, en algunos casos, pareciera que incluso cuentan con cierta detección visual. De la botánica y magnífica autora Robin Wall Kimmerer —*Una trenza de hierba sagrada* (2021), *Reserva de musgo* (2023)— obtenemos la sensibilidad ampliada y el aprecio por el tremendo legado de las naciones originarias, cuyos conocimientos entreteje la autora, que es miembro de

la nación potawatomi, con los descubrimientos científicos que realiza y sus experiencias personales.

En coordenadas latinoamericanas hay que poner ojo a la plataforma digital Nube de Monte,⁴ mediante la que Francisco Cubas está haciendo un esfuerzo loable por crear narrativas desde el sur global y traernos historias de las cuencas Grijalva y Usumacinta, literatura local de altos vuelos en la que se incluyen diversas sagas fascinantes de polinización: “El romance de la ceiba y los murciélagos”, “El guayacán y su comunidad de abejas”, “La sorprendente polinización por rebote”, entre muchos textos más publicados desde las trincheras del sureste mexicano. Habría que destacar, por supuesto, los acercamientos arbóreos reveladores en la poesía: Nadia Escalante, Mónica Nepote, Maricela Guerrero, Balam Rodrigo y el resto de la tropa que va trazando la estela del canto del lenguaje bio-eco-verde-efervescente, así como el divertido *Sumario de plantas oficiosas* del colombiano Efrén Giraldo, merecedor del Premio de No Ficción Latinoamericana Independiente 2022.

Cerremos con una interrogante: ¿cuántas hojas tiene un árbol? De acuerdo con Hope Jahren, más o menos el mismo número que nuestros cabellos, como cuenta en su relato autobiográfico *La memoria secreta de las hojas* (2017), testimonio tanto del ardor científico y la vida de laboratorio como de los sótanos de la manía y la depresión que trastocaron sus pensamientos a lo largo de varios años. Y ya que los sauces llorones son de de mis árboles favoritos, terminemos con este pasaje de su libro:

Cuando un árbol crece, sus ramas bajas se vuelven inútiles, han quedado demasiado a la sombra de las nuevas que salen encima para poder ser de alguna utilidad. Un sauce carga estas ramas usadas de reservas, las hace más gruesas y

fuertes, y luego deshidrata su base, de modo que terminan partiéndose en seco y cayendo al río. Arrastrados por el agua, uno de esos millones de brotes de la madera será desplazado hasta la orilla y se volverá a plantar a sí mismo, y en no mucho tiempo aquel mismo árbol está creciendo en otra parte. Lo que antes era una simple ramita ahora tiene que actuar como un tronco, sometido a condiciones que nunca hubiera considerado posibles. Todo sauce presenta en su follaje más de diez mil puntos de quiebre como los antes descritos; cada año pierde de esa manera el diez por ciento de sus ramas. A medida que pasan las décadas uno de esos sauces —tal vez dos— consigue echar raíces río abajo y desarrollarse como una réplica genéticamente idéntica.

Ojalá que de forma similar a esos esquejes autoduplicativos de los sauces, las nociones diseminadas por las letras brotantes —en las que también habría que incluir *El mesías de las plantas* (2018) de Carlos Magdalena, *Álbum de plantas prohibidas* (2022) de Maricarmen Tostado Gutiérrez y *El otro nombre de los árboles* (2018) de Jorge Gutiérrez Reyna— poco a poco vayan encontrando terreno fértil para echar raíces en las cabezas de sus lectores y que, con algo de suerte, su fructificación invada otras mentes y así, al cabo de unos años, se conviertan en un bosque mental comunitario capaz de darle un vuelco a nuestros tiempos y afianzar un futuro menos lóbrego. Si no lo conseguimos, sólo nos quedará emular al barón rampante imaginado por Italo Calvino y encaramarnos a la copa de los árboles que sobrevivan para ya nunca bajarnos y, de esa manera desesperada, resguardarlos —como lo hizo Julia Butterfly Hill en la década de los noventa en los Redwoods— de los embates de nuestros congéneres ciegos. ¶¶

LEV JARDÓN BARBOLLA

Hay plantas con madera de árbol

*Nosotros los árboles damos nuestra sombra [...],
somos medicina, somos alimentos, somos vida.
Cada vez estamos más desesperados, no nos cuidan,
nos destruyen con sus máquinas de muerte,
los capitalistas nos han hecho mercancía.
La Naturaleza se revela y se rebela (obra de teatro
zapatista, abril de 2025)*

Natalia Cáceres, chiclero extrayendo hule látex a partir de la corteza del árbol del chicozapote, Calakmul, Campeche, 2010. © De la fotografía.





Ejemplar muerto del arbusto alpino *Juniperus monticola*, la segunda especie leñosa más longeva de México, en el lado sur del Iztaccihuatl a 4050 m s.n.m., 2015. Fotografía de Lorenzo Vásquez Selem.

DEL BOSQUE A LOS ÁRBOLES

Los bosques son ecosistemas donde las especies predominantes son árboles; sus copas conforman un espacio en el que habitan diferentes organismos vivos. La continuidad de ese espacio, llamado dosel, fue usada como recurso por Italo Calvino para escribir *El barón rampante*. En dicha novela, Cosimo decide nunca bajar de las copas de los árboles, por lo que se desplaza a través de ellas para ir de un lugar a otro.

Si bien resulta contraintuitivo, en los primeros bosques de la Tierra, surgidos en el periodo Devónico (hace entre 419 y 358 millones de años), no había árboles. En cambio, estaban poblados de plantas con un tallo y una copa elevada sobre el suelo, llamadas helechos arborescentes, los cuales existen hasta nuestros días. Las células de las plantas cuentan con una membrana y una pared externa que contiene celulosa, además de otras sustancias. Una característica importante de los helechos mencionados es que sus paredes celulares tienen lignina, un polímero que las dota de rigidez, lo que resulta esencial para las estructuras tubulares de los vasos (sistemas vasculares) que transportan agua y otros nutrientes dentro de dichas plantas.

El modo de vida arbóreo ofrece muchas ventajas para las plantas: las más altas reciben más luz del sol, su exposición a los herbívoros terrestres queda restringida a aquellos que puedan trepar y alcanzar las hojas de la copa, y las esporas o las semillas logran dispersarse más lejos. Por lo tanto, podría pensarse que la selección natural favorece la evolución de los árboles. Sin embargo, para que una planta cobre esa forma es necesario que sus tallos sean rígidos, que no se rompan ante el primer viento y que transporten el agua hasta su parte más alta. La lignina, el principal componente de la madera, es indispensable para ello.

En términos biológicos, un árbol es una planta leñosa (produce madera), perenne (vive varios años, a diferencia, por ejemplo, del maíz y su ciclo anual), con uno o más tallos principales que se sostienen por sí mismos, los cuales ramifican a cierta altura del suelo y cuyas ramas forman una copa más o menos elevada. La biología también utiliza criterios secundarios para distinguir entre un árbol y un arbusto. Por ejemplo, los árboles adultos suelen medir más de cinco metros de altura, mientras que la estatura de los arbustos es menor; éstos producen ramas muy cerca de su base, lo que no sucede en el caso de los árboles.

Considerando estos atributos, los helechos arborescentes que poblaron los primeros bosques poseían tallos capaces de lignificar, pero no eran árboles porque no producían madera, como tampoco lo hacen las palmeras, que son plantas con flores y que están emparentadas con los pastos. Tanto los helechos como las palmeras aumentan la masa de tejido de sus tallos (en medio quedan haces vasculares dispersos) y así consiguen engrosarlos. Sin embargo, las plantas que generan madera tienen un atributo especial: sus tallos son más gruesos gracias al cámbium vascular, un anillo de células a partir del cual se forma nuevo teji-

do, tanto hacia fuera como hacia dentro de él. El cámbium vascular es parecido a un cilindro y está ubicado al interior del tronco; se trata de una capa de tejido de una célula de espesor, desde la cual se forman constantemente dos tipos de tejido.

Las plantas crecen a partir de conjuntos de células indiferenciadas, llamadas meristemos, que se pueden convertir en diferentes estructuras o módulos. De un meristemo en la punta de una rama puede surgir un nuevo tramo de tallo y de otro que esté en una axila es posible que brote una rama o una estructura reproductiva.

El cámbium vascular es un meristemo secundario porque permite que los árboles se ensanchen —éste aumenta su diámetro conforme la planta crece—; en cambio, los meristemos primarios hacen que los árboles ganen altura y ramifiquen. Por dentro del cámbium, el árbol va formando xilema, un tejido cuyos vasos trasladan el agua y los minerales del suelo hacia arriba de la estructura. Sólo las capas más externas del xilema están vivas; conforme el árbol crece, las células internas van muriendo y sus paredes de celulosa y lignina se acumulan como madera. En los lugares con estaciones muy definidas, ya sea por el frío del invierno o por la intensidad de la época de secas, los pulsos de crecimiento anual del xilema van marcando los anillos de crecimiento de los árboles. Hacia afuera del cámbium vascular se forma el floema, que transporta hacia las partes bajas del árbol la “savia elaborada”, un fluido compuesto de azúcares y otras sustancias nutritivas. El chicle o la goma de mascar natural se extrae de dicha savia de los árboles de chicozapote (*Manilkara zapota*).

Los primeros árboles propiamente dichos, esto es, con lignina y cámbium vascular, aparecieron hace unos 390 millones de años en el linaje que dio origen a las gimnospermas,¹ entre las cuales las

coníferas han sido prolíficas ecológicamente al adoptar la forma de vida de árboles. Así es: ser árbol es una forma de vida entre las plantas. En las angiospermas² —desde las ceibas hasta los encinos, las guayabas y los aguacates—, esta forma de vida ha evolucionado varias veces de manera independiente en diferentes linajes de plantas.

LOS CAMINOS DEL ÁRBOL

Los árboles han alcanzado tamaños y longevidades extremas: algunos de los organismos vivos más grandes del mundo son árboles. Los más altos son las secuoyas rojas (*Sequoia sempervirens*), que se elevan hasta ciento quince metros y habitan en la costa este de Norteamérica, mientras que sus primas, las secuoyas gigantes (*Sequoiadendron giganteum*), pesan más de cinco mil toneladas.

En general, los bosques están conformados por muchos árboles, pero a veces uno solo es capaz de formar un bosque. El “Pando”, un álamo de la especie *Populus tremuloides*, constituye un bosque: se trata de un individuo con más de 47000 troncos interconectados por un sistema de raíces y con un mismo genotipo. Los troncos de Pando emergen del suelo en una zona de 42 hectáreas en Utah, Estados Unidos. Con un peso estimado de seis mil toneladas, es el organismo individual más masivo de la Tierra.

Sin duda, las enormes tortugas de las Galápagos, pues algunas han vivido casi doscientos años, o los individuos del tiburón de Groenlandia, cuya edad se es-

mayormente expuestas. A diferencia de las plantas con flor, el embrión de las gimnospermas está cubierto sólo por un par de capas de tejido.

- 2 Las angiospermas, o plantas con flores, son el grupo más diverso de plantas; sus semillas están cubiertas por frutos y tienen más capas cubriendo al embrión. En las angiospermas se reconocen tres grupos: magnolias, eudicotiledóneas (en ambos, la forma de vida arbórea ha evolucionado muchas veces de manera independiente) y las monocotiledóneas (por ejemplo, gramíneas, orquídeas y palmeras), en las que dicha forma está ausente.

1 Las gimnospermas (literalmente, “semillas desnudas”) son plantas cuyas semillas no se encuentran dentro de un fruto, sino que están

tima en más de tres siglos, son animales muy longevos. Pero no en balde Edmond Hamilton comenzó su relato “Tierra extraña” con la narración de un escenario en el que las personas viven una *vida ralentizada*, al ritmo de los árboles. Por ejemplo, se calcula que la secuoya más vieja tiene 3200 años, mientras que el organismo no clonal más longevo es un pino localizado en el este de California, de la especie *Pinus longaeva* y bautizado Matusalén, cuya edad aproximada es de 4800 años, y aún se debate si el “alerce milenario” chileno, un individuo de la conífera *Fitzroya cupressoides*, podría ser más viejo todavía.

Si bien los árboles, como forma de vida, presentan ventajas para las plantas, estos no pueden desarrollarse en cualquier lugar. Alrededor del planeta existe una “línea del árbol”, una frontera tras la cual las bajas temperaturas, asociadas con la latitud o la altitud, impiden su crecimiento.³ Al respecto, en México destaca el Pico de Orizaba porque, a casi cuatro mil metros sobre el nivel del mar, crecen pinos de la especie *Pinus hartwegii*. Junto con Khumbu, en el lado nepalí del Everest, es uno de los sitios de mayor altitud en el hemisferio norte donde hay árboles. En el hemisferio sur, un árbol con flores, *Polylepis tarapacana*, que crece a 5200 metros sobre el nivel del mar, se encuentra en el Nevado Sajama, en Bolivia.

KWAWITL, CHE', WOODS...

La asociación entre los árboles y la madera es tan clara que se manifiesta en algunos idiomas. En muchas variantes del náhuatl, la misma palabra que denota “árbol”, *kwawitl*, se utiliza para decir “madera”. En las lenguas mayas, palabras como *che'* y *te'* significan ambas cosas. En inglés, el plural de madera, *woods*, refiere también a los bosques.

La madera evolucionó como un elemento funcional y estructural de los árboles y luego se volvió un material fundamental para la humanidad, debido a su versatilidad y a sus propiedades únicas. A diferencia de un pedazo de metal o de piedra, cuyas propiedades mecánicas son las mismas en todas sus direcciones (lo que se conoce como isotropía), la madera, por estar hecha de fibras que corren a lo largo del tronco, es un material *anisotrópico*. Esto quiere decir que su resistencia es distinta cuando se aplica presión de manera transversal a la veta o al grano de la madera que cuando se hace lo mismo de forma paralela. El oficio de la carpintería es, en buena medida, el arte de aprovechar la anisotropía.

Ahora bien, la forma de los árboles inspiró la metáfora de mayor poder explicativo en la biología. Representamos las relaciones de parentesco que unen a toda la vida en la Tierra apelando precisamente a la idea de un árbol evolutivo, en el que las especies que comparten ancestros son las hojas en la punta de cada rama. Las especies de árboles cercanamente emparentadas comparten rasgos porque tienen una historia evolutiva en común.⁴

Se suele llamar “maderas blandas” a las que provienen de las coníferas y “maderas duras” a las que producen los árboles con flores. La diferencia entre ellas se manifiesta tanto en su densidad como en su estructura interna. El xilema de las coníferas contiene un solo tipo de elementos conductores, denominados *traqueidas*, que sirven tanto para el transporte de agua como para dar soporte al tronco. En cambio, el xilema de las plantas con flores contiene dos tipos de teji-

3 Christian Körner, “The cold range limit of trees”, *Trends in Ecology & Evolution*, noviembre de 2021, vol. 36, núm. 11, pp. 979-989.

4 Un estudio reciente muestra que la densidad de la madera de los árboles depende fuertemente de la ancestría evolutiva; los grupos de especies cercanamente emparentadas tienen maderas cuya densidad, en promedio, es similar. Fangbing Li, Hong Qian *et al.*, “Evolutionary history shapes variation of wood density of tree species across the world”, *Plant Diversity*, mayo de 2024, vol. 46, núm. 3, pp. 283-293.



Corte transversal del *Juniperus monticola*, con 150 años de edad al morir a causa de un incendio, 2015. Fotografía de Lorenzo Vásquez Selem.

do: los vasos, que transportan agua, y las fibras, cuyas células tienen paredes más gruesas y sirven de soporte.

En términos generales, a mayor densidad de la madera seca, mayor dureza. Usualmente, las coníferas generan maderas menos densas que las plantas con flores, si bien existen excepciones: el tejo (*Taxus*), pese a ser una gimnosperma, tiene una madera relativamente densa; por su parte, la madera balsa es de baja densidad, aunque proviene de una planta con flor (*Ochroma pyramidale*).

Sin embargo, la densidad no lo es todo. Las propiedades mecánicas de la madera dependen de otros elementos, como los rayos (fibras que corren radialmente del centro a la periferia del árbol), el grosor y la composición de las paredes celulares, así como de la orientación de las fibras, de los canales resiníferos y de los poros. Los pinos y otras coníferas tienen fustes rectos y su madera es relativamente liviana; además, la resina les otorga cierta resistencia ante la descomposición ocasionada por hongos, lo que las hace útiles como materiales para construir desde muebles hasta aviones.

La madera de las fagáceas, como las hayas (*Fagus*) y los encinos (*Quercus*, de los que 161 especies viven en México), es densa y su resistencia a la pudrición de-

pende de la cantidad de taninos y otros metabolitos secundarios que contenga. En cambio, la madera de las juglandáceas, como las especies del género *Carya*, al que pertenece la nuez de cáscara lisa (*C. illinoensis*), sobresale por ser tenaz y elástica: se puede deformar mucho sin romperse y luego recupera su forma; muchos pueblos indígenas de América del Norte la emplearon para elaborar arcos.

Por último, entre las oleáceas, los fresnos producen una madera muy resistente a los impactos. Por eso el género *Fraxinus* es muy apreciado en el beisbol para elaborar bates y fue muy usado en los patines del tren de aterrizaje de los primeros aviones. Su madera se puede doblar si se trata con vapor de agua, lo que hace que las fibras adopten la curvatura de la pieza, haciéndola muy resistente.

La luz del alba y del ocaso en los días de enero, febrero y marzo nos permite admirar un bello tono verde en las copas de los fresnos (*Fraxinus uhdei*) de la Ciudad de México. Tras haber perdido de forma asincrónica sus hojas entre el final del otoño y el principio del invierno, la mayoría de estos árboles reverdece en los primeros meses del año y sus jóvenes hojas brillan intensamente.

Los fresnos son primos cercanos de los olivos, también de madera fuerte y duradera. En Palestina, el ejército de ocupación destruye los olivos como parte del genocidio que perpetra frente a nuestros ojos y que es imperativo detener. ¶¶

BRUNO H. PICHÉ

La hoja de maple



Bruno H. Piché con su abuelo Jean, ca. 1975. Cortesía del autor.

*para Montse Ramiro y
Guillermo de la Mora, en el bosque*

NÚMEROS

Los árboles. Cada quien tiene sus preferidos. Quizás con excepción del acercamiento académico especializado, detrás de cada elección suele haber una historia íntima.

Ésta es mi historia con el árbol de arce, que para mí siempre fue y será el árbol de maple, pues las historias personales conservan intactas las imprecisiones inherentes a esa máquina imperfecta

que es la memoria y los residuos que reinventa, arroja ocasionalmente y tomamos como verdades: los recuerdos.

Lo demás —se sabe— es silencio.

La historia es breve, pues mi abuelo materno, Jean Piché, murió joven, pero sigue presente, en cierta forma, en las transformaciones no menores que, entre los años de posguerra y hasta bien entrados los sesenta del siglo XX —mi elección de dichas décadas tiene un matiz arbitrario: *nada que exista deja de cambiar*—, tuvieron efectos profundos y duraderos en la ya cada vez más distante patria materna, Canadá, mi otrora *matría*. Así pues, mi abuelo también aportó a los cambios políticos, económicos, sociales, familiares —el espectro entero— de esas décadas.

Si en este mundo existe algo que refiera de un modo concreto a algo simbólico, es la bandera de Canadá y, de manera específica, lo que se considera universalmente su emblema nacional: la hoja que se abre en cinco puntas con cinco vistosos hilos con apariencia de venas, la cual muta en diversos colores con el avance del otoño y es de textura un poco áspera (sus lóbulos pueden tener un terminado apenas dentado o, bien, suave, dependiendo a cuál de las diez diferentes especies nativas pertenezca el árbol de arce en cuestión). Para efectos concretos, esta hoja proviene del *Acer rubrum*, el arce rojo de Canadá.

Comúnmente se le llama, más o menos en buena parte del mundo, hoja de maple. En Canadá apenas existen diez especies de arce — *saccharum*, *nigrum*, *saccharinum*, *macrophyllum*, *rubrum*, *spicatum*, *pensylvanicum*, *glabrum* var. *douglasii*, *circinatum* y *negundo*—, mientras que la población total de árboles de varios países del sudeste asiático, Europa y Estados Unidos se distribuye en ciento treinta especies, algo así como el noventa por ciento de todas las que conocemos. Sin embargo, este dato, por sí mismo, deja fuera algunos aspectos importantes para efectos de esta historia.

Las principales concentraciones de arces se encuentran en China, la penín-

sula de Corea y Japón, donde su uso es ornamental. No es extraño, pues su altura media de seis metros resulta ideal para resguardarse bajo su sombra, aunque también suelen cultivarlos de manera semejante al tradicional bonsái. En países con múltiples variedades de esta especie, como Francia y Alemania, su madera suele utilizarse en la fabricación de muebles, lo mismo que en Dinamarca, Noruega y Suecia.

DEL PENTATEUCO A LOS PROFETAS MENORES

El movimiento masivo del dulce y espeso líquido —otro emblema análogo a la hoja de la bandera canadiense— inicia en las provincias de Ontario y Quebec a bordo de barcos contenedores que remontan el río San Lorenzo, viran hacia el sur en la provincia de Nueva Escocia, mantienen el curso en dirección a Boston, Trenton, Charleston, en Carolina del Sur, y así hasta el canal de Panamá, donde se anclan a esperar permiso de salida y, de ahí, que Dios los bendiga porque los retrasos pueden durar días enteros.

Una vez que un buque ha cruzado el canal de Panamá a paso de tortuga, vuelve a zarpar y sostiene la velocidad y el rumbo; entonces ocurre su primera y más importante escala en el puerto de Los Ángeles.

Comienza ahora la descomunal labor de la empresa especializada en productos de maple, que terminan, principalmente, en los anaqueles de una popular cadena *hipster* de supermercados con presencia en las grandes ciudades y los suburbios más afluentes o menos fregados en todo el país. El procedimiento consiste en vaciar en botellas de no menos de un litro la mejor miel de maple Grado A; además, utilizan concentrados para producir alrededor de treinta productos que contienen miel de maple o saben a ella.

Sea en esa acogedora cadena de supermercados o en otras de más alto perfil, la suma total de la venta de miel proveniente de Canadá —no ese veneno que es el jarabe de maíz de alta fructosa— y sus

derivados supera, en el mercado estadounidense, los 380 millones de dólares al año. Se distribuye en 38 estados de la Unión Americana. Lo peculiar es su concentración: la mayor parte se va a Illinois, donde se recaudan más de 76 millones de dólares; después siguen California, con 56 millones, y, en tercer lugar, Vermont (50 millones), un estado tan cercano a la frontera este de Canadá que casi se puede llegar a ella caminando.

Esta no es, entonces, una historia de deforestación y depredación, sino una de cambio cultural comparable a la desaparición de prácticas familiares, comunales y locales; eso sí, desemboca, una vez más, en la preeminencia de un proceso de industrialización masivo típicamente norteamericano, aunque la región contenga un porcentaje menor de las especies de árboles de arce o de maple del planeta.

REYES

El abuelo Jean fue un hombre incansable e irreductible, una especie de Oliver Twist que dejó las calles a los doce o trece años para emplearse como peón albañil con los italianos, quienes cuando llegaron, a finales del siglo XIX, al país del

más salvaje frío —hemos olvidado qué tanto podemos resistir hombres y mujeres en aras de cambiar nuestras vidas ahora que preferimos desvanecernos en ellas—, monopolizaron el oficio de la construcción de casas y edificios, parques, escuelas y oficinas mediante prácticas no muy apegadas a la ley, si es que por entonces existían leyes y códigos aplicables a una industria que, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, pasó por un primer e improvisado *boom* inmobiliario a medida que se iban parcelando nuevos distritos urbanos y se levantaban casas, dúplex y edificios de departamentos; por esos años llegaban en masa inmigrantes y refugiados de la Europa devastada, lo que incrementaba la demanda sin parar.

Causa o consecuencia, el abuelo Jean no tuvo otra opción más que convertirse tempranamente en un infatigable niño adulto. Su capacidad de observación, su atención a los detalles en apariencia insignificantes, su empeño y terquedad hicieron posible que muy pronto ascendiera a la posición de albañil, lo que le permitió tener contacto directo con miembros de toda la cadena industrial: electricistas, plomeros, instaladores de los primeros sistemas eléctricos de calefacción, carpinteros, expertos en el vaciado de cemento y otros albañiles. Luego, la necesidad —el arribo de seis hijas y un hijo—, pero también su sentido natural, innato diría yo, para los negocios, lo llevó, en cinco o seis años de trabajo como simple peón albañil, a convertirse, no sin sudor ni lágrimas (hablo de jornadas laborales de diecisiete o diecinueve horas diarias), en el más exitoso contratista de Ahuntic-Cartierville, en su día el distrito más densamente poblado, ubicado al norte de la ciudad. El barrio se encuentra cerca del río que demarca



Tom Thomson, *In Algonquin Park*, ca. 1914-1915. McMichael Canadian Art Collection ©.



Tom Thomson, *Northern River*, 1915. National Gallery of Canada ©.

de manera natural —Montreal es una isla— el límite septentrional de la ciudad: Rivière des Prairies, uno de los ríos más bellos que —con toda seguridad, sueño poco convincente y hasta tendencioso— me he detenido a observar: en él fluye la vida, no desechos contaminantes ni agua muerta, como ocurre en el Ganges, el Támesis y el Vístula.

Construyó, sin enterarse siquiera, riqueza para el futuro. A partir de 2000 o 2001, Ahuntsic pasó de ser un barrio de trabajadores y profesionistas de nivel medio a volverse la zona preferida por los nuevos promotores para reconvertir sus veinticuatro kilómetros cuadrados en una de las partes más cotizadas de la ciudad.

El abuelo Jean ofreció a cada una de sus hijas y a su hijo más de lo que pudo y, en algunos casos, quizá más de lo que merecían. Fue, a su manera, un visionario, hasta que las fuerzas le comenzaron a fallar, más o menos a la edad que tengo actualmente —y mírenme, me quejo—. No lo minó tanto el cansancio físico, sino que se hartó de tratar con los personajes de la industria constructora, obsesionados, casi excitados, por verle la cara a todo el mundo.

Fue, así lo imagino, un niño inquieto, curioso, autodidacta, raro en tanto

que prefería ocuparse en algo antes que juntarse con la palomilla para arrojar piedras a los cristales del vecino o perpetrar pequeños robos de caramelos o alguna fruta para llevarse algo a la boca. Sospecho que desde entonces fue el chico que terminaría convirtiéndose en un adulto que disfrutaba su soledad —una disposición anímica que Glenn Gould, originario de la provincia de Ontario y uno de los cinco o seis mejores intérpretes de piano de la segunda mitad del siglo XX, llamaba simple aunque no por ello sencillamente: *el Norte*. Aunque él y la abuela tuvieron hijos casi cronometrados por poco más de un año de diferencia entre sí y si bien parecía que lo único que hacía era trabajar, nunca fue un padre ausente.

Bajo ningún criterio, el abuelo Jean fue un empresario en la definición clásica de Friedrich Hayek: veía y aprovechaba las oportunidades que se le presentaban, pero jamás fueron lo suyo la innovación ni la integración sistemática del conocimiento fragmentado ni el uso del mercado —en este caso, los bienes raíces—, como el mecanismo principal para obtener mayor información que le permitiera aventajar a los otros. Nada más alejado de eso, y lo confirmaría su afición casi amorosa por producir su propia miel de maple.

Después de construir el hospital por donde vine a dar a este mundo, l'Hôpital Fleury, *situātus, a, um*, al este de la calle del mismo nombre, en el número 2180 (cerca de todo, lo mismo de la vida que de la muerte), el abuelo Jean dijo basta y traspasó su negocio por una suma más que conveniente para cumplir con la urgencia de alejarse no sólo de la industria, sino de la ciudad que había contribuido a poner en pie. Así, se largó tras adquirir las suficientes hectáreas —contadas por centenas y a un precio de risa— al corazón de Les Laurentides, una zona de pueblos pequeños y resorts para esquiar ubicada a una hora y media de Montreal. Desde la propiedad uno podía contar, no sé (lo veo entre las nie-

blas de mis recuerdos de infancia) diez o doce montañas y los respectivos poblados y bosques que las circundaban. En la cresta de un valle el abuelo construyó un cómodo *chalet* (no necesitaban más), en el cual mi abuela y él pasarían el resto de sus días.

Para el abuelo Jean fue un regreso a los orígenes. Los largos meses de invierno en nada le afectaban, eran una fase más del ciclo de la vida, una en la que él encontraba más cosas que hacer que en el verano. Por cierto, cuenta la leyenda que el único periodo estival que disfrutó fue aquel cuando abrió, con ayuda de leñadores y expertos en derribar árboles, el camino que circundaba toda la propiedad que bautizó como *Le tour de la Terre* o “La vuelta al mundo”: era el mundo del abuelo Jean, que no había seguido en absoluto los planos de un arquitecto de paisaje, ni siquiera de un ingeniero forestal, sino su mero gusto e intuiciones. Prevaleció, por lo tanto, un claro carácter agreste en aquella empresa de abrir un extenso, casi infinito, sendero cuya anchura variaba según el orden o desorden de pinos, abetos y abedules que eran serruchados sin miramientos y que lo mismo caían hacia las orillas externas de *Le tour de la Terre* que hacia adentro, creando, en la visión loca de mi abuelo, un obstáculo a librar en medio del camino que suponía estar despejando. Los únicos árboles que el abuelo instruyó que no se tocaran, casi con carácter de orden marcial, fueron sus preferidos: los arces.

Con el inicio de las vacaciones de las fiestas navideñas llegaba la aventura más esperada del año para el niño que era yo por entonces: las horas de vuelo se vivían como quien decide recorrer la eternidad de cabo a rabo sólo para ir a recolectar miel de maple.

La operación era relativamente sencilla; requería, a lo mucho, de unas cincuenta enormes cubetas de metal. Cada una se fijaba al tronco de un árbol con una correa, también metálica, una especie de pretina que la sujetaba con firmeza. Unos

cinco o diez centímetros encima del recipiente clavábamos por turnos, el abuelo y yo, unas canaletas en un ángulo ligeramente inclinado hacia abajo. Del resto se encargaba, durante la noche y parte de la mañana, la gravedad, que provocaba, como lo haría en una pequeña vena abierta en cualquier extremidad que apuntara hacia el piso, el goteo constante que casi llenaba las cubetas. Después de retirarles la pretina, el abuelo y yo las vaciábamos en un tanque que recuerdo como un viejo boiler. Nos pasábamos las horas yendo y viniendo al *chalet* para vaciar el boiler en unos tambos enormes. La abuela preparaba el almuerzo y el abuelo, después de tomarse una taza de té o café de un solo trago —costumbre que, supongo, había adquirido en sus años de duras y largas jornadas de trabajo—, profería una simple pero afectuosa orden: “Allons-y le grand”, “vámonos, muchachote”, en lugar de niño, pequeñín o qué sé yo; era su forma de convocarme, como al niño adulto que él mismo fue, a regresar al trabajo un par de horas más.

Y así era como el abuelo Jean, con la ayuda, a veces no tan entusiasta, del nieto cansado de pies húmedos (a pesar de usar las botas adecuadas para meterse al fondo mismo del invierno), lograba extraer la mejor miel de maple Grado A, para su estricto autoconsumo del resto del año.

CRÓNICAS

El otro día me encontré con un poema de Julio Trujillo (q.e.p.d.) en el que no había reparado:

Solía abrazar los árboles
y alzar
la vista hasta perderme en esa fuga.
Qué sabia perspectiva,
qué savia perseguida con la carne,
cuando solía,
mucho antes de caerme de maduro.

Lo leí y sentí sobre los hombros algo que podríamos llamar el alto costo que conllevan el paso y el peso de la vida. Aun-



Tom Thomson, *Black Spruce and Maple*, 1915. Art Gallery of Ontario ©.

que tomara la —extraña, demasiado extraña— decisión de no volver a abrir el librito de poemas de mi amigo en esa dura y recia página, las cosas, la realidad, no cambiarían mucho.

Nos pasamos la vida levantando edificaciones materiales o mentales; formamos o intentamos formar familias y llevar modos de vida que al principio deseamos placenteros, si bien más tarde, cuando menos, llevaderos. En lugar de quedarnos quietos y conformarnos con lo posible, nos consumimos buscando lo imposible, lo que nos daña y nos está negado por mala —incluso buena— suerte, falta de arrestos o talento, ceguera, exceso de lucidez, lo que sea.

Hasta que eventual, biológica o accidentalmente, todo eso termina derribándose y aplastándonos casi sin dejar rastro del obstinado empeño que termina triturado un par de metros bajo la superficie y que al final del día no es más que esfuerzo inútil y desperdiciado.

Las ciudades y sus calles son bosques donde cohabitan, como en cualquier floresta de extensiones respetables, seres que parecen deambular y que, sin embargo, avanzan aplastados por lo que obtuvieron o lo que no pudieron conseguir y que se asfixian sin que nadie alre-

dedor se percate del serio pero muy común y cotidiano asunto: esa gente yace ahí abajo, todavía con vida, con los huesos quebrados por lo poco o mucho a lo que aspiró, aplastada por sus ambiciones y todo aquello por lo que apostó, sin importar que, parafraseando la conocida sexta proposición del genio de Königsberg, de una madera torcida, aunque de gran belleza —lo sabré yo—, resulta más que complicado tallar nada que no sea curvo o sinuoso.

En esos bosques urbanos, mucho de cuanto se presenta como recto, incuestionable y respetable, no es más que servicia, falsa modestia, soberbia, deshonestidad y ruindad camufladas de pureza moral y una decencia tan impostada que es incapaz de ocultar la fetidez proveniente del fondo de esas letrinas andantes.

Eso es lo bueno —sobra decir, *noble*— de los árboles de especies como el arce (o maple), el cedro, el álamo, el castaño...

Puedes estar seguro de que, a diferencia de otros asuntos en los que también nos desvivimos por cultivar, a saber: la amistad; desde luego, el amor; los *apegos* que no resultan en absoluto *feroces*; la extraña e inexplicable cercanía sensitiva cuando lo que prima es la lejanía geográfica (una condición que cada día más personas hemos experimentado en la salvaje aldea global); las afinidades electivas, que surgen espontáneamente y no por impostura de las partes; la confianza que se entrega de manera incondicional, sin ocultar temores ni viejos rencores y resentimientos; la misma auténtica confianza, ofrecida sin estar enraizada en el cálculo oportunista, en el rarísimo caso de que se te viniera encima la alta humanidad de un árbol, ésa sería la señal incuestionable de haber llevado tu vida tal como querías. *AM*

ALIFIE ROJAS

Morfología de las hojas



Gracias a esta infografía de morfología foliar podemos reconocer que las hojas del *Liquidambar styraciflua* son de forma y venación palmeadas y presentan entre tres y cinco lóbulos.

Venación



Abierta



Pinnada



Paralela



Longitudinal estriada



Dicótoma



Cerrada



Palmeada

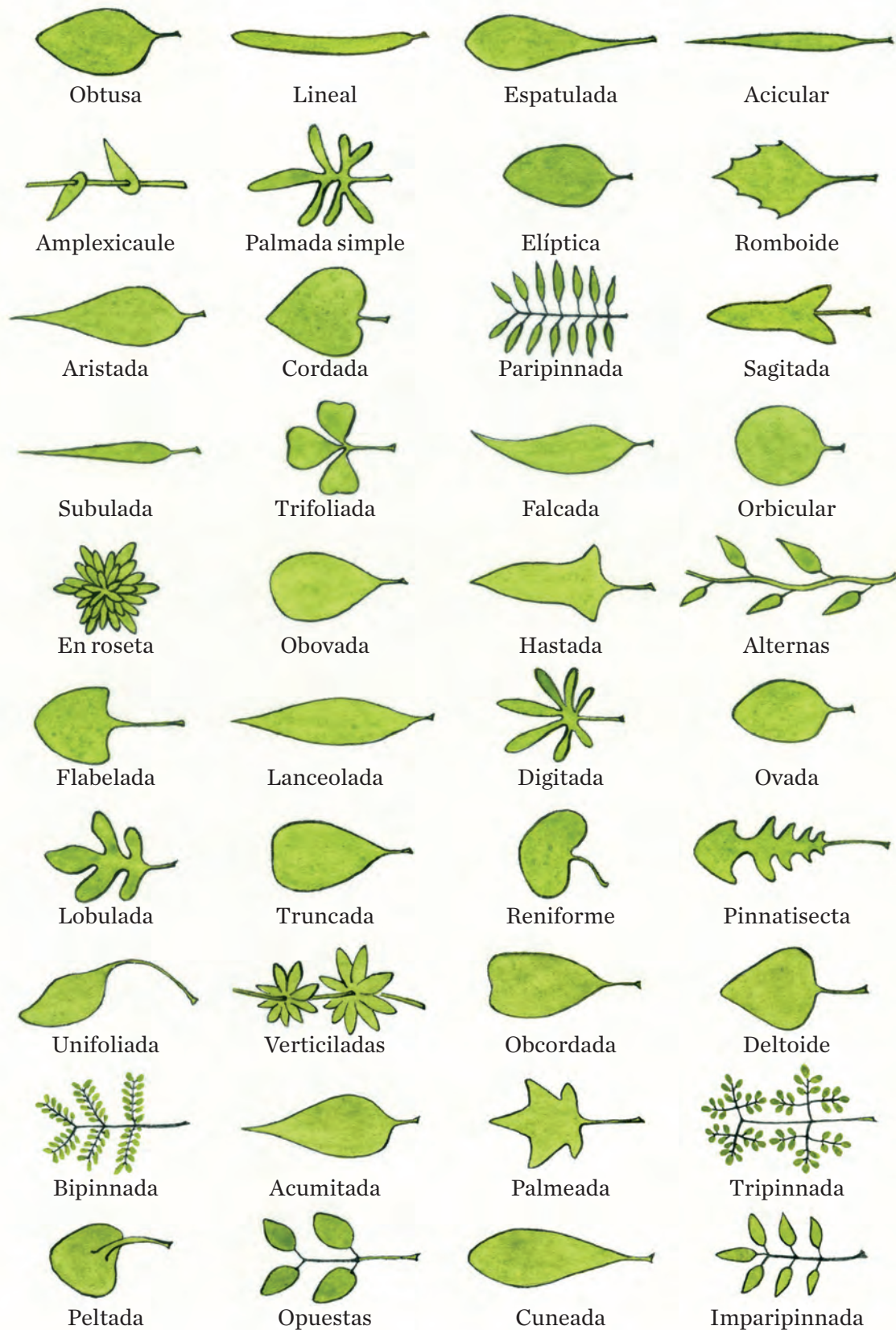


Reticulada



Radiada

Forma



Estas ilustraciones tomaron como modelo la infografía "Chart of leaf morphology" de Benjamin de Bivort, 2006 y la de su traducción al español de Mushii, 2008.

ALEJANDRO ESPINOSA FUENTES

Botánica de Freud

Si lo supe un martes o un viernes, eso no tiene importancia, he llevado una vida lo suficientemente cómoda como para que ningún día me deprima en especial y he sepultado mi juventud en demasiados días vacíos como para que me sorprenda enterarme de que un miércoles habrá un partido de fútbol o que un sábado se celebrará otro cumpleaños insufrible. Hace apenas unas horas, la jaca-randa de Concepción Béistegui y Anaxágoras —ellos no creen en los nombres, sólo en su ubicación— me comentó que para ser bueno en la escritura, es imprescindible tener la habilidad de “caerle bien a la gente en papel”. Vaya paradoja, un árbol me hablaba de



Miler Lagos, *Del árbol del arte* y *Del árbol de la religión*, de la serie *El papel aguanta todo*, 2008. Todas las imágenes son cortesía del artista.

cómo seducir con la palabra escrita, palabra trazada en pliegos que son su propio cuerpo machacado, por eso los árboles jamás admitieron la idea de rebanar sus cortezas para comunicar mensajes alfabéticos, se limitaron a repetir los mismos patrones en el reverdecimiento estacional de sus hojas, y durante siglos nos bastó el rumor de la primavera para sostener con ellos una conversación afable.

Yo no le caigo bien a la gente en papel, soy verbalmente antipático quizá a causa de mi gramática anticuada, pero aun así jamás estaré de acuerdo con la jacaranda. Hay numerosos escritores respetados que no le caen bien a nadie, pues son incómodos, intencionalmente controversiales o demasiado extraños.

—El mensaje no es lo que importa, sino el tono y el tino y quizás el *Tánatos* —dijo y se rio la jacaranda agitando sus florecillas de pálidos tonos púrpura. Era evidente que confiaba en su sentido del humor pese a que nunca lo hubiera puesto en práctica.

A diferencia de los árboles de fantasía, estos con los que hablo no se mueven de lugar ni charlan entre sí. Sólo yo, un martes o un viernes, descubrí que algo me querían comunicar, pero no con el propósito de aleccionarme, o al menos no directamente, sino con el puro afán de convertirme en su almacén de quejas.

—¡Desierto! Escucha mi penuria, ráscame las ardillas que me bajan por los sobacos inferiores.

Desde las primeras charlas, me acostumbé a que me llamaran así, Desierto, ignoro el motivo, como probablemente ellos ignoran por qué nosotros les decimos árboles. En las diferentes familias idiomáticas, no se parecen en nada los sonidos que los denominan, del *arbor* latín al *tree* inglés, del *kuauitli* náhuatl al 木 *ki* oriental, o del *дерево* (*derevo*) ruso, que se asemeja más al *δέντρο* (*dentro*) griego, pero nada tiene que ver con el वृक्ष (*vrushah*) en sánscrito ni con el *puu* finés ni con el explosivo *boom* que designa a un árbol en lengua neerlandesa. Árbol

Yo no le caigo bien a la gente en papel,
soy verbalmente antipático quizá
a causa de mi gramática anticuada,
pero aun así jamás estaré de acuerdo
con la jacaranda.

es una palabra caprichosa, como Desierto para designarme, aunque quizá me llamaban así porque me entendían como su contrario, algo muerto, lo opuesto a la floración.

—Desierto —arremetió el primero que me habló, un ahuehuate requemado por el sol de mayo—, las palabras son estúpidas porque los humanos son estúpidos y ustedes las inventaron, pero es con palabras, Desierto, como has de escuchar mis cuitas.

—¿Quién dijo eso? —pregunté con la vista al cielo, sospechando que alguien había colocado una bocina que reproducía una voz grave y hueca, con ecos infinitos, entre las ramas de ese viejo ahuehuate torcido.

—El quién no importa, nunca importa, abócate al cómo, Desierto, cómo me duelen hoy mis lágrimas es un misterio que dudo que logres entender.

Asumí que era una voz bromista al interior del tronco, le di la vuelta recordando ese hermoso encino hueco en la Plaza de la Conchita, donde nos metíamos a mear parapetados en su corteza. Debía ser un castigo por haberme dejado vencer por la urgencia con ese acto deshonroso; la voz sólo a mí me mortificaba porque, comprendí a continuación, sólo yo podía escucharla; la gente iba y venía sin dejarse martirizar por ese tono grave que parecía brotar de las raíces mismas del universo.

—Desierto, hoy quiero platicarte que una paloma bizca me cagó todos los brazos. ¿Por qué a mí, Desierto? ¿Qué hice yo para merecer esto?

Aunque terminé la carrera de psicología en la universidad (nunca me titulé), jamás había ejercido de psicólogo, pues muy pronto encontré trabajo en una

empresa cruel y desalmada, que no tenía nada que ver con la fragilidad de la mente. ¿Podía considerarme apto para tratar los tormentos de las mentes arbóreas?

—No sé —le respondí al ahuehuate—, no sé qué hiciste tú para merecer eso, pero, cuéntame, ¿cómo te sientes al respecto?

Pese a que los árboles no hablan entre ellos, siempre están al pendiente de lo que ocurre en su cuadra y no tardó en propagarse el rumor de que en la colonia había un psicólogo de árboles profesional, que al parecer no cobraba por sus servicios y tenía la paciencia y la holgura para detenerse un rato a escuchar las quejas de cada uno y ayudarles a entender la lógica de su fracaso.

No soy una persona muy ocupada. Hace tres años terminé una relación amorosa pensando que en un par de meses tendría otra, pero curiosamente nunca sucedió y yo no hice ningún esfuerzo para enredarme en un nuevo amor. Mis amigos ya tenían vidas estructuradas y no los veía más que en cumpleaños y, de vez en cuando, en alguna posada navideña. Mi familia se extinguió con la muerte de mi padre, un hombre depresivo y solitario que jamás superó el accidente que mató a mi madre cuando era niño. Y como soy hijo único y nunca fuimos cercanos a la familia agregada, después de que él expiró el último aliento me quedé solo también en ese aspecto. Por otro lado, la herencia bendita de las aseguradoras me permitió renunciar a mi maldito trabajo, invertir mi dinero y vivir tranquilamente con dividendos mensuales, los cuales, como no pago renta, me alcanzaban perfectamente para comer, pagar mis servicios y darme algún gustito los fines de semana.

Mi padre decía que yo no tenía ambiciones y estaba en lo correcto, pero ¿qué más necesito?, me pregunto. Tengo agua caliente, internet, libros, comida y nunca quise tener coche ni ir a fiestas ni vacacionar en destinos paradisiacos; si

quiero tomar aire fresco me basta con viajar en dos peseros hasta los Dinamos o al Xitle, y ahí acampo arrullado por el rumor del río y los silbidos de los pájaros, si bien es cierto que en esos bosques jamás escuché los tormentos de los árboles menesterosos. Eso ocurrió hace poco en mi colonia, mientras caminaba sin ningún objetivo en particular sólo para estirar las piernas.

Debe ser que los árboles citadinos ya se neurotizaron con las prisas pragmáticas y han desarrollado trastornos propios de cualquier habitante de la capital. Estos árboles, me digo a veces, ya no son parte de la naturaleza, han perdido el orden cíclico de la botánica planetaria, por lo que están, como todos los ciudadanos, en una constante lucha contra el sistema asfixiante.

A diferencia de lo que se cree, la mayoría de los árboles no odia la contaminación ni el ruido ni los ocasionales orines de perro; lo que verdaderamente hastía a estos bonachones troncos de cabellera enramada son los mensajes intrascendentes y vulgares de los especta-

culares publicitarios. Hay una inquina añeja, como un Edipo no resuelto, que resienten en contra de la palabra escrita. La mercadotecnia y, en particular, las palabras engañosas, las letras que mienten no sólo en su trasfondo, sino desde la tipografía, irritan sobremanera a quienes están condenados a la inmovilidad. Aquello los descorazona más que las camionetas chatarreras retacadas de muebles viejos.

—Lo que más odio —me dice el trueno parlanchín de la calle Cerezas— son los malditos libreros. No se conforman con descarapelarnos para convertirnos, con colorantes blancos, en la piel de sus escalofríos; además nos almacenan destripados entre los trozos de nuestra propia madera y hasta tienen el mal gusto de atesorar en las páginas el recuerdo de una hojita seca.

Consolé al trueno contándole que mi abuela, cuando me llevaba a pasear de niño, siempre se detenía en una esquina y arrancaba una hojita de trueno para apachurrarla y revelarme el por qué de su nombre.

—¡Eso es terrible! ¡Miserable!

—Pero mi abuela no lo hacía en mala onda —dije y consideré que en los tiempos actuales ese curioso gesto didáctico podría catalogarse como una crueldad herbolaria.

—No entiendo por qué necesitan ponerle palabras a todo, tú eres tú ahora que hablo contigo, y como jamás hablaré de ti si no es contigo, no necesito, ¿cómo les dicen?, ¿nombres?

Tuve que estar de acuerdo. ¿Y yo para qué me llamo de una u otra forma si nadie me llama nunca?, me pregunté. Yo soy alguien que paga la luz, el agua y sus impuestos, yo soy un billete que compra comida, internet y no tengo ninguna necesidad de que se me identifique más que por la ubicación donde duermo, donde me baño y veo la tele.

Hablar con árboles es desgastante, es por eso que procuro tener máximo dos pacientes al día, siempre a tres cuerdas de distancia, pues es verdad que, por ser



Del árbol de las leyes, de la serie El papel aguanta todo, 2008.



La Trinidad (El trono de gracia), de la serie Cimiento, 2009.

seres enraizados, sus problemáticas ubicuamente se asemejan, el mismo ruido los lastima, los asquea la misma alcantarilla hedionda, el mismo bache que provoca un ligero sismo cuando pasa un camión los hace sacudirse. O los dos en un mismo día me cuentan del mismo borrachito que los orinó, o quizá sólo se recargó en sus susceptibles cortezas haciéndoles promesas de amor que no cumpliría al día siguiente.

Ser psicólogo de árboles es un oficio noble, pero angustiante. Llevo un diario donde tomo registro de nuestras charlas, aunque jamás lo puedo cargar conmigo cuando hablo con ellos pues, a todos por igual, los escandaliza ver un libro o libreta, dicen que huele a cadáver, a cuerpos insepultos profanados por tatuajes de tinta esclavizante, tinta muerta que los hace decir barbaridades al interior de esos ataúdes de páginas que nosotros llamamos libros. Para colmo, les ponemos nombres que engañan al mundo reproduciendo una historia que nada tiene que ver con su follaje.

El pirul de la calle Philadelphia, muy cerca del Polyforum, es por mucho mi

paciente más distinguido y el de mayor altura. Sus casi veinte metros de alto y su diámetro de tres metros propician que sus problemáticas, perdonen la ironía, pierdan suelo y que su desgracia se enmarañe en horrores elevados: la traumática apatía de los oficinistas en el WTC, el pavor a su propio reflejo en los interminables ventanales azulinos o el día que escuchó por primera vez la voz de Dylan en un concierto en el Pepsi Center. Él no me dijo que era Dylan, me tarareó con su voz de hoja machacada el estribillo de "Don't Think Twice" y me dijo que esa melodía le despertó preciosos pensamientos suicidas.

Traté de calmarlo, pero me pareció ligeramente ridículo que un árbol histórico considerara, después de tantos años, la idea del suicidio. Le dije que la soledad no era motivo suficiente, le dije que la vida no debía limitarse a procurarnos la paz propia, sino que debíamos ser compasivos con el rumor del mundo y ver cómo podíamos ayudar al prójimo, como estaba haciendo yo en ese momento.

Me contestó con un suspiro burlón.

Hay árboles que hablan con verdades elusivas aunque, en general, o al menos los que habitan mi barrio, son muy francos, en especial a la hora de quejarse. Un oído menos ecuaníme que el mío podría tacharlos de egotistas o, de plano, de cretinos. Su soberbia es propia de las grandes cosas de este mundo que han sobrevivido a la insignificancia; la soberbia de las ballenas, supongo, la de los grandes monumentos, la de las piedras milenarias.

Pese a la opinión general, no son compasivos ni sensibles a la destrucción propia y ajena. Cuando todas las palmeras de la ciudad se infectaron con una plaga que las convirtió en calvas escobillas de hojarasca, ningún sobreviviente se dignó a compadecer su extinción. Como si aquella desgracia nada tuviera que ver con su esplendoroso verdor vertical. Los árboles hablan la lengua de los inmortales, pero su gramática encubre, lo he notado, la sintaxis del grito; zurcen cinco o

seis palabras tejidas por gruesos hilos de silencios culposos y luego callan, como niños malcriados, reprimiendo lamentos innombrables.

Pese a que odian los nombres, me ha dado por llamar Dafne al enorme pirul de la calle Philadelphia. Es también el nombre de mi primer y único amor, pero no es por ella que relaciono sus nombres, sino por la ninfa cuya tragedia cantó Ovidio en *Las metamorfosis*. Su padre la convirtió en un bello laurel para que Apolo no pudiera violarla, su piel se convirtió en corteza, su cabello en hojas, sus brazos en ramas. Dafne lloraba dentro de la prisión inmóvil de su gigantesco cuerpo y sus lágrimas regaban sus raíces provocando que creciera más y más, lejos de la realidad que le fue arrebatada: “Oh miserable estado, oh mal tamaño”, le cantó Garcilaso, “que con llorarla crezca cada día/ la causa y la razón por que lloraba”. Y Dafne, mi Dafne, se queja monstruosamente como una criatura incomprendida.

¿Qué saben los árboles de amor? No he tenido la suerte de que dos troncos

trenzados me comuniquen sus impresiones del mundo, pero tener amor nunca es lo mismo que sentir amor. El amor habla en caminos de olvido; vestido de caricias, intercambio de esencias, siempre vuelve a buscar el refugio en el que se originó. Por olvido buscamos otra vez la sonrisa que nos convirtió en insulto, los ojos impiadosos que un día quisieron destruirnos, esos mismos ojos que ahora vemos en soledad y añoramos, los años se acumularon sin que nunca fuéramos verdaderamente alegres, acaso tranquilos, acaso satisfechos, con una nueva forma de cariño que ni en su plenitud podría imitar la emoción, la fragilidad, el deseo ansioso, la hipnosis de nuestro primer amor perdido.

Fingimos, por mera supervivencia, nuevas felicidades, es por eso que en los cumpleaños nos prometen felicidades y no felicidad, porque creen que el paso del tiempo nos concederá alegrías plurales y no la única, la única felicidad posible que era ella, Dafne. Llegué tarde y el pirul no se lo pensó dos veces. Hubo quien se enteró del hecho en las noticias, aún hoy, pese a tantos que caen cada día, es posible encontrarlo en la red con una simple búsqueda. Dicen que fue el viento o el año niño: Colonia Nápoles. Árbol. Veinte metros. ¡Hay casi cien mil especies en el mundo y, cuando un árbol cae, ningún periodista se da el tiempo de investigar qué tipo de árbol era!

Cuando abrí los ojos, Dafne estaba hecho añicos sobre el coche de la mujer, que tenía el cráneo partido y el cuerpo desbaratado. No me pidió perdón, pero tampoco encontré satisfacción en su rostro. El bebé de la mujer estaba en el asiento de atrás. Los bomberos lo sacaron intacto, incluso sonriente. Algunos lo creyeron un milagro, hubo quienes, pese al titánico esfuerzo que les costó despegar con una grúa el tronco del cadáver de la madre, se atrevieron a aplaudir; aplaudían, lloraban, se santiguaban, miraban al cielo, renegaban, y yo los miraba a todos, en brazos de un bombero, genuinamente consternado. 



El hemisferio del norte del globo celeste, de la serie Cimiento, 2009.

LOLA HORNER

El árbol como umbral en la literatura fantástica

Cada parte, cada criatura, pertenecen al mundo de los sueños y esperanzas de la humanidad. Por consiguiente, no existen límites para Fantasía...

MICHAEL ENDE

En su *Diccionario de símbolos* (1958), Juan Eduardo Cirlot incluye al árbol como uno de los elementos esenciales en la tradición universal: “El árbol representa, en el sentido más amplio, la vida del cosmos, su densidad, crecimiento, proliferación, generación y regeneración”.¹ El autor lo equipara a la escalera y la montaña en tanto imagen de la relación entre los tres mundos: el inframundo o mundo inferior; el terrestre, que también podríamos considerar el tiempo presente o el mundo de los humanos, y el celestial o

1 Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de Símbolos*, Siruela, Barcelona, 2004, p. 89.



Antti Laitinen, *Broken Landscape III*, 2017. Todas las imágenes son cortesía del artista.

paraíso, lo que suele nombrarse como “mundo superior”. El árbol se convierte así en un eje entre distintas realidades.

A partir de su presencia en diversas corrientes mitológicas, podemos rastrear su figura a lo largo y ancho de las leyendas, los cuentos maravillosos y la tradición literaria. Es en la literatura fantástica donde han rendido frutos muchos de los árboles sembrados desde hace siglos por las mitologías; los esquejes que plantaron los escritores crecen saludables y generosos. Pese a que los textos no niegan su parecido con los ancestros de tradiciones disímiles, funcionan como individuos distintos que forman parte de una estirpe particular.

Cuando los escritores retoman la figura del árbol están jugando con una polisemia tan densa que se antojaría imposible intentar nombrar con el vocablo una sola cosa; pareciera más bien que apelan a la sensibilidad del lector en aras de que, tras su asombro, puedan descubrir y desdoblar el símbolo.

Podríamos realizar un paseo que nos permitiera observar los árboles y las relaciones que establecen entre diferentes

relatos, podríamos incluso rastrear cómo un árbol reaparece en otra tradición aparentemente ajena y cómo dicho espécimen, a su vez, genera semillas que se desarrollan en suelos impensados. A modo de ejemplos, visitaré cuatro casos de autores de literaturas no miméticas (aquellas que no imitan la realidad) que se han dedicado a poblar las tierras de Fantasía, ateniéndonos a Ende, con árboles que a su vez constituyen una puerta para que los lectores se adentren en el pacto ficcional del universo creado. Cada uno de estos ejes entre mundos funciona como un umbral que conecta realidades ignotas con el deseo de los personajes o los hilos de la trama.

J. M. BARRIE Y LOS ÁRBOLES GUARIDA

En la novela *Peter Pan* y *Wendy*, que J. M. Barrie escribió en 1911 a partir del éxito de su obra de teatro, los niños perdidos acceden a su escondrijo bajo tierra por medio de los árboles. Cada niño debe adquirir la medida justa para poder pasar a través del tronco hueco y llegar al hogar subterráneo; de otro modo, “Peter le

hace a uno una serie de cosas” y al final el niño cabe. A diferencia de la casita que los niños perdidos construyen para Wendy a modo de juego en la superficie, la morada subterránea bajo los árboles es la verdadera madriguera de Peter Pan y los chiquillos que lo acompañan. El mobiliario surrealista incluye unas sillas que se usan como taburetes, un departamento equipado para Campanilla (que exige su privacidad por medio de una cortina) y hasta una cuna colgante para Michael, porque Wendy se encapricha con “tener” un bebé.

Esta combinación de caverna y madriguera sirve como escenario para las travesuras de los niños perdidos y se convierte en el dominio exclusivo de Wendy. La oscuridad de la cueva (y el hecho de que su entrada sea subterránea) remite al mundo inconsciente de los sueños y las fantasías. Como todo en *Peter Pan*, el

absurdo y la parodia permean la construcción del espacio, con un tronco necio en medio de la sala que hay que asestrar diariamente y un lecho gigantesco en el que los niños se acuestan como si fueran sardinas.

Para Barrie la infancia es territorio, como queda demostrado con la existencia misma del país de Nunca Jamás, y no está exenta de peligros. El juego se convierte en un pretexto para evidenciar los roles que pretendemos jugar y aquellos que nos sentimos obligados a rechazar. Durante la época victoriana, en la cual se publicó la novela, las obligaciones sociales y la moral que las acompañaba no eran en absoluto motivo de broma y, sin embargo, se revelaban tan complejas, tan absurdas e inútiles en ocasiones que una no puede menos que maravillarse cuando el autor pone el dedo en la llaga y denuncia la oscuridad y el peso de la



Broken Landscape VII, 2019.

figura materna que Wendy debe encarnar incluso a pesar de sí misma. La niña, quien al inicio de la novela se muestra entusiasmada por fungir como mamá de los niños perdidos, hacia el final exige volver con ellos y sus hermanos al mundo real y nunca, ni siquiera como adulta, pierde las ganas de vivir sus propias aventuras.

Sin que sepamos bien a bien qué es lo que hace Peter Pan a los niños para que puedan atravesar el tronco del árbol, está claro que su periplo no es tan sencillo como pudiera suponerse. La ambivalencia frente a la posibilidad de crecer y el fin de la infancia recorren toda la trama y encuentran su callejón sin salida en las fauces de la cueva. Lo que envuelven las sombras de la guarida es la formidable figura de Wendy, madre sustituta de los niños perdidos y quien sugerirá regresar a la realidad hacia el final de la novela. La semilla de crecimiento ya existe en el fondo de la gruta, oculta entre las raíces. Y es ahí donde se origina también la historia. Para Peter Pan el regreso al mundo de los adultos es impensable, pero no así para los demás. El destino posterior de los niños perdidos no es del todo feliz ni satisfactorio y varios de ellos viven existencias grises y anodinas luego de regresar de Nunca Jamás. Sin embargo, su historia continúa; no se quedaron detenidos en el barco de los piratas ni repitiendo escaramuzas con los indios. Pareciera que el precio a pagar por el crecimiento es perder gran parte de la imaginación y el brío de la infancia. A cambio de eso, se obtiene un presente enriquecido por un pasado y encauzado hacia un futuro que será propio.

J.R.R. TOLKIEN Y LOS ÁRBOLES COMO ALIANZA

El árbol blanco de Minas Tirith aparece de forma reiterada en el universo que el escritor J.R.R. Tolkien desarrolló a lo largo de toda su vida pero, muy en especial, en la saga de novelas *El Señor de los Anillos* (1954). El espécimen es descendiente del reino de Númenor, donde Nimloth

el Hermoso fue el primer árbol blanco; cada nuevo vástago surge de las semillas del último fruto del ejemplar anterior, lo que enfatiza su relación con el linaje de Elendil y los reyes de Gondor, quienes gobiernan parte de la Tierra Media una vez que los elfos zarpan de los Puertos Grises. Como representante del linaje de los hombres, el árbol denota a la vez la nobleza y la legitimidad de los reyes “verdaderos”. Cuando Aragorn retorna para asumir su papel como rey de los hombres, lleva consigo un retoño del árbol que recupera, junto al mago Gandalf, en las montañas en cuya base se encuentra Minas Tirith. Ese árbol sirve como umbral simbólico —literalmente Aragorn lo planta en la Plaza del Manantial, a las puertas del palacio— para darle la bienvenida al auténtico rey. En aras de validar el derecho al trono del monarca, un ancestro del mismo árbol blanco es el que preside la bandera de Gondor, en tanto representante del poderío y el linaje de los humanos.

En la adaptación cinematográfica de 2003 de Peter Jackson, en lugar de que Aragorn encuentre un segundo árbol en las montañas, aquel que estaba en la plaza se llena de flores y “revive”. Dicho florecimiento sirve también como símbolo del inicio del dominio del rey legítimo, quien aspira a gobernar con honor y justicia.

Las puertas pétreas de Durin, en las minas de Moria —estas últimas, un emblema de cooperación entre elfos y enanos—, también tienen tallado un árbol que, aunque es uno solo (en la base del umbral se puede ver la continuidad de sus raíces) parece dos: uno a la derecha y el otro a la izquierda. Dicho símbolo se completa con las estrellas de plata y una corona y encierra un acertijo que el mago Gandalf debe resolver para que la Comunidad del Anillo pueda traspasar la entrada antes de que los devore el monstruo marino que funge como guardián del lago adyacente. La contraseña para abrir las puertas (la palabra “amigo” en élfico) remite a la difícil relación

entre los elfos y los enanos en la Tierra Media y a las posibilidades de alianza y simpatía que siempre existen entre seres que podrían considerarse opuestos.

Mención aparte merecen los *ents*, individuos gigantescos que parecen árboles (aunque no lo sean en realidad) y que se encargan de salvaguardar los bosques; vigilan sus entradas y los protegen de todo tipo de invasores. Aunque se trata de criaturas casi siempre pacíficas, ante el sufrimiento de sus semejantes son capaces de tomar las armas y participar en batalla, como ocurre en la novela *Las dos torres*, cuando derrotan a los orcos de Saruman.

URSULA K. LE GUIN Y LAS PUERTAS DE LA MAGIA

Dentro del universo de Terramar, descrito por la autora Ursula K. Le Guin en diversas novelas y colecciones de cuentos, llama la atención el árbol de las mil hojas que custodia la entrada de la escuela de magia de la ciudad de Roke. En la novela *Un mago de Terramar*, Ged/Gavilán, el protagonista, es un hechicero dotado y muy orgulloso que aspira a dominar las artes ocultas y exige, para ello, tomar clases. Insiste una y otra vez a su maestro hasta que lo envían a la isla de Roke, donde se encuentra una afamada escuela de magia. Después de recorrer las calles sin descanso, el joven mago por fin encuentra el umbral que debe atravesar. Para traspasar la puerta tiene que decir su verdadero nombre. En el mundo de Terramar, el nombre es una de las magias más poderosas y su sola mención coloca en una posición de vulnerabilidad extrema a quien lo revela. Lo que se le pide al aprendiz, entonces, es una especie de desnudamiento para poder acceder al misterio mágico.

La puerta está tallada en un solo colmillo de dragón, esos monstruos temibles y casi extintos que para Le Guin implican nobleza y peligro al mismo tiempo. Al reverso se halla representado el árbol de las mil hojas, que se menciona como un símbolo de cambio irreversible

y, por tanto, engloba un antes y un después entre la realidad externa y el mundo mágico.

ANGÉLICA GORODISCHER Y LOS ÁRBOLES QUE CURAN

En el segundo tomo de su desmesurado *Kalpa Imperial*, en el que la autora argentina Angélica Gorodischer reconoce, en las páginas preliminares, a Tolkien, Hans Christian Andersen e Italo Calvino como fuentes de inspiración, existe un pasaje titulado “El estanque” que habla de un médico que se niega a participar en la conspiración para asesinar al capitán de la guardia imperial, a pesar de que dicha negativa le cueste la posibilidad del amor.

Cuando el militar llega con el médico, este último lo invita a dibujar árboles para curarse de su enfermedad. El paciente dibuja tres y a partir de ese momento deja de estar enfermo. La autora no explica la estrategia del galeno, pero esas ilustraciones (la representación misma del símbolo) funcionan como las señales del tránsito hacia la salud. Otra vez, el árbol es una puerta, en este caso hacia el bienestar del capitán de la guardia y el dilema del médico, pues una hermosa muchacha le ofrece su mano en matrimonio si acepta envenenar a su paciente, a lo cual el médico se niega. Como en la tradición de los cuentos *zen*, la decisión del médico conducirá, pasadas las generaciones, a que llegue un emperador verdaderamente justo y generoso al trono.

TRADICIONES EN DIÁLOGO

En todos estos casos y en muchos otros, el árbol enmarca una serie de condiciones, ya sean las de la vigilia, la infancia, el poder o la magia, que se transforman en otras en cuanto se traspasan sus límites. Los escritores enfatizan la transformación de los personajes una vez que se han traspuesto estos umbrales simbólicos.

Lo que en el caso de *Peter Pan* puede constituir una metamorfosis gozosa, cuando los niños se adaptan a los deseos del protagonista para conservar la anarquía y el absurdo de la infancia el



Marionette [fotograma], 2017.

mayor tiempo posible, en la obra de Tolkien se convierte en una demostración de poder. El poder también está presente en la saga de Le Guin, pero de una manera del todo distinta. Atravesar el árbol demuestra la legitimidad del aprendiz en tanto mago, aunque se exige que deje algo a cambio en la entrada, algo tan valioso como su nombre. Gorodischer se cuestiona (y por tanto a nosotros, sus lectores) si vale la pena aspirar a dicho poder, si el costo no resultará demasiado alto.

La pérdida de aquello que se ofrece al umbral para conseguir la transformación es el precio que se tiene que pagar en aras de la evolución de la historia. Ello parece emparentado a la referencia narrativa de la pérdida de la inocencia de los primeros hombres, quienes descubren la vergüenza a partir de que muerden el fruto del árbol del conocimiento. Todos los árboles mencionados otorgan algún tipo de sabiduría a quien se atreve a traspasarlos y todos exigen algo valioso a cambio de la osadía.

Me pregunto si parte de la inocencia del lector o la lectora no se pierde tam-

bién cuando elige continuar leyendo la historia. Es posible que todas las narraciones que valgan la pena nos suman en un estado de ambivalencia y nos confronten con nuestras propias paradojas. Lo pienso en especial al reflexionar sobre los aspectos más problemáticos de una postura como la de Tolkien, en la que la división entre razas es inherente al universo que plantea, o la de Barrie, que ha llevado a Disney a añadir una advertencia como prefacio a su película de 1953. Sin embargo, si decidimos seguir recorriendo esos senderos empolvados al lado de Legolas y Gimli o si elegimos entrar a la casa de la puerta siempre entreabierta de Gorodischer, si aspiramos a seguir volando a Nunca Jamás y compartimos las peripecias del nada sencillo aprendizaje de Gavilán es porque lo que ganamos es mucho más significativo que aquello que se queda al pie del árbol: ni más ni menos que la experiencia del descubrimiento. *JM*

INGRID SOLANA

Apuntes sobre el Tule y sus fantasmas

TRONCO

Disertación sobre la parte evidente

El tronco es andrógino: tiene reminiscencias del falo y de la vulva. Aberturas de madera que abren mundos: huecos semejantes a vaginas, profundidades desconocidas y dimensiones hacia interiores abisales: madera y agua entremezcladas en la vida del árbol hacia las raíces de su propia historia. También hay bultos, protuberancias, falos, mundos de extensiones y hundimientos; madera surcada por el tiempo; historia y fantasma. La sexualidad es el principio de la vida y por eso está íntimamente vinculada con el agua: los cuerpos están formados por agua; el cuerpo humano y los cuerpos



Raúl Herrera, *Sabino Sagrado*, 2022. Todas las imágenes son cortesía de la Galería NN.

arbóreos; somos mundos líquidos complejos, vástagos del movimiento y de la luz. Los cuerpos en su danza vital son una cascada; y lo que no es agua, es fantasma.

El tronco del árbol es un asombroso cuerpo de complejas características mezcladas y polimorfas. La rareza de su gigantismo esconde pequeños micro sistemas vegetales, una vida que crece en todos los niveles: los humanos acostumbra a no escuchar y, por eso, no ven. En cuanto al problema de las superficies, hay un tratado fundamental: existen huellas invisibles en el Árbol del Tule: la conjetura de que Humboldt hubiera visitado Oaxaca se debe a ello; el hecho de haber grabado su nombre en el tronco, dejado su mirada viajera por ahí es asombroso, es una especulación fantasmagórica de la historia. No fue cierto, pero la sola suposición es fantasmática. En cierta forma, lo que se escribe sobre la historia es su fantasma, dado que no se trata de los

hechos en sí, sino de la palabra sobre ellos. Toda escritura, cabría decir, es también el fantasma de nuestras ideas.

La persona que estuvo allí, fidedignamente, fue mi abuela. Hay una fotografía: en ella estaba lúcida, sin silla de ruedas, de pie. Fue la última vez que convivimos con salud. Mi abuela no escribió su nombre en el tronco del árbol, pero su fantasma lo habita: es su palabra silenciosa. El Tule está vinculado con el agua y con la vejez debido a su nombre náhuatl, *ahuehuate*, que es una forma musical preciosa y concisa como el agua que canta al correr.

Las raíces del tronco son fundamento. La gente quiere abrazarlo, sentir el poder de la proporción, percibir la tierra viva porque el árbol conecta raíces; la maravilla de la nutrición al centro de la tierra: la conexión del mundo de arriba con el de abajo. Las raíces lo vuelven infierno, cielo y tierra: fantasma, historia

y mundo. La parte evidente, paradójicamente, se encuentra escondida, son raíces. Es un universo tentacular, femenino, nutricio, diabólico y celeste. Es mi abuela, cuyo fantasma me vuelve a importar.

CORTEZA

Piel de elefante

Sé que mi abuela puede regresar, la he encontrado entre otros árboles además del Tule; entonces sopla el viento soleado en un bello día y se impacta en la piel de elefante de los árboles, que suelen ser criaturas viejas y sabias que sienten, pues se duelen, como describe Wohleben en *La vida secreta de los árboles*.

La comunidad de los árboles es hermosa y curiosa como aquella idea de la guerra entre ellos advertida por Robert Graves en antiguos textos celtas. En *La diosa blanca*, Graves recoge el más anti-

guo poema galés recitado por el bardo Taliesin en el que los árboles tienen batallas y luchas. Como si se tratara de entidades mágicas, llenas de vida y fuerza que se oponen unas a otras en el afán de existir, los árboles viven su propia historia en su mundo fascinante. Los árboles, así, son asombrosos seres de cualidades inesperadas que experimentan su propio transcurrir con sus luchas, batallas y mundos especiales. Los árboles se pueden abrazar para dejar tus penas a través de su escucha: su piel nos sana, su piel guerrera nos cura; así lo describió Elena Garro en el relato "El árbol"; el árbol es olvido y memoria, puente, mundo y sacralidad. ¿Y la guerra?

Sé que el Tule es el lugar al que puedo ir para encontrar a mi abuela pues, como dice Joan Didion, hay que resguardar un lugar para visitar a nuestros muer-



Estudio del Árbol del tule I, 2005.

tos: no tiene que ser el cementerio, ese solemne lugar de cenizas y tristezas. Los muertos se aparecen en forma de animales o como objetos reencontrados o como piezas viejas del rompecabezas de una vida. “Gruesa, rugosa, de color grisáceo”, así es la corteza del Tule: es la piel de mi abuela; la piel de elefante; la piel gruesa de la ancianidad. Dice Joan Didion en *El año del pensamiento mágico*:

Sé por qué intentamos
mantener con vida a los muertos:
intentamos mantenerlos con vida
para tenerlos con nosotros.

También sé que si queremos
seguir vivos llega un momento
en que tenemos que dejar ir a
los muertos, dejarlos ir, dejarlos
muertos.

Dejar que se conviertan en la
fotografía de la mesa.

Dejar que se conviertan en el
nombre de las cuentas fiduciarias.

Dejar que se los lleve el agua.

Saber esto no hace que me
resulte más fácil dejar que se lo
lleve el agua.¹

HOJAS

La música de las espirales

El concepto de “arte ingenuo” suele definir la pintura de Henri Rousseau. Cabría preguntar si éste es un arte que, más bien, respira a su ritmo, que no desea complacer sino *ser*, expresarse. La ingenuidad es la condición de la naturaleza en el sentido de que ésta no es espacio para sustos ni para la domesticación; es el ámbito de lo que *es* sin reservas. La imagen del tigre en el cuadro *Sorpresa*, (a)saltando el espacio, es la representación de la *vida*. El sonido del tigre es sutil y preciso; una pincelada consciente, tal vez, precisamente, nada ingenua. El sigilo no es inocente; el tigre calcula, se estira, enseña los colmillos, se desliza

cual viento como las ingenuas hojas de los árboles.

En el año 2025, el Tule reposa en su circunferencia domesticado por el turismo; las personas lo contemplan como a un ser enjaulado, colosal, brutal, sumergido en su mutismo y aparente inmovilidad de siglos, pero ahí vive la verdad, en la distracción del barullo: las personas comen dulces, tiran basura, comen en los restaurantes, se ríen, caminan trenzadas en el devenir de los domingos, se besan, rezan en la iglesia de Santa María del Tule: la iglesia también le pertenece al árbol que es ateo y amplio en sus creencias. La materia se destruye; el Tule, no. Él permanece aparentemente inmóvil: “El duelo es inmóvil”, dice Roland Barthes en su *Diario de duelo*. Sin embargo, ¿alguien ha visto la monumental vida que pende del Tule: arriba, abajo, al centro? El Tule está borracho de vida: casa de insectos, de hongos, de larvas, de muerte. La música de las hojas es espectral, la ciudad de los fantasmas, ¿alguien ha escuchado al tigre que atraviesa la música invisible de sus hojas?

RAMAJE

“Una mota en el ojo de Dios”

Dice Didion en *El año del pensamiento mágico* que cuando alguien muere inesperadamente el mundo se descoloca, el universo que conocemos se transforma, nunca volverá a ser igual. Los árboles están allí pero tampoco son los mismos. Testigos, amigos, confidentes de lo indecible son los compañeros que nos quedan. Y también saben llorar.

Toda lágrima es el envés del agua: la gota sombra. Y es de las lágrimas que aprendemos lo que es la vida. Los árboles están llenos de lágrimas que son silenciosas; rocío en la mañana en el despertar que todo aprecia y agradece. El rocío ilumina, es una sustancia de Dios. Y Dios lloró por sus hijos: humanos, ángeles caídos que no pueden lidiar con lo incognoscible: la palabra sagrada, la palabra *muerte*. El ramaje del Tule es sumamente extenso: mil cuatrocientos me-

1 Joan Didion, *El año del pensamiento mágico*, Javier Calvo Perales (trad.), Random House, México, 2015, p. 109.

tros cuadrados; sus ramas se extienden por unos cincuenta metros. Frondoso, amplio, inabarcable, ¿han visto el rocío de esas mañanas grises y discretas, después de una noche ostentosa de lluvias, terrible como sus truenos y sus alusiones secretas, ese rocío acumulado, también caudal del dolor de Dios, del dolor del luto?

ALTITUD

La dimensión y el horizonte

Cuarenta y dos metros mide el Tule, pero es irrelevante en cuanto a que lo importante depende de quien observa; quien no concibe la altitud se pierde del mundo *más allá*: mundo de nubes, poemas y relámpagos. Ese otro mundo no tiene nada que ver con el *ego* que reclama la explotación comercial, el descuido, el incendio; el microcosmos destruido por considerar que la naturaleza es sierva del humano. Los árboles ofrecen un mundo que augura bonanza a las altas temperaturas que se experimentan en las ciudades, embargadas por el cambio climático. Son necesarios más árboles: casas para todas las especies, horizonte anhelado. *¡Queremos árboles!*, debería rezar



Laurel de la India, 2005.

nuestra protesta. La utopía es la de un mundo infestado de árboles; respiraderos de una inteligencia volcada en la creación y no en la *robotización* del conocimiento. Una biotécnica de la integración: la salud completa y compleja del árbol como una totalidad, ésta implica salud social, ética, ecológica e histórica: no admite la segregación.

Dice Hermann Hesse: “Los árboles son santuarios. Quien sabe hablar con ellos, quien sabe escucharles, aprende la verdad. No predicen doctrinas y recetas, predicen, indiferentes al detalle, la ley primitiva de la vida”. El árbol es “vida eterna”, por eso el Tule es una mole infinita sin principio ni fin: el gran árbol de la vida y la cultura. La cultura no es una construcción exclusivamente humana, es la historia de las relaciones que involucran a los seres existentes. Los árboles también tienen un lenguaje, su madera es el perfume de las horas. Hesse añade: “Los árboles tienen pensamientos dilatados, prolijos y serenos, así como una vida más larga que la nuestra. Son más sabios que nosotros, mientras no les escuchamos. Pero cuando aprendemos a escuchar a los árboles, la brevedad, rapidez y apresuramiento infantil de nuestros pensamientos adquieren una alegría sin precedentes. Quien ha aprendido a escuchar a los árboles ya no desea ser un árbol. No desea ser más que lo que es. Esto es la patria. Esto es la felicidad”.

COPA

El oasis y el refugio

Los árboles nos enseñan que su vida depende de las relaciones que guardan entre ellos y de cómo un solo árbol garantiza la vida de múltiples especies. Mundos diminutos interconectados a través de la grandeza arbórea, aparentemente apacible, que nos acompaña en nuestras caminatas y mundos interiores con sus susurros y silencios. Los árboles, por cierto, también hablan; lo hacen con un crujido profundo y cuasiaterrador para el humano que se enfrenta a un lenguaje antiguo y órfico, primordial. Escuchar



Estudio del Árbol del tule II, 2005.

ese sonido, como el de los cuencos tibetanos, nos liberaría de las sombras terribles de nuestras angustias porque ese latido del árbol es el de la tierra misma. Sé que aquel día en el que recorrimos el árbol del Tule con mi abuela, en el que comimos tlayudas con tasajo en los alrededores, en los que fui Oaxaca, el árbol, el viento, el silencio de mi verdadera historia, el Tule crujó para decirme un mensaje que no comprendí velozmente. Porque es sumamente complejo comprender rápidamente las enseñanzas de la vida. La muerte sonrío. La sombra de los avisos es el fantasma de una purificación: sólo hasta que comprendo las claves de mi experiencia puedo purificar mi memoria en torno a ella; escribir la historia fantasma. El “deseo” como Lacan lo comprende — íntimamente vinculado con la sexualidad— no tiene aquí cabida. El fantasma también es creación, porque el envés de la escritura es lo que no se dice.

La copa del Tule tiene una circunferencia de 58 metros; arriba, el árbol dibuja con su tinta las formas invisibles

de su memoria o, más bien, el susurro de su olvido: escribe fantasmas. Su vida no sólo es la descripción de sus distintas partes, es también la historia de las vidas que vio pasar. El árbol es naturaleza, historia y futuro. La escritura fantasma de la historia es el libro del Tule que ha visto civilizaciones y mitos transcurrir porque el tiempo es lenguaje y viceversa y no hay más honda verdad que la que se dice cuando alguien calla. La historia invisible de mi abuela está escrita en la copa del Tule. Tan sólo intento transcribir su lenguaje vedado, me cae encima, agua de luz vieja. No digo nada, no alcanzo nada, me sumo a Roland Barthes:²

“No muy feliz
era una herencia”. ∞

2 Roland Barthes, *Diario de duelo*, Adolfo Castañón (trad.), Paidós, Barcelona, 2009, p. 265.

HAMLET ANTONIO GARCÍA ZÚÑIGA

La arboleda lingüística de México

A lo largo del tiempo las lenguas han sido objeto de diversos intereses. Esto no podría ser de otro modo, ya que constituyen nuestra carta de presentación: dicen quiénes somos. Bastan algunas palabras, frases y entonaciones para que se revele nuestro origen. Además, transmiten aquello que nos define, porque por medio de ellas comunicamos certezas, ideas, intenciones, mentiras y emociones. Asimismo, nos interpelan y cautivan de forma inmediata sus referencias históricas o literarias. Al respecto, es de notar que la alusión seguramente más conocida a las lenguas nos hace pensar en su variedad. En efecto, según el Génesis, la construcción



Pedro David, *Pequizeiro #1* [escultura en bronce], de la serie *Ossos*, 2017. Cortesía del artista.

de la Torre de Babel desencadenó la pluralidad de las lenguas del pasado y, por tanto, su diversidad actual.

Pero más allá de toda creencia religiosa, la historia llama la atención porque encierra dudas sobre aspectos centrales de la especie humana: ¿existió en algún momento una lengua común de la que surgieron las demás? ¿Por qué lenguas tan diferentes y lejanas, en un sentido geográfico, tienen similitudes?

Si bien el relato bíblico presenta la diversificación lingüística como una maldición —pensamiento que lamentablemente hoy en día aún comparten muchos sectores de la población mundial—, en el ámbito académico y, por fortuna, cada vez más en el social, se reconoce que ésta, más bien, representa una riqueza invaluable. Es en este marco que resulta oportuno explicar y discutir una de las propuestas más ilustrativas que se han formulado para sugerir o verificar los distintos grados de proximidad filogenética entre las lenguas: la del árbol.

La representación arbórea de la diversidad lingüística ha resultado atractiva porque todos los elementos, es decir, el tronco, las ramas y las hojas, cumplen una función específica. Tomemos como ejemplo a la familia indoeuropea, la más extendida en el mundo, que se suele exponer así: el tronco corresponde al llamado protoidioma indoeuropeo, del cual se desprenden dos ramas robustas, una para el grupo indoiranio y otra para el europeo. De éstas surgen otras ramas que se hacen cada vez más delgadas conforme suben y cuya cantidad depende de la diversificación interna que hayan tenido las lenguas. La gran rama del indoiranio se divide en dos familias: la india y la irania, de las cuales brotan otras divisiones; la india, por ejemplo, tiene ramas que corresponden a áreas históricas del subcontinente indio, de las cuales se desprenden las lenguas que se hablan en ellas; por su parte, el idioma iraniano no se separa de esta manera, sino que pasa de forma directa a las lenguas que derivaron de él.

Aunque el árbol sigue siendo una herramienta predominante en la tipología y la lingüística histórica, otros modelos, como las redes y los diagramas de onda, han surgido para representar relaciones más dinámicas.

Finalmente, en la punta de las ramas, se dibujan las hojas que simbolizan las últimas lenguas en las que evolucionó cada grupo. La cantidad de hojas refiere al número de hablantes: si son muchas, quiere decir que tiene un montón de hablantes y viceversa. Una ramificación semejante ocurre del otro lado del tronco del indoeuropeo para la rama europea, de la que salen otras ramas: la celta, la albanesa, la eslava, la báltica, la romance, la armenia, la helénica y la germánica, que a su vez se fragmentan.

El grado de detalle de los árboles lingüísticos depende de la información, el juicio o el prejuicio que tenga quien los elabore. Por ejemplo, habrá quien, de la rama romance, derive otras ramitas para el asturleonés, el oliventino, el xalimegu, el aragonés y el aranés (lenguas de la península ibérica). No obstante, a pesar del nivel explicativo que pueda tener el esquema arbóreo, es posible encontrar en él ciertas carencias y problemas, sobre todo en sus alcances y sus interpretaciones, como veremos más adelante.

EL ORIGEN DE LAS

REPRESENTACIONES ARBÓREAS

El estudio de las familias lingüísticas y su representación gráfica mediante árboles tiene como objetivo principal mostrar las relaciones genealógicas entre diferentes lenguas y sugerir su evolución. Este enfoque aporta una herramienta visual y conceptual que facilita la comprensión de la diversidad.

La idea de representar así las familias lingüísticas viene del apogeo evolucionista del siglo XIX. En 1853 August Schleicher introdujo este modelo en su obra *Die Sprachen Europas in systematischer Übersicht* (*Las lenguas de Europa*

desde una perspectiva sistemática). El lingüista alemán creía que las lenguas evolucionaban de un modo similar a las plantas y los animales. Hoy en día, sin embargo, se sabe que las lenguas no evolucionan como organismos biológicos.

Al respecto, téngase en cuenta que el contacto entre sociedades, culturas y lenguas puede producir fenómenos que no se ajustan a la idea de una ramificación estrictamente interna, es decir, aquella que procede de una evolución natural de los elementos de las lenguas (como los fonemas, el léxico, etc.) en cualquiera de sus niveles.

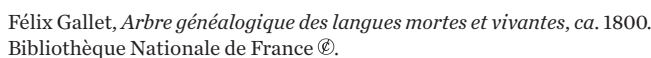
Para entender esto piénsese en la manera en la que se desarrolló el futuro simple de indicativo del español (por ejemplo, el verbo “contaremos”), el cual pasó de una perífrasis con sentido de obligación (*contar* [...] *lo emos*, equivalente a “tenemos que contar”), como se lee en la *General Estoria* de Alfonso el Sabio del siglo XIII) a una integración verbal con la noción de posterioridad. Este proceso fue algo interno del sistema gramatical del español que se dio de manera natural, esto es, que no se impuso ni se generó por cuestiones ajenas a la lengua.

El modelo arbóreo se basa en la idea de que las lenguas divergen con el tiempo debido a distintos factores. Este proceso se representa mediante la división en ramas, de modo que cada una refleja una trayectoria evolutiva independiente. Lo anterior nos lleva a reparar en dos cuestiones: por un lado, en el concepto de ancestro común o “protolengua”, bajo el cual se asume que las lenguas comparten características en diferentes niveles, es decir, en los sonidos, las palabras, los significados o las oraciones; por otro lado, se pone en evidencia que el método comparativo es una de las bases teóricas detrás de las representaciones arbóreas de las familias lingüísticas. Con el paso de los años, el modelo del árbol lingüístico se ha refinado y adaptado, incorporando nuevas teorías y datos. En

Sin embargo, a pesar de su popularidad, en razón de la fácil aprehensión del contenido y sus distintas formas de presentarse, el modelo ha enfrentado críticas por su excesiva simplificación. De hecho, dos de sus mayores limitaciones son la homogeneización de las lenguas (no existe un solo idioma árabe o un único zapoteco), por lo que no refleja adecuadamente las variaciones dialectales, y la tendencia a representar las lenguas como unidades discretas (idiomas separables y distinguibles entre sí) que no reflexionan sobre los múltiples contactos e influencias que ocurren entre ellas —porque, en realidad, ¿dónde empieza y dónde termina el gallego respecto al portugués?, o bien, ¿dónde empieza y dónde termina el maya teko, si se toma como

LOS ÁRBOLES FRENTE A LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA EN MÉXICO

Sin embargo, antes de dejar volar la imaginación, es importante hacer algunas precisiones y mencionar problemas a los que se enfrentan estos esquemas en nuestra realidad. En primer lugar, felizmente, ya se cuenta con la representación arbórea de las once familias lingüísticas amerindias presentes en el país. De hecho, es frecuente que se lleven a cabo actualizaciones: no hace mucho tiempo, por ejemplo, se comprobó que el habla del municipio de Jitotol (Chiapas) corresponde a una lengua mixe-zoque que, hasta el 2010, se había considerado como una mezcla de zoque y tsotsil. Asimismo, en el Catálogo se recuperó el ko'ahl como lengua yumana distinta al kumiai y el pa ipai, algo que ya había sido probado, pero que había quedado en el olvido.





Pedro David, *Sucupira #1* [escultura en bronce], de la serie *Ossos*, 2017. Cortesía del artista.

En segundo lugar, la información que proporcionan las once familias solamente contempla lo que se ha llamado “indígena”, un término impreciso y discriminatorio. No obstante, para cubrir el panorama completo de México se tendrían que incluir otras familias: las que contienen al español y el véneto (lenguas romances), el bajo alemán (lengua germánica), la lengua de señas mexicana y, tal vez, la lengua de señas yucateca, el mascoga (lengua criolla) y el “apache” (lengua n’dee). Esta inclusión contemplaría entonces la *vitalidad* de las lenguas, en tanto que se trata de idiomas hablados habitualmente y transmitidos intergeneracionalmente.

En tercer lugar, si se hiciera un árbol de las familias lingüísticas mexicanas, se deben tener en cuenta los niveles de equivalencia, esto es, el grado de diversificación de cada una de ellas, por ejemplo, ¿hablar de la familia totonaco-tepehua es equivalente a hacerlo de la familia mixe-zoque, es decir, dos familias antiquísimas que tienen el mismo número de ramas, pero con una diversificación interna distinta? O bien, ¿el totonaco de Necaxa se encuentra igual de próximo a su lengua madre que el mixe de Santiago Jareta?

En este sentido, ¿qué se debe representar en un árbol: la familia na-dené de Norteamérica —la porción presente en el país— o la atabascana, que deriva de ella y que traspasa nuestras fronteras? Esta misma disyuntiva surge con la familia indoeuropea, ¿debemos recuperarla toda o sólo su familia romance? Y para el caso de la familia otomangue, ¿sería más pertinente referirse a una familia zapotecana, una mixteca o una mazatecana, en lugar de hablar de la macrofamilia otomangue? Si se revisan estas cuestiones con detalle, el número de familias lingüísticas en México crecería significativamente.

En cuarto lugar, en México se hablan cuatro lenguas a las que no se les ha encontrado un pariente lingüístico: el cmiiqee iitom (seri); el p’urhepecha (purépecha); el tsame, tsome o lajltaygi (chontal de Oaxaca) y el ombeyajts u ombeyiüts (huave). Para dimensionar la trascendencia de esto, valga otra comparación: en Europa sólo hay una lengua aislada, el euskera o vasco. Pero la historia de estos casos no es equiparable. El seri actual, por ejemplo, proviene de una de las tribus seris, sin embargo, una serie de políticas de exterminio —durante la Colonia española y el siglo XIX por el

gobierno mexicano— diezmó sus variedades. En términos generales, ocurre algo similar con el chontal de Oaxaca, donde se han registrado pérdidas lingüísticas en varias de las poblaciones donde se habla la lengua. En consecuencia, en los casos del seri y el chontal de Oaxaca se tendrían sobrevivientes de familias pequeñas y no tanto lenguas aisladas.

En quinto lugar, ¿cuál sería el mejor modo de representar una lengua muerta? ¿Una hoja caída o una rama seca? Esta consideración no es tan sencilla como parece. Recordemos que el norte del país, al que asociamos con homogeneidad y escasa diversidad lingüística, durante parte del periodo virreinal, concentraba una cantidad elevada de lenguas, algunas con una filiación no comprobada (eudeve, ocola, ocoroni, zacateco), otras emparentadas entre ellas (ahomama, alamama, lagunero, mevira, paoga, yanabopo) y unas más asociadas a familias actuales (acaxee, concho, guachichil, mazapil).

Por otro lado, en muchas ocasiones no se pierde un idioma, sino ramas completas. Por ejemplo, si desaparecen el ayapaneco y el texistepequeño, por mencionar unas lenguas en riesgo crítico de extinción, prácticamente dejan de existir las zoque-popolucas. Si, además, mueren las variantes zoques de la región de los Chimalapas, se consumiría el zoque de Oaxaca. Lo anterior redundaría en la pérdida de dos de las tres ramas zoques (sólo sobreviviría el zoque de Chiapas). En este mismo sentido, es casi un hecho que ya pereció el muchu' o tuzanteco, un idioma mayense. Su lengua hermana, el moocho' de Motozintla de Mendoza, está a punto de seguir sus pasos. Cuando esto ocurra se habrán acabado las lenguas amerindias del Soconusco y estarán en gran riesgo las de la sierra chiapaneca (el teko y el mam). La situación no es halagüeña y menos porque hay otras que se encuentran en la misma situación.

De este modo, como se aprecia, no son pocas las preguntas y las dificultades que surgen frente al modelo del árbol en lingüística. Las reflexiones sobre

el tema son varias, por lo que resulta difícil tratarlas todas en un espacio acotado. En esta ocasión no nos hemos detenido en otras complicaciones como: 1. la decisión de representar o no las variedades estándares de las lenguas, así como la manera en la que se haría; 2. la posibilidad de reflejar que una lengua se quede con rasgos de una fase anterior a su evolución o que, inclusive, alguna lengua desarrolle rasgos que no son propios de su familia; 3. la representación de las distintas pérdidas o retenciones de elementos estructurales que se dan al interior de una familia y 4. la ilustración de las similitudes areales, esto es, las características que comparten lenguas dentro de un área, sin importar si pertenecen o no a la misma familia.

Con todo y las críticas y los problemas mencionados, es imposible no reconocer que las representaciones arbóreas de las familias lingüísticas han sido una herramienta que combina intuiciones históricas, principios metodológicos y modelos visuales para explorar la diversidad. Estos esquemas han sido una buena guía de trabajo, en particular, a partir del auge de la genética y la investigación interdisciplinaria con la arqueología. Uno de los mayores logros en esta línea es que el análisis de ADN ha proporcionado información sobre las migraciones humanas que, a su vez, se han vinculado con la diseminación de las lenguas.

No obstante, los árboles, más que enfatizar esa divergencia, refuerzan la noción de similitud. Así espero haber esbozado lo más básico de la compleja realidad de la diversidad lingüística, en particular la mexicana, y los problemas de su representación. Como miembros de una sociedad plural tenemos la obligación de conocer la pluralidad de la que formamos parte y lo que ella implica (plasmado, en parte, en estas breves notas); por lo tanto, hay que, además de apreciarla, sensibilizarnos en la importancia de su fortalecimiento y mantenimiento. 卐

ERICK DE LA BARRERA

La vida nocturna del nopal, un árbol sin hojas

Los documentales sobre la naturaleza suelen ignorar a las plantas. Una excepción, no obstante, son las especies carnívoras que sujetan con hojas modificadas a alguna mosca desafortunada que logró así sus quince segundos de fama. Por su parte, en las películas, la vegetación también se utiliza como telón, cuyas capas son retiradas a machetazos para revelar nuevos elementos cruciales de la trama. Lo más frecuente es que las plantas sean reducidas a ser escenografía. Vienen a la mente, por ejemplo, esos paisajes de nopales y magueyes de las películas mexicanas con temática rural producidas a mediados del siglo XX. Pero la presencia de estas

Alberto Baraya, *Tipo Cactus (Opuntia ficus-indica)*, 2014. Todas las imágenes pertenecen a la serie *Herbario de plantas artificiales. Expedición México* y son cortesía del artista y de Proyecto Paralelo.



EJEMPLAR HERBARIO
RECOLECTOR *Dr. Santiago*
LUGAR *Chumpera, Copiapo*
FECHA *2014*

*tipo cactus, (Opuntia ficus indica) 'chumpera, copal, tuna; madera elaborada por el
Carpintero Don José Jiménez, Santiago.*



plantas no se limita al cine nacional, también aparecen en filmes situados en la región mediterránea de Europa y África: desde *Il gattopardo* (1963) hasta *Le grand bleu* (1988), *Faraway* (2023) y la segunda temporada de la serie *The White Lotus* (2022).



Tipo tunas de nopal, 2014.

El nopal resultó ser engañosamente universal. En un primer momento, podría suponerse que su uso se circunscribe a México y, en todo caso, a sus diásporas en Estados Unidos; después de todo, las regiones nopaleras de Ojuelos, en la frontera de Jalisco y Zacatecas, y Milpa Alta, en la Ciudad de México, son las únicas que han alcanzado cierta notoriedad. Sin embargo, la planta se encuentra en más de veinte países y sus plantíos cubren, aproximadamente, cinco millones de hectáreas del suelo mundial.¹ A pesar de ello, los mexicanos somos

esencialmente los únicos consumidores de nopalitos y, junto con los italianos y los sudafricanos, de tunas, pues el cultivo predominante del nopal en el resto del mundo es para alimentar al ganado. Además, el nopal tiene otros usos muy diversos que incluyen la producción de biocombustibles y su fitoquímica ha permitido el aislamiento de distintos compuestos, los cuales se han utilizado tanto en aplicaciones nutracéuticas como en la formulación de cosméticos.²

Por sus peculiaridades morfológicas y fisiológicas, el nopal ha logrado prosperar en las regiones áridas y semiáridas de otros continentes, migración que comenzó cuando Colón lo llevó a Europa. Su adaptación más evidente es que no tiene hojas, al menos no como el resto de las plantas. A lo largo del proceso evolutivo de las cactáceas, las espinas tomaron el lugar de aquellas láminas de tejido verde que todos reconocemos como el órgano fotosintético.³ Esta condición, que el nopal comparte con casi todas las cactáceas, reduce drásticamente la pérdida de agua. La forma delgada y extendida de una hoja permite que la luz del sol alcance todas sus células fotosintéticas. Sin embargo, al maximizar la superficie para interceptar la luz, también se maximiza el área a través de la cual se puede evaporar el agua. Es tal la cantidad que se pierde a través del follaje que algunos árboles logran sobrevivir duran-

cultiva mayoritariamente en Brasil y Túnez. María Judith Ochoa y Giuseppe Barbera, "History, economic and agro-ecological importance", *Crop Ecology, Cultivation and Uses of Cactus Pear*, Paolo Inglese et al. (eds.), FAO e ICARDA, Roma, 2017, pp. 1–11.

- 2 Ver, por ejemplo, los trabajos de M. N. Zourgui "Cactus active biomolecules and their use in cosmetics, agri-food, and pharmaceutical industry" y de M. De Wit, "An overview of the agro-industrial applications of cactus pears: a South African perspective", *Acta Horti*, J. C. B. Dubeux Jr. et al. (eds.), ISHS, Países Bajos, núm. 1343, 2022, pp. 545–554 y pp. 563–568.
- 3 Nayla Luján Aliscioni, Natalia E. Delbón y Diego E. Gurvich, "Spine function in Cactaceae, a review", *Journal of the Professional Association for Cactus Development*, vol. 23, 2021.

1 Tres millones de hectáreas corresponden a nopaleras silvestres en México, el resto se

te la estación seca gracias a que tiran sus hojas durante varios meses. Sin hojas, la pérdida de agua es mínima, casi nula.

Si las espinas son las hojas de otra época evolutiva, ¿qué son las pencas? Después de todo, son verdes, aplanadas y su forma obovada —término geométrico adoptado por los botánicos para describir un ovoide invertido, es decir, con forma de huevo— podría confundirse con la de una hoja muy gorda. Sin embargo, las pencas, o cladodios, son los tallos del nopal. No son hojas porque, al igual que las ramas de otros árboles, se conectan directamente al tallo del cual crecieron y no mediante un pecíolo —el rabillo que vincula a la hoja con su base foliar—. En efecto, las pencas se unen entre sí por medio del xilema y el floema —elementos del sistema vascular— y por varios tipos de células fibrosas —algunas son productoras de lignina, el compuesto del que está hecha la madera—, las cuales aportan resistencia a la unión y les proporciona a las pencas su forma característica.

Su anatomía también les confiere cierta elasticidad que sería imposible si estuvieran constituidas de madera sólida. Dicha elasticidad consiste en que se engrosan cuando llueve porque acumulan agua dentro de las células del parénquima —el tejido blanco y baboso al centro de la penca que se encuentra enmarcado por dos capas externas de tejido verde, el clorénquima, que realiza la fotosíntesis—. De modo que, en situaciones de sequía muy prolongada, las pencas suelen conservar su forma, a pesar de adelgazar sustancialmente a causa de la pérdida de agua. Esta capacidad de los nopales de guardar agua, sumada al hecho de que están cubiertos por una cutícula gruesa y cerosa, que es esencialmente impermeable, les permite sobrevivir en lugares muy áridos.

Aunque la apariencia de sus tallos hace pensar que los nopales son radicalmente distintos a los otros árboles, en realidad, comparten el mismo patrón básico de crecimiento. El tronco y las ramas de los árboles toman forma a partir del



Tipo borrachero (Brugmansia aurea), 2014.



Tipo bugambilia, 2014.

Aparte de las peculiaridades evolutivas de la anatomía del nopal, su adaptación más interesante —por lo menos para un nerd de la biofísica de plantas como lo es este autor— es fisiológica y ocurre durante la noche. Así, en lo oscuro, mientras dormimos...

despliegue consecutivo de segmentos de tallo durante la temporada de desarrollo. Es decir, su crecimiento es modular. En las puntas de sus ramas, los segmentos más tiernos crecen de sitios específicos de la rama subyacente. En los nopales, por su parte, este patrón es más evidente, porque, por un lado, sus segmentos —las pencas— conservan su forma durante varios años, a diferencia de las ramas de otros árboles que se engrosan e incluso se fusionan con el paso del tiempo, lo cual sugiere que se trata de una estructura compuesta de una sola pieza.

Por otro lado, las ramas nuevas del nopal pueden crecer casi en cualquier parte de la penca, en contraste con lo que ocurre en otros árboles. Cada areola —los sitios donde crecen las espinas— tiene el potencial para formar un nuevo órgano, ya sea penca, flor o raíz. Más aún, en las areolas de las pencas jóvenes, como aquellas que se encuentran en los mercados antes de que les sean retiradas las espinas, es posible observar una pequeña hoja. Esta hojita vestigial, al igual que la cola embrionaria de los humanos, se pierde conforme avanza el desarrollo del individuo.

Además de que el desarrollo modular de sus tallos y su propensión leñosa permiten afirmar que los nopales son árboles, la altura también es un argumento a favor. Si bien los nopales que vemos en las regiones áridas de México y que nos encontramos junto a la carretera suelen tener estatura baja —como también sería el caso del nopal del escudo nacional, cuya rama izquierda tendría, en la vida real, una longitud máxima de 1.5 metros y el águila estaría posada a menos de medio metro del suelo—, existen es-

pecies más altas, semejanza arbórea que nadie pondría en duda. Entre ellas destaca, por ejemplo, la *Opuntia excelsa* del centro-occidente mexicano, cuyas pencas crecen una sobre otra en línea recta antes de ramificarse a los cinco metros de altura y rebasar con

frecuencia los diez metros. La forma en que se cultivan algunos nopales también les permite superar los tres metros —nótese que hay árboles, como algunos mezquites, que no superan esa altura—. Ése es el caso del nopal tunero (*Opuntia ficus-indica*) que se siembra como frutal en Sicilia, donde las plantaciones no son continuas a lo largo de surcos, sino que están dispuestas en filas y columnas, un arreglo semejante a los huertos de cítricos, manzanos o aguacates.

Aparte de las peculiaridades evolutivas de la anatomía del nopal, su adaptación más interesante —por lo menos para un nerd de la biofísica de plantas como lo es este autor— es fisiológica y ocurre durante la noche. Así, en lo oscuro, mientras dormimos, los nopales abren sus estomas —los poros distribuidos en la superficie de los órganos fotosintéticos cuya apertura y cierre le permite a la planta regular la pérdida de agua— para dejar entrar el dióxido de carbono y almacenarlo dentro de sus células en forma de ácido málico, un compuesto orgánico que fue descubierto en manzanas verdes y que es similar al ácido cítrico. Ésta es la razón por la que, según las condiciones de almacenamiento y la hora a la que se cocinen, los nopalitos a veces tienen un sabor agrio.

En su proceso evolutivo, el nopal —al igual que el 7% de las especies vegetales conocidas, que pertenecen a más de treinta familias botánicas, incluyendo algunas orquídeas, la piña, los agaves y hasta las verdolagas— logró separar la asimilación del dióxido de carbono de los procesos bioquímicos que convierten ese gas en azúcar con la ayuda del sol. Abriendo los estomas durante la noche, cuando

está más fresco que bajo los rayos del sol, estas plantas pierden una cantidad menor de agua por cada molécula de dióxido de carbono almacenada que aquellas especies cuyo intercambio de gases es diurno.



Tipo Cactus Cereus, 2014.

La combinación de las estrategias de conservación hídrica del nopal es tan eficaz que han prosperado en los trópicos y subtrópicos secos de distintas partes del mundo. Sin embargo, en paralelo con su éxito agrícola, esta cactácea se ha convertido en una planta invasora en varios países de África, Europa y Asia, donde ha desplazado a especies locales y ha causado pérdidas económicas cuantiosas.⁴

Es probable que recibas con resistencia mi aseveración de que el nopal es un árbol. Después de todo, es fácil confundir sus pencas con hojas y estamos acostumbrados a ver individuos de estatura baja. Quizá el problema está en lo que imaginamos cuando pensamos en un “árbol”. A primera vista, pocos cuestionamos, por ejemplo, la condición arbórea de un bonsái o de una palmera, a pesar de que ésta no tiene ramas y de que su tronco no está hecho de madera verdadera —al menos desde el punto de vista botánico—. En cambio, las pencas del nopal sí producen madera y su crecimiento modular les permite ramificarse de las formas más diversas y crecer a veces tan alto como otros árboles.

En definitiva, el nopal desafía nuestras categorías y nos invita a imaginar otras formas de existir, aunque el cine lo presente como simple decoración de fondo, pues, como hemos visto, si bien ante nuestros ojos parece inmutable, esta fascinante planta inicia su jornada apenas llega la noche. *RM*

4 Talia Humphries, Shane Campbell y Singarayer Florentine, “Challenges Inherent in Controlling Prickly Pear Species; a Global Review of the Properties of *Opuntia stricta*, *Opuntia ficus-indica*, and *Opuntia monacantha*”, *Plants*, vol. 11, núm. 23, 2022.

ЛЮБОВ ЯКИМЧУК/LYUBA YAKIMCHUK

Танець еміграції

Traducción del ucraniano de Ingrid Ots

абрикоса із заламаними руками
її танець пластичний і дикий
золоті паетки дзвенять ніжно
коли її голова повертається в такт вітру

уже емігрували качки
навіть курка поїхала у вантажівці
звідси ген-ген далеко
— геть-геть, — сказала полярна крячка
у якої тут була пересадка
чи як там це в них називається

але моя абрикоска
не збирає листя в валізи
хоч їй є куди полетіти —
родичі шлють їй кульбабові листівки
пропонують допомогу із візою

абрикоса
стоїть сама-одна під териконом
а коли прилітає вітер
танцює з цим пройдисвітом так
що ось-ось відірветься від землі

її еміграція — це танець
відчайдушний і ризикований
такий же довгий
як абрикосове коріння
як абрикосове життя

Danza de la emigración

la duraznilla¹ con los brazos torcidos
su danza es plástica y salvaje
las lentejuelas doradas suenan con ternura
cuando su cabeza gira al compás del viento

ya emigraron los patos
hasta la gallina se fue en un camión de carga
lejos, bien lejos
—fuera-fuera —dijo el charrán ártico
que tenía aquí una escala
o como sea que la llamen

pero mi duraznillita
no guarda las hojas en la maleta
aunque tiene a dónde volar —
los parientes le mandan postales de dientes de león
le ofrecen ayuda con la visa

está sola, solita, bajo el terraplén
y cuando llega el viento
baila con este sinvergüenza tanto
que está a punto de despegarse de la tierra

su emigración es una danza
desesperada y arriesgada
igual de larga
que las raíces de la duraznilla
que la vida de la duraznilla

1 Se trata del árbol del chabacano o albaricoque, *Prunus armeniaca*. La palabra “duraznilla” respeta el femenino del original.

PERIÓDICAS

PP. 106-111 CÉSAR TEJEDA

PP. 112-119 ALONDRA RESÉNDIZ ASCENCIO

PP. 120-125 LEDA RENDÓN

PP. 126-135 ÁLVARO RUIZ RODILLA

(104–135)





Cataluña, España, durante los cortes de energía, 28 de abril de 2025 a las 21:30 (CEST). Fotografía de Piotr Hojka. Wikimedia Commons © 4.0.

Las tímidas penumbras de Madrid

CÉSAR TEJEDA

Llegué a Madrid el 28 de abril de 2025 con la esperanza de que unas cuantas entrevistas dieran forma a la novela que, meses atrás, había comenzado a escribir. Cumplía 41 años y me pareció un buen augurio empezarlos trabajando. Le propuse a mi compañera de viaje que tomáramos uno de los primeros trenes desde Barcelona —el de las 6:30 a. m.— para desayunar en algún café escondido de Lavapiés. Si no había demasiada gente en la fila del Museo del Prado, incluso podríamos visitar a *Las meninas*. Ese plan, que hoy me parece ingenuamente pretencioso, nos salvaría de quedar varados como treinta mil personas en el sistema ferroviario de toda España. Nuestra segunda

opción fue viajar en el desafortunado tren de las once.

Constelación tiene el cabello negro, la piel clara y los ojos ligeramente rasgados, como muchas personas de los Andes peruanos, donde nació hace 34 años. Llegó a Barcelona como estudiante de Pedagogía para enriquecer una trayectoria en la que confluyen la economía y la educación. Esa tarde iba a reunirse con otros egresados de la Universidad de Lima —su *alma mater* en Perú— convocados para estrechar lazos profesionales. Aquella cita representaba la posibilidad de conocer gente que le ayudara, luego de un año y medio de tropezarse con negativas, a encontrar trabajo en España.

Habíamos reservado habitaciones en un hostel de una sola estrella que, pese a su humildad, acumulaba elogiosas reseñas en internet. “Yo le hubiera puesto Hotel Cuatro Estrellas para despistar”, dije. Constelación se rio de mi chiste y me sentí halagado. Una joven colombiana que atendía la recepción dijo que faltaban dos horas para entregarnos los cuartos, pero que por diez euros podía hacerlo de manera anticipada. “Diez euros por cada habitación y en efectivo”, dijo, mirándonos a los dos. Como era mi cumpleaños decidí darme el lujo, no sin antes negociar: “Diez euros por las dos habitaciones”. Cuando aceptó, me di cuenta de que no tenía ni un billete en la cartera. Constelación, solidaria, entregó el dinero con la misma indiferencia con que se entrega un volante. “Gracias”, le dije. “Feliz cumpleaños”, me respondió. Eran los últimos euros en efectivo que le quedaban.

Mientras caminábamos a nuestros cuartos escuché cómo una pareja de catalanes, de alrededor de sesenta años, se quejaba de haberse quedado sin agua más temprano. “Fueron once minutos”, dijo el hombre, que parecía haberlos contado con un cronómetro en la regadera. La recepcionista, en vez de disculparse, dijo desconocer la causa, pero que, para ella y sus compañeros, habían sido once minutos mágicos que aprovecharon para pausar las labores de limpieza y ponerse al día. Su sentido de la oportunidad y su franqueza exenta de cualquier cinismo me parecieron una enseñanza de vida. Luego de un largo y calórico desayuno cambiamos nuestros planes por otros más modestos: en vez de visitar el Museo del

Prado, iríamos a una de mis librerías favoritas, la Antonio Machado.

Caminamos por las calles de Chueca esquivando desperdicios. El día anterior, 27 de abril, había concluido una larga huelga organizada por los trabajadores de la recogida de basura, pero los contenedores seguían desbordándose en las aceras, junto a otras bolsas que, a su vez, rebosaban con las sobras del progreso y la civilización. Un escenario idóneo para recibir al preapocalipsis.

En la librería las luces estaban apagadas. Uno de sus empleados nos dijo que podíamos pasar a ver, pero no comprar, libros. Era lo que pensábamos hacer de todas formas y fue exactamente lo que hicimos, sólo que en las tímidas penumbras del mediodía. La luz, escuchamos, se había ido en todo el barrio. Al salir recuerdo haber visto, al pie de un edificio, a dos mujeres besándose con una energía incontenible: habían arrojado sus cascos de motocicleta al piso para abrazarse con la envidiable libertad de quienes se abrazan —ahora lo pienso— en el fin del mundo. Tuve la sensación de que sabían algo que el resto ignoraba.

En Paseo de Recoletos nos sentamos en una mesa de un restaurante al aire libre. El semáforo que podíamos ver desde allí funcionaba con normalidad; asumimos que el suministro eléctrico, al menos en esa parte de Madrid, seguía activo. Se acercó el adusto mesero que arrojó las cartas sobre la mesa como si estuviera repartiendo naipes. Luego entablamos una simple conversación que, a la postre, desencadenaría polémicas insospechadas. Ocurrió así: pedimos un café, nos respondió que no había luz y, por lo tanto, cafetera. Le preguntamos si podíamos ordenar otra cosa y pagar con tarjeta de crédito. Dijo que sí, claro, joder. Nos pareció extraño, desde luego, pero, dado que es un enorme lugar común decir que la tecnología avanza a grandes pasos, ordenamos dos refrescos.

En la mesa de al lado, una señora de unos setenta años —aburrida de su esposo— nos hizo conversación intrigada por nuestros acentos. Eran de Santander. Mencionó que su marido tenía una hermana en México y él se volvió hacia nosotros para decir que no había visitado a su hermana en México nunca ni pensaba hacerlo. “Jamás.” Ella se disculpó: “No habla conmigo y no le gusta que hable con

otras personas”. Como él ya nos había dado la espalda de nuevo, alcé los hombros de forma exagerada, como diciéndole a ella: *yo tampoco lo entiendo y mucho menos qué hace usted con este sujeto*. La señora nos aseguró que el apagón había afectado a la ciudad entera. El esposo cogió su celular y, acto seguido, lo soltó con rudeza sobre la mesa. “Putin”, murmuró, como culpando al dirigente ruso de que se hubiera interrumpido el servicio eléctrico, de encontrarse aburrido y de que su agradable esposa fuera más carismática que él.

El mesero nos llevó la cuenta y pedimos la terminal. Respondió, con aspavientos, que cómo se nos ocurría pagar con tarjeta si no había luz. Le recordamos que se lo habíamos consultado y lo negó impaciente. Que sí. Que no. Que cómo podía ser que dos cocacolas costaran diez euros. Constelación me miró como queriendo recriminarme el haber gastado su billete en la entrega anticipada de las habitaciones. La miré como diciéndole que, según yo, había sido mi regalo de cumpleaños. Fantaseé con pedirle a mi nueva amiga santanderina que nos prestara dinero sólo para incomodar al esposo. El gerente intervino para contener una discusión que ya incomodaba al resto de los comensales. Anotó mi número celular en la comanda, ya nos buscaría cuando regresara la luz.

El apagón alumbraba las desigualdades que surcan el mundo, tiñéndolas de un sarcástico dorado primaveral. No tuvimos tiempo de detenernos a decir nada al respecto.

Habíamos planeado comer con dos grandes amigos, Iván y Sara, en una taberna del Centro de Madrid. Iván y Sara se conocieron en México, de donde es él, hace más de diez años. Hace tres decidieron mudarse a Madrid, de donde es ella, y donde, poco a poco, han podido incorporarse a la industria audiovisual. Tengo otros amigos que cumplieron el mismo ciclo: conocieron a sus parejas españolas en México cuando estaban cerca de cumplir treinta años y cuando los cuarenta acechaban, se mudaron a España, donde debieron reiniciar sus vidas como si pulsaran el botón de *reset*.

Las calles comenzaron a llenarse de personas confundidas tratando de comprender cuál era la gravedad del asunto: conseguir dinero en efectivo o regresar a casa. Las banquetas eran insuficientes y caminábamos entre los autos detenidos en las avenidas; la mayoría de los semáforos había dejado de funcionar. Algunos conductores subían el volumen de las radios para que el resto pudiera escuchar las noticias, en las que locutores perplejos hacían malabares para ocultar su ignorancia sobre los hechos. Se percibía alguna tendencia al desorden, algo que podía parecerse a la tensión sin serlo todavía. Tuve el impulso de tomar la mano de Constelación para no perdernos. No lo hice. “¿Qué harías en el fin del mundo?”, me preguntó, y recordé, sin decir nada, a la pareja de motociclistas besándose al pie de un edificio y a la recepcionista colombiana: las monedas de sabiduría epicúrea que había recogido esa mañana en el camino.

Llegamos, por suerte y no por mi sentido de la orientación, a la taberna. Los dueños, a diferencia de otros restaurantes alrededor —que se mantenían a medio funcionamiento— habían decidido cerrarla. Meseros andaluces, con cervezas en las manos, se habían sentado en el piso para escuchar la radio e intercambiar impresiones con los vecinos. Les dije, por no dejar de hacerlo, que teníamos una reserva y se rieron. Envidié sus cervezas. Nos dijeron que el apagón había afectado a Portugal, España y Francia. “Por lo menos”, dijo uno que parecía ser el líder, levantando el dedo índice. Gasté batería de mi celular tratando de llamar a Iván.

Luego los divisé, a él y a Sara, caminando desde la esquina. Corrí a abrazarlos como si los hubiera visto casualmente después de ingresar por las puertas del apocalipsis. Habían asumido que la taberna iba a estar cerrada y habían comprado empanadas de atún y latas de conservas para que comiéramos en su casa. “¿Cervezas?”, les pregunté. “Cervezas no”, me respondieron.

Lavapiés —con sus turistas y con sus migrantes a punto de ser desplazados— podía convertirse en Sodoma y Gomorra al llegar la noche; faltaban horas, por suerte. Los esce-



Tomas satelitales nocturnas durante los cortes de energía en España y Portugal, 29 de abril de 2025 a las 3:12, 3:36, 4:30 y 4:54 (CEST). Los verdes representan ausencia de luz, mientras que los blancos, emisiones de luz activas. Imágenes de NOAA/NASA (VIIRS/DNB) con Black Marble ©.

narios catastróficos se habían instaurado en nuestra conversación. Sara, orgullosa, dijo que el día anterior había encontrado trescientos euros en algún inconcebible lugar de su casa. Nos ayudarían a sobrevivir por unos días. “Podríamos comprar una radio de pilas”, dijo Iván, con un ímpetu dilapidario. En mi humilde opinión. Ingresamos en una de esas tiendas donde puede encontrarse un vasto y no siempre congruente universo de cosas. Era atendida por una joven de origen chino que dijo que nunca había vendido una radio de pilas, pero que debía tener alguna por ahí. La encontró en menos de veinte segundos, puedo asegurarlo, y costaba nada más y nada menos que diez euros. Insistió en regalarnos las baterías con una solidaridad vecinal que me conmovió. Cuando Iván llegó a Lavapiés, decidió que la mejor manera de incorporarse al barrio era

saludando a los vecinos como si se encontrara en un pueblo mexicano; se llevó las baterías con el orgullo de quien recoge lo que ha cosechado con tesón. Era difícil, dijo, encontrar vecinos en un barrio asolado por la gentrificación y los pisos de alquiler turístico. Cada vez que abría la puerta de su departamento se encontraba con un genérico viajero que a veces podía sonreírle y otras dedicarle la más ruda indiferencia.

Sara sugirió que fuéramos a un restaurante donde vendían unos “exquisitos” emparedados de jamón ibérico. El gasto me pareció un despropósito en términos de sobrevivencia a largo plazo, pero ella sólo quería agasajarme en mi cumpleaños. Y era su dinero. Recordé a mi madre diciendo que siempre debes tener efectivo en la cartera. Constelación también recordó a su madre por el mismo motivo, y lo sé porque lo dijo en voz alta, lo que me hizo sentir que estábamos predestinados. Lástima que el mundo, empezando por Europa, y más puntualmente por España, estaba por terminarse. Los dueños del restaurante de emparedados de jamón ibérico habían sacado provecho del apagón y de los turistas: sus emparedados costaban diez euros en vez de seis. Sara desistió. Constelación y yo nos vimos cómplices por lo mucho que habríamos podido comprar con su billete ese día.

Uno de los pocos vecinos a la redonda abrió las ventanas de su piso y descolgó, desde los barrotes del barandal, una inmensa bocina para que la gente pudiera escuchar noticias desde la acera. Unas treinta personas, con vermouths y tapas frías en las manos, escuchaban cómo los locutores asumían cosas. Por ejemplo: “Debe haber muchos atorados en los ascensores”. El temor crecía en la medida en que se iban esparciendo rumores y carecíamos de información para negarlos o confirmarlos. Era la primera maniobra de Putin para invadir el resto de Europa. El “Perro” Sánchez había provocado el apagón para infundir temor en la población y justificar la compra de armas.

En casa nos esperaban los padres de Iván —Estela y Carlos, mexicanos también—, que habían llegado a Madrid semanas atrás. Cuando a Iván le concedieron la nacionalidad española por matrimonio, inició los trámites

para que a sus padres les concedieran una figura legal conocida como “arraigo familiar”, pensada para aquellos que dependen de hijos ya nacionalizados. Iván espera que sus padres puedan obtener un permiso de residencia y, con él, acceder a la sanidad pública y a un documento de identidad. Carlos y Estela habían viajado a España con el fin de completar el proceso.



Encendimos la radio. Comenzamos a poner la mesa. Me pareció que Sara, Iván, Estela y Carlos estaban muy bien coordinados a pesar de lo difícil que puede resultar una larga cohabitación circunstancial como aquélla. Alguien rompió un vaso. Mejor dicho: alguien —Carlos— rompió una artesanía mexicana de vidrio soplado que Sara coleccionaba desde hacía años. Los rostros de Iván y Sara permanecieron impasibles. “El gobierno no sabe qué ha pasado y no descarta nada”, dijo la locutora del noticiario radial. Semejante sentencia nos abrumó. “No descarta nada” sonaba a “los estamos protegiendo de que sepan lo peor”. Iván dijo: “Compremos más latas de atún por si esto se prolonga”. “Es el problema de las cocinas eléctricas”, dijo Estela.

Bajamos a la tienda de Diallo: un amistoso senegalés que habla español con un acento nítido y apacible que no se parece a ninguno de los acentos del español que yo haya oído, y metimos en una bolsa veinticuatro euros de latas de atún y pan Bimbo. Unos turistas franceses se acercaron a la caja y pagaron cereal y un litro de leche entera con una moneda de un

euro. Entonces Diallo, con su hermoso y singular acento, dijo que también podía hacernos un exagerado descuento. “Hoy no, tal vez otro día”, respondió Iván, con su acento mexicano que se niega, orgullosamente, a perder. Diallo dijo que en Senegal se iba la luz todo el tiempo y no era un problema para nadie.

En la comida, Carlos y Estela le contaron a Constelación su historia migrante. Viajaron a Kansas cuando tenían cerca de cuarenta años y vivieron sin papeles más de quince, hasta obtener la ciudadanía. Aun así, Carlos, enfermo del corazón, fue despedido de la empresa de jardinería, donde trabajó por años, y perdió el seguro para la vejez. Por eso Iván decidió que dependieran de él en una nueva migración, aunque eso implicara jurar lealtad al rey de España. Sara me había comprado un pastel de chocolate y me cantaron “Las mañanitas”.

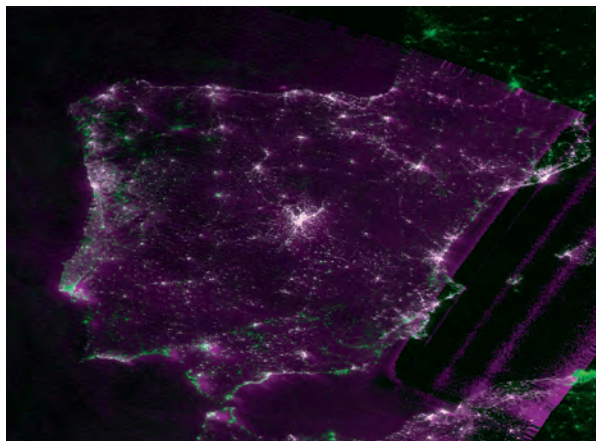
En la sobremesa noté que Constelación —a pesar de sus deseos de ocultarlo— se hallaba inquieta. Lo que estaba pasando en Madrid era tan atípico que difícilmente se llevaría a cabo la reunión de exalumnos de la Universidad de Lima a la que tenía planeado asistir. Y el encuentro era importante porque Constelación guardaba esperanzas de granjearse un futuro por medio de él. Nada más. Por mi parte, di por hecho que las entrevistas para dar forma a mi novela se habían suspendido. “Vamos de todos modos —le dije—. Tal vez alguien llega.” No contábamos con señal de GPS, pero en la pared había un inmenso “Plano de Madrid en las novelas de don Benito Pérez Galdós” que bien podía servirnos. Conforme acercaba mis manos para descolgarlo, el chiste de usarlo de guía para caminar por las viejas calles de Madrid comenzó a tener sentido. Todo, junto a Constelación, podía tener algún sentido. “Vamos con ustedes”, dijo Sara, y nos despedimos de los padres de Iván.

Descubrimos que la gente se había volcado a las calles de distintas formas y por diferentes motivos. El universo de las personas en Madrid esa tarde se había dividido en dos grandes grupos: aquellas que se desparramaban en las paradas de autobuses, tratando de volver a casa, y aquellas —sin duda privilegiadas— que habían salido de sus casas, hoteles o pisos de alquiler turístico para ver qué demo-

nios pasaba allá afuera. El apagón alumbraba las desigualdades que surcan el mundo, tiñéndolas de un sarcástico dorado primaveral. No tuvimos tiempo de detenernos a decir nada al respecto.

En una calle angosta vimos cómo tres músicos jóvenes salieron a su balcón para deleitar a los transeúntes con sus violines. Al terminar, la gente aplaudió entusiasta. Alguien les gritó: “Viva la vida”. Me pregunté por qué —dentro de todas las posibles— elegir esa deleznable melodía de Coldplay como himno de sobrevivencia. Los jóvenes, de todas maneras, interpretaron “Viva la vida” ante la algarabía de madrileños y turistas que los grabaron con sus celulares.

El parque de El Retiro, que habíamos pensado cruzar para cortar distancias, estaba fuera de servicio. Un cartel en la puerta anunciaba: “cerrado por apagón”. Iván nos hizo notar lo curiosa que resultaba la necesidad de los madrileños por especificar las cosas. La mitad de los negocios había decidido no abrir por la tarde y en todos ellos se indicaba la misma excusa en un cartel.

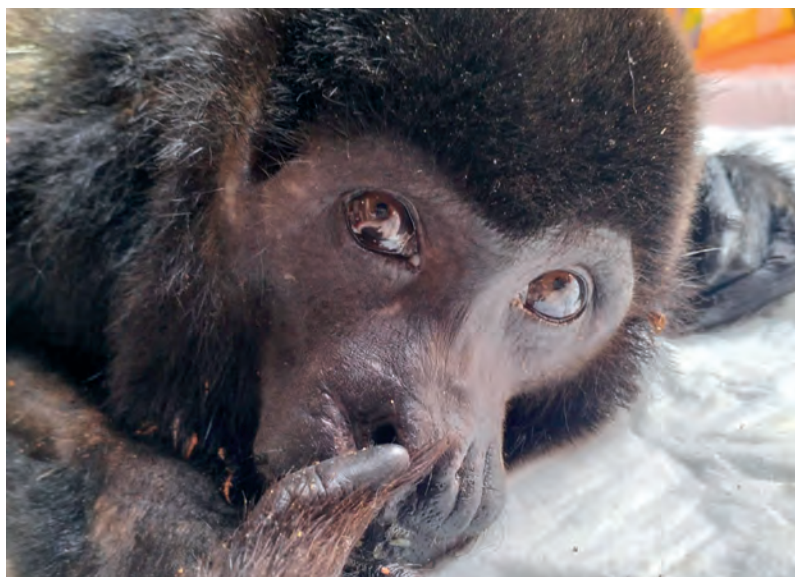


El restaurante donde debía llevarse a cabo la reunión de exalumnos de la Universidad de Lima estaba vacío, con las luces apagadas. Nos asomamos por el ventanal de cristal y vimos a un mesero retirando los platos de las mesas. Cuando nos vio, salió para hablar con nosotros. Era filipino: “Se suspendió: habíamos preparado la reunión todo el día”, dijo, con una desilusión palpable, como si necesitara

hablar con alguien que lo ayudara a cargar con su tristeza.

Constelación me miró con media sonrisa y alzó los hombros. “Vámonos”, dijo. “Estoy seguro de que van a organizar la reunión otra vez”, dijo Iván, tratando de consolarla. Ella asintió, con media sonrisa otra vez: quedaban sólo dos meses para que su visa expirara, pero tenía que guardar alguna clase de esperanza. Conforme la luz del sol menguaba, el apagón iba alumbrando otras cosas, pero con más nitidez que ironía. Por ejemplo: la tristeza intrínseca de los migrantes. Por ejemplo: la impotencia ante los grandes imponderables. Por ejemplo —y a la distancia—: el recuerdo de un cumpleaños inolvidable.

Fuimos, de vuelta, a Lavapiés. Queríamos cerrar aquel extraño día con una copa de vino en alguna terraza cerca del hogar de nuestros anfitriones —mi casa es tu casa—. Faltaban minutos para el anochecer cuando volvió la luz. Fue como si alguien nos hubiera querido dar una lección sobre la dependencia. Nadie aplaudió. Nadie hizo grandes aspavientos. La gente se volvió a ver las lámparas encendidas y luego se internó en el resto de su vida. Nosotros hicimos lo mismo. El resto de nuestras vidas inició en un bar donde, por las mañanas, se venden jugos frescos. Revisamos los mensajes que se habían acumulado en nuestros teléfonos desde el mediodía y brindamos, no sabría decir si porque había vuelto la luz o por haber pasado juntos aquella peculiar jornada. Constelación, discretamente, se levantó a pagar la cuenta sin que lo notáramos. No tenía trabajo, pero tarde o temprano lo conseguiría. Y estábamos seguros de ello. ¶¶



Una cría de saraguito afectada por la ola de calor en la clínica veterinaria del Dr. Sergio Valenzuela, Tecolutilla, Tabasco, 2024. Fotografía de Yuliana Ojeda. Cortesía de la autora.
Saraguito en un cacaotal durante la ola de calor, Tecolutilla, Tabasco, mayo de 2024. Fotografía de Luis Iván Sánchez. Cortesía del fotógrafo.



Tres monos aulladores en medio de una ola de calor

ALONDRA RESÉNDIZ ASCENCIO

Cuando un saraguato vocaliza, el ruido que emite envuelve todo a su paso: desde la ceiba más alta de la selva hasta la última hoja de los cacaotales. Estos primates expresan su grandeza por medio de la garganta, con la cual rugen, ladran y hacen sonidos de corto y largo alcance que se propagan a una distancia de hasta cinco kilómetros. Sus rugidos son ásperos, como si provinieran de una gran bestia, pero los monos aulladores apenas son perceptibles entre las copas de los árboles.

Decenas de ellos dejaron de aullar entre mayo y junio de 2024, en el sureste de México. Cayeron de los árboles. Tropas enteras yacían en el suelo, deshidratadas y casi inmóviles. Las crías que permanecían con vida abrazaban a sus madres muertas. El calor fue tan intenso que más de trescientos saraguatos murieron en Tabasco, Chiapas, Veracruz y Campeche. La evidencia sugiere que el golpe de calor fue agravado por la limitada hidratación de los monos y la dieta menos diversa con la que se alimentaban, usual en los hábitats alterados.¹ Este episodio mermó aún más la población de aulladores, que ya habían sido clasificados como “vulnerables” en la Lista Roja de Especies Amenazadas de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza.

El 18 de mayo Tabasco registró la máxima temperatura histórica para dicho mes: el termómetro marcaba 44 grados centígrados, pero la sensación térmica superaba los 50.² El calor era sofocante, como de encierro per-

petuo, y apelmazaba todo. Durante dos meses los campesinos no registraron lluvias, entonces sobrevino la sequía y los montes comenzaron a arder.

A doce kilómetros de Villahermosa, el fuego arrasó con una porción del Bioparque Saraguatos,³ un resquicio de selva conservado por el veterinario Bernardo Mendoza y su familia. Junto con la familia Zurita y otras defensoras del territorio, se volcaron a apagar el incendio con cubetas, mangueras y lo que encontraron a la mano. La piel les ardía, el humo los sofocaba, pero los aullidos de los monos los instaron a seguir.⁴

A TRAVÉS DE LOS OJOS DE BERNABÉ

El día en que Bernabé, un saraguato de pelo largo negrísimo, y rojizo en la espalda, llegó a las manos de Elizabeth Sánchez se encontraba inmóvil, conectado a un suero. “Cuando lo recibí era un mono de cartón. Lo levantabas y estaba tieso. Apenas movía los ojos. Estaba todo demacrado”, recuerda la veterinaria.

Bernabé, un macho adulto de aproximadamente dieciocho años, fue hallado inconsciente en el estrato bajo de un árbol. Había sido víctima de un *shock* térmico. Fue canalizado inmediatamente a una unidad médica temporal en Cunduacán, gestionada de modo emergente por la asociación civil Conservación del Usumacinta (Cobius), la Alianza Nacional para la Conservación de Primates, el ayuntamiento del municipio y un grupo de voluntarios. Si bien en Tabasco viven tres especies de primates no humanos —el mono aullador de manto (*Alouatta palliata* mexicana), el aullador negro (*Alouatta pigra*) y el mono araña (*Ateles geoffroyi*)—, en el estado no existe ningún sitio oficial de rehabilitación para la fauna silvestre.

La unidad médica era, en realidad, un estadio de béisbol. Aquel mayo, antes de que fuera inaugurado como centro deportivo, se convirtió en una clínica. Los apartados diseñados para los comercios fueron transformados en salas de atención médica; las tablas de concreto

- 1 Un equipo involucrado en la rehabilitación de monos durante la contingencia, y con experiencia en medicina veterinaria, primatología y conservación, lo constató en el estudio “Howler Monkey Die-Off in Southern Mexico”, publicado en *American Journal of Primatology*.
- 2 La temperatura promedio mundial en 2024 fue la más alta registrada en el periodo 1850-2024, de acuerdo con los datos monitoreados por la Organización Meteorológica Mundial.

- 3 Se trata de una Unidad de Manejo Ambiental.
- 4 En Tabasco sólo queda el 3% de la vegetación original. Entre 2001 y 2023 se perdieron cuatro millones de hectáreas de bosques en México, de las cuales el 19% era selva tropical primaria.

para despachar botanas y bebidas se volvieron camas para monos abatidos. En los pasillos había mesas con donaciones: medicamentos, jeringas, frutas, agua y jabón. Los salones climatizados fueron adaptados para atender a las crías. Jaulas de distintos tamaños, con ramas en su interior, poblaban el estadio.

Elizabeth fue parte de la veintena de veterinarios que viajaron a Tabasco desde distintos estados para apoyar voluntariamente a los animales durante la emergencia. Ella se trasladó desde Yucatán pensando que su estancia se prolongaría unos cuantos días, pero terminó quedándose un mes.

Sin voz y sin fuerza, Bernabé se comunicaba por medio de miradas con Elizabeth. “Trabajar con primates que estuvieron en vida silvestre y luego llegaron a cautiverio es complicado por la cantidad de estrés que sufren. Están acostumbrados a vivir en las copas de los árboles, donde no ven una mano humana que les intenta dar una fruta o papilla por me-

dio de una jeringa.” Además de descubrirse de pronto en un estadio, los saraguatos estaban heridos, separados de sus tropas y rodeados de gente.

“Los monos ven en tercera dimensión, como nosotros” y los que pertenecen a la especie de Bernabé son los únicos primates del continente americano que perciben tres espectros de color (verde, rojo y azul). Por ello, su visión es nítida y distinguen detalles concretos. Y lo que Bernabé veía eran jaulas, concreto, manos humanas: todo lo contrario a su hábitat.

La primera tarea del equipo médico fue administrar protectores hepáticos, pues los *shocks* térmicos afectan el hígado y los riñones. Debido a que los saraguatos se alimentan de hojas y frutas, los veterinarios diseñaron una dieta basada en hojas de matapalo, ramón y otros árboles locales, que suministraban en forma de papilla y usando jeringas. Añadieron suplementos y multivitamínicos, además



Todas las fotografías son de las veterinarias Yuliana Ojeda y Elizabeth Sánchez, quienes atendieron a los saraguatos durante la crisis. Fueron tomadas en la unidad médica temporal de Cunduacán, entre mayo y junio de 2024. Cortesía de las fotografías y de Alondra Reséndiz Ascencio.

de elaborar los historiales clínicos de sus pacientes.

Pero el caso de Bernabé era grave: no podía caminar, se mantenía postrado y le salieron llagas. Requería atención las veinticuatro horas del día. Los médicos diagnosticaron que le quedaban pocos días de vida.

UN RAYITO INTRÉPIDO

Rayito tenía apenas dos meses y medio de haber nacido cuando llegó a la unidad de atención médica en el estadio. Lo nombraron así por su rasgo físico más llamativo: una raya *beige* a la mitad de la cola, cuyo color resaltaba entre su negro pelaje. Con el paso del tiempo, las crías aprenden a usar su larga cola prensil para sujetarse de las ramas. Sin embargo, al principio necesitan de sus madres para sostenerse; se aferran a ellas durante los primeros meses de vida, incluso si mueren. Por ese motivo, los cazadores de animales destinados al tráfico ilegal matan a las hembras adultas y raptan a sus crías. Rayito no perdió a su madre por obra del disparo de un cazador, sino por un letal golpe de calor.

“Fue algo hermoso: Rita se acercó al macho, lo olió, lo abrazó y lo calmó, mientras llamaba a las otras hembras para que subieran al árbol. También se acercó a las hembras del grupo residente. Hizo un trabajo de mediación que evitó la agresión.”

Al llegar a la clínica, las nueve crías, incluido Rayito, tenían diarrea. “Si entrabas, gritaban y gritaban, todo el tiempo estaban llorando”, recuerda la veterinaria Yuliana Ojeda, quien viajó desde Quintana Roo para sumarse a la tarea de rescate. La doctora explica que es difícil rehabilitar a las crías sin la infraestructura y el personal adecuados. Por ejemplo, estos monos requieren una dieta específica porque son herbívoros fermentadores. Por otra parte, el lapso de crianza es de dos años y medio aproximadamente, comienzan a valerse por sí mismos a los cuatro o cinco años y sólo después es posible liberarlos.

“A los bebés que no se movían les acerqué un peluche. Cuando sintieron la parte afelpada, se abrazaron a él y paró el llanto”, rela-

ta Yuliana, quien tiene experiencia asistiendo a crías de saraguatos y sabía que no cualquier muñeco les brindaría seguridad, así que llevó unos peluches marrones, de pelo largo y más grandes que ellas. Todos los pequeños monos jugaban, dormían y comían con sus peluches.

En las fotos de Yuliana cada monito aparece con un peluche marrón, salvo por Rayito, quien está encima de un peluche verde con audífonos gigantes. Rayito mira fijamente a la cámara, tiene sus ojos bien abiertos y brillantes, está atento a lo que sucede frente a él. Sus brazos sujetan la cabeza del falso mono y con la cola rodea su cuello.

Un día soltó el peluche y comenzó a trepar las ramas dentro de las jaulas. No le gustaba consumir leche con chupones porque se le inflamaba el estómago, en cambio, prefería las jeringas. En su certificado de salud, Yuliana consignó: “Rayito (macho). Queda certificado que goza de excelente salud tanto interna como externamente. Presenta excelente adaptación a la leche, a sus papillas y al consumo *ad libitum* [a voluntad] de hojas. Es el macho más dominante de las nueve crías”.

A Rayito, el más intrépido del grupo, le gustaba jugar fuera de su jaula. Después de todo, había pasado un tercio de su vida en una clínica emergente, muy lejos de la vida silvestre que conoció. Las autoridades de la Secretaría del Medio Ambiente decidieron

trasladar a todas las crías al Centro para la Conservación e Investigación de la Vida Silvestre, en el Estado de México.

LA SOLIDARIA RITA

La misma ola de calor separó a Rita de su cría. Ambas se desplomaron, deshidratadas y débiles, de un árbol y ella no fue capaz de seguir amamantando. “Le dimos su cría a una hembra más joven, para que la cuidara”, explica Gilberto Pozo, doctor en Ciencias y director de Cobius.

También Rita fue a dar a aquella clínica. Antes había estado internada junto con otros monos en una veterinaria de Tecolutilla, Comalcalco, a una hora de distancia. Para auxiliarlos, el médico Sergio Valenzuela dispuso





su consultorio, una habitación blanca a la que los animales entraban por un pasillo lleno de medicamentos. El calor seguía sin dar tregua y, por primera vez, Sergio rehabilitaba monos al tiempo que atendía entrevistas con medios de comunicación de varios países. La mortandad de los aulladores se había vuelto noticia mundial.

“Yo jamás imaginé que pudiéramos estar hablando de una posible extinción local tan rápida”, comenta el doctor Gilberto. Las consecuencias del calor lo tomaron por sorpresa, a pesar de sus dos décadas de experiencia en ecología, comportamiento y conservación de fauna silvestre, con especialidad en primates.

Gilberto recuerda que Rita fue recuperándose con medicina y alimentación asisti-

da. Ejercitó sus músculos y poco a poco fue mudándose a jaulas cada vez más grandes. Cuando recobró la fuerza empezó a relacionarse fácilmente con otros monos. Era una mediadora cariñosa que se fijaba en los demás y los unía. Un día Gilberto le ofreció un chicozapote y Rita comenzó a morderlo hasta que se acercó otra hembra y le compartió el fruto.

Los adultos, a diferencia de las crías, están listos para volver a la vida silvestre tras una recuperación favorable. En junio del año pasado, Rita y otras hembras volvieron a mirar el verdor de su mundo. El equipo que las liberó, integrado por personal de Cobius y la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente, temía que los monos que seguían viviendo en los montes atacaran a las nuevas integrantes, pero Rita supo manejar la situación. Nunca dejó de proteger a las hembras jóvenes con las que recobró la salud. “Fue algo hermoso: Rita se acercó al macho, lo olió, lo abrazó y lo calmó, mientras llamaba a las otras hembras para que subieran al árbol. También se acercó a las hembras del grupo residente. Hizo un trabajo de mediación que evitó la agresión”, relata Gilberto.

LOS MONOS RECUPERAN LA VOZ

Inmóvil, Bernabé enfrentaba uno de los peores pronósticos del grupo. Los médicos ajustaron su dieta e implementaron una serie de cuidados hasta que, por fin, Bernabé se movió. Los veterinarios lo tocaron y alzó la cola. Más adelante, comenzó a arrastrarse por el suelo para poder desplazarse de un sitio a otro. Empezó a tragar con menos dificultad sus alimentos. Después de reposar en una hamaca adaptada especialmente para él, pudo jalar las hojas de unas ramas introducidas en la clínica como parte del enriquecimiento ambiental. Luego se subió a una jaula pequeña y logró colgarse.

Para levantar el ánimo de otros saraguatos adultos, el equipo encargado de cuidarlos ideó algunas técnicas. “En las mañanas, los adultos disfrutaban de un baño de sol en sus jaulas. Aparte, empezamos a poner vocalizaciones de aulladores”, describe la veterinaria Elizabeth. El hioides es un hueso en forma de u que se encuentra en la parte anterior del cuello de algunos animales. En el caso de los saraguatos, se trata de un hueso agran-

dado que les permite amplificar sonidos. Es como si tuvieran una caja de resonancia integrada con la que siembran avisos en la selva. Tras una semana de reproducir los ruidos típicos de la especie, un sonido estalló como señal de triunfo: un macho adulto comenzó a vocalizar.

La conexión emocional de la doctora Elizabeth con los aulladores surgió de la época en que trabajó en un zoológico. Asegura que las emociones son cruciales para la rehabilitación de estos animales. Gracias a ello, Bernabé mostró signos de mejoría, pero su vida no volverá a ser la misma. La Semarnat determinó que su destino será Yumká, un área natural protegida que se considera un centro turístico, en Villahermosa.

Las de Rayito y Bernabé son historias exitosas de rehabilitación, al menos mientras estuvieron en la unidad médica, y Rita incluso pudo reintegrarse a su hábitat natural. Los saraguatos que lograron sobrevivir regresaron, con sus míticos aullidos, a los montes. Sin embargo, se estima que murió el 31% de los aulladores de la Chontalpa a causa de la devastado-

ra ola de calor de 2024. En total, se registraron 286 cadáveres en Tabasco, 37 en Chiapas, 24 en Veracruz y 3 en Campeche.

“Todos queremos que esto no se repita, pero debemos tomar acciones preventivas: cero deforestación y cero incendios”, advierte el doctor Gilberto. Esta especie aún vive en los fragmentos y remanentes de la selva. Muchos habitan en los árboles más grandes de los cacaotales de la región Chontalpa. Pero las carreteras y los cables eléctricos atraviesan los montes y varios monos mueren atropellados o electrocutados. De ahí que el doctor Gilberto insista en remedios de mayor alcance: “las reforestaciones y los estudios de conectividad y salud se tienen que implementar sí o sí, para evitar que vuelva a ocurrir este tipo de emergencia ecológica” y que los saraguatos fallezcan por la intromisión de los humanos en sus selvas. **JM**





Rodrigo Garrido, *We don't trust you* [esculturas sensibles con inteligencia artificial], 2024. Todas las fotografías son cortesía del artista.

Aprendizaje artificial

LEDA RENDÓN

Desde que surgió el internet, los profesores se enfrentan a la ardua tarea de motivar a sus alumnos para que sean los verdaderos autores de los trabajos encomendados. Con la aparición de programas como ChatGPT, el problema ha crecido y es, hoy en día, más grave que el plagio. Al utilizar estos *softwares*, el estudiante renuncia a desarrollar habilidades cognitivas e intelectuales indispensables, como la escritura, la investigación y la verificación.

La educación está ante una forma inédita de crear contenido como el que se solicita en las actividades cotidianas dentro de las aulas: resúmenes, ensayos, narraciones, imágenes, resolución de ecuaciones. Esta producción de contenido original a partir de diferentes inteligencias artificiales generativas (IAG) es constante y difícilmente identificable. Y si los sistemas inteligentes nos instruyen y nos transforman, ¿en qué nos estamos convirtiendo?, ¿estos sistemas para el aprendizaje humano no serán, más bien, sistemas de la abolición de lo humano, el último resquicio de la alienación?

El aprendizaje, como muchos otros aspectos importantes de la vida, se ha modificado continuamente desde la aparición del internet; luego, del teléfono celular táctil y, finalmente, de la IAG. Acerca de la última han surgido libros en múltiples campos del conocimiento que nos permiten reflexionar sobre nuestra interacción con los objetos técnicos para aminorar su impacto en el cuerpo y el cerebro. Sin embargo, en el sector educativo hay mucha confusión y desinformación. Esos objetos que nos afectan profundamente parecen salidos de una película de fantasía, pero no es así, su funcionamiento tiene una explicación y descubrirla nos permitirá desalienar el aprendizaje de los sistemas de IAG.

Propongo, para explorar la educación bajo estas circunstancias, entender que somos parte de un sistema global y que estamos donando de forma inconsciente y constante muchas funciones mentales a la IAG. El individuo, con su celular en la mano, es ya algo más, no está ni vivo ni muerto; de hecho, es lo que existe cuando la vida y la muerte se atraviesan, lo que resulta de ese choque: un espectro¹ que recorre la web deseando experiencias y ser comprendido.² Por eso es importante considerar cómo se ha transformado la interacción de alumnos y profesores con la tecnología, y generar estrategias para la formación de los actores educativos como agentes en diálogo auténtico.

Para pensar cómo reducir la alienación ante los sistemas de IAG, el concepto de “en-

samblajes cognitivos” de Katherine Hayles será de gran utilidad;³ a grandes rasgos, Hayles los define como constituidos por diferentes entes cognoscentes. Para cumplir con esta condición, el teléfono celular tiene aplicaciones que interactúan y modifican el entorno y sus entes:⁴ yo dirijo el coche al lugar que me indica la aplicación, que me lleva a la acción corporal específica, y así el ensamblaje humano-celular-coche llega al destino señalado con una instrucción lingüística. Al analizar el fenómeno como Hayles, es posible identificar procesos de ensamblaje que nos afectan como seres biológicos. De este modo, las máquinas con IAG son cognoscentes e interactúan a través de su cuerpo artificial con el nuestro, por lo que inciden también en los procesos cerebrales.

Nuestra relación con la IAG ya es parte de las funciones del cerebro-cuerpo, aunque de forma diferente a la planteada por McLuhan (extensión), por Baudrillard (prótesis) o por Éric Sadin (relación consanguínea). Esta unión es más parecida a la que propone Hayles: formamos con las máquinas ensamblajes cognitivos. Ahora consideremos que estos ensamblajes se vuelven coercitivos cuando el individuo no cede únicamente la posibilidad de ubicarse de cierta manera en el espacio; si hablamos de Waze, le regala también la huella de su información a un sistema de posicionamiento que se podría beneficiar de esos datos. En ese sentido, lo que supone una carga cognitiva menos en la vida cotidiana del individuo, resulta en una cesión de habilidades e información.

Si bien la interacción humana con ensamblajes cognitivos y coercitivos no es nueva,⁵ aplicaciones como ChatGPT han puesto en el centro de la discusión educativa la aparición de contenido inédito a través de comandos lingüísticos (*prompt*) en tareas que no implicaban, para su creación, sólo palabras, sino observación del entorno, de las sensaciones o de los

- 1 Jaques Derrida, *Espectros de Marx*, Trotta, 2012 y Jean Baudrillard, *Pantalla total*, Anagrama, 2006.
- 2 Mariano Sigman y Santiago Bilinkis, *Artificial. La nueva inteligencia y el contorno de lo humano*, Debate, 2024.

- 3 N. Katherine Hayles, *Lo impensado. Una teoría de la cognición no consciente y los ensamblajes cognitivos humano-técnicos*, Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2024.
- 4 Lo modifican porque, de entrada, hacen que el individuo se traslade de una forma específica hacia su destino, al tiempo que reportan su ubicación en tiempo real para actualizar las bases de datos, entre otras cosas.
- 5 Yuval Noah Harari, *Nexus*, Debate, 2023.

sentimientos: la pintura, la danza, el diseño, la fotografía y más.

Al panorama anterior, debemos añadir que en la web, como en el relato, funcionan los principios básicos de verosimilitud;⁶ los acontecimientos no deben ser verdaderos, sino posibles. Así las fronteras entre lo correcto y lo incorrecto se desdibujan, porque el individuo (los estudiantes), convertido en un espectro más poderoso e influyente que cuando tenía sólo un cuerpo vivo, ahora interactúa como parte de un ensamblaje y es *otro*: se parece a sí mismo, pero sin duda ya no es él; se ha emborronado.

Podríamos decir que su vida es una alucinación colectiva, la cual es controlada y administrada por diversos sistemas inteligentes que son uno con él y pueden sumergirlo en la nostalgia de un pasado vivido o no y en el espectáculo casi sin censura, lleno de pornografía ambiente (donde todo está a la vista) y de una violencia maquínica sin precedentes (es decir, hecha por máquinas, como en las películas y en la publicidad),⁷ que se reproduce en sus conversaciones, en sus clases y en sus sueños. Porque ser un espectro resulta liberador. Quizá por eso los estudiantes regresan a la web, para encontrarse y, paradójicamente, perderse en los otros, que son necesariamente falsificaciones. Y cuando son uno con la técnica, por qué no les ayudaría siempre ésta a resolver todas las tareas que les impone la realidad. El estudiantado cree que es consciente, la realidad es que está respondiendo a impulsos ajenos. Gran parte de su actividad con pantallas apenas la registra su consciencia, y después aplica lo aprendido por medio de ellas en el mundo real, pero ese “conocimiento” lo interpreta como producto de su intuición.

En este ambiente de permisividad y de camuflaje, la IAG libera de más responsabilidades a quien apenas está aprendiendo. El estudiantado actúa de forma tiránica, todo lo atrae a su esfera de control a partir del celular: la música, la comida, la ropa; sin moverse, como un mago; por eso la idea del individuo

tirano, planteada por Éric Sadin, ayuda a comprender la situación actual en la educación.⁸ Con ChatGPT, este estudiantado, que de forma constante pliega la realidad a su deseo, ya

8 É. Sadin, *La era del individuo tirano*, Caja Negra, Buenos Aires, 2022.



6 *Ibid.* y Éric Sadin, *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas*, Caja Negra, Buenos Aires, 2024.

7 J. Baudrillard, *op. cit.*

no tiene que encargarse de crear contenido, mucho menos de cuestionarlo. Simplemente espera que éste sea comprensible, sencillo, lógico y verosímil. No tiene, en ningún momento, que participar en su construcción, sólo lo pide y se le otorga liso, llano, incluso más verosímil y vibrante que la propia realidad. Cuan-

do lo presenta como suyo ante los otros, realmente cree que lo es, y por un momento se siente comprendido, competente, exitoso y feliz. Por esa recompensa están dispuestos a todo muchos estudiantes. De esa manera pasan de un nivel educativo a otro con aprendizajes artificiales.



Lovers [esculturas sensibles con inteligencia artificial], 2023.

Este estudiantado tirano, ya instalado ante la membrana táctil de su celular, cree que es invencible y que no tiene por qué hacer ningún esfuerzo por siquiera pensar lo que le piden que resuelva. Así como le pregunta a su celular cómo llegar a un lugar, y éste se lo dice, también le ordena resolver una ecuación matemática, escribir un cuento o un poema y, en un acto de prestidigitación, resuelve las diferentes tareas que se le presentan en la escuela. Este comportamiento es completamente natural, lo ve en todos lados: en la política, en el arte, con sus amigos, con sus profesores.

Así, muy rápidamente, el estudiantado ya no sólo es una máquina del otro lado de la interfaz,⁹ es una proyección de sí mismo como en *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares, un espectro que se comunica con más eficiencia porque es un ensamblaje con los sistemas conectados a la red. De ese modo, los objetos de la realidad también le parecen espectros, no son verdaderos ni inventados. Acaso también su mente está allí, interesada en

saber un poco más sobre los demás, pero ese deseo es frustrado por la necesidad de satisfacer el hedonismo, ya colectivizado.

Aunque los contenidos de la IAG parecen hechos por inteligencias humanas, no lo son; de hecho, sus procesos de creación son completamente diferentes. ChatGPT no establece conversaciones como las que tendríamos dos personas,¹⁰ ya que no tiene un contexto espacial referencial y, sobre todo, el lenguaje que genera está completamente anclado al pasado. Es decir, no se está generando una conversación a partir de la lectura del otro en el presente común, en el que adaptamos el discurso en tiempo real y predecimos lo que el otro dirá en una lectura compleja de su voz, su cuerpo y su forma de vestir.¹¹ ChatGPT es un dispositivo que nos hace dialogar con un ser que sólo posee información del pasado. No dialoga igual que nosotros, pero es seguro que seguiremos introduciendo a la vida las formas lin-

10 É. Sadin, *op. cit.*

11 Mijaíl M. Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, FCE, 1986.

9 J. Baudrillard, *op. cit.*



Lovers [esculturas sensibles con inteligencia artificial], 2023.

La pregunta central ante cada aprendizaje es: ¿qué tan beneficioso resulta, para la formación del alumno, usar este sistema de IAG?, ¿le restará habilidades para resolver otro tipo de tareas o interacciones en el mundo real en algún momento de su educación o incluso de su vida?

güísticas de los sistemas de IAG, como seres espectrales que somos.

El alumnado prefiere negar cualquier elemento que lo separe del dispositivo con el que genera una discusión interna libre de castigos o disonancias. Con las aplicaciones del teléfono celular tiene una conversación lisa, sin caos, y continúa la interacción porque parece que todo está ordenado, que es narrativamente lógico. No nos extraña que personas de todos los niveles educativos decidan proceder de esa forma, la cual funciona; dan órdenes a la realidad y a los objetos que la componen: piensa por mí, habla por mí, aprende por mí.

Por eso tanto profesores como alumnos no sólo deben investigar y formarse para utilizar las diferentes herramientas con IAG; lo más importante es pensar qué funciones mentales les estamos cediendo y cómo, en un futuro, nos afectará perderlas.

La mayor parte de las decisiones humanas son inconscientes,¹² y creemos de verdad que la IAG es la solución a nuestros problemas en el terreno educativo. No es así, hay una crisis que afectará a la educación. Aunque si la población del sistema educativo tiene conocimientos fidedignos sobre la IAG, podrá manejar mejor sus efectos y usarla en su beneficio. Es importante saber que las mayores ganancias serán para las empresas proveedoras de estos servicios y para los gobiernos con los que estén aliadas.

A pesar del escenario planteado, es posible concebir una educación humanista, empática y feminista mediante la cual los individuos se alejen de estos dispositivos durante sus procesos de formación. La propuesta es hacer que el sujeto cognoscente se dé cuenta de que esos sistemas le quitarán lo que lo define. Debe usarlos sabiendo que modifican el

cuerpo,¹³ así como la construcción de imágenes en tiempo real, que son los asideros de nuestros deseos e imaginación. Hay que trabajar con las poblaciones estudiantiles de todos los niveles educativos, no únicamente para que sepan usar los diferentes sistemas de

IAG, sino para que piensen cómo funcionan, cuáles son los objetivos de sus creadores, cómo podrían desarrollarse en ensamblaje con los humanos y en qué contexto y para qué se está utilizando dicha inteligencia. La pregunta central ante cada aprendizaje es: ¿qué tan beneficioso resulta, para la formación del alumno, usar este sistema de IAG?, ¿le restará habilidades para resolver otro tipo de tareas o interacciones en el mundo real en algún momento de su educación o incluso de su vida?

Es preciso educar en habilidades físicas, sociales y creativas al estudiantado de todos los niveles, ya que la red mundial de comunicación inteligente hace que perciban únicamente sus propios intereses y se vean sólo a sí mismos, lo que cambiará su forma de aprender, pensar y estar en el mundo. La mente y el cuerpo, en ensamblaje con diversos sistemas cognoscentes, se modificarán para adaptarse a las exigencias de lo digital, que no necesariamente están correlacionadas con el relato de los hechos de una vida. Y aunque el individuo no puede resistirse a esta red coercitiva, porque el sistema ya es de esa manera, sí puede entender cómo funciona para reducir su alienación, hacerse consciente y saber que hay otras formas de solucionar las diversas tareas. De no hacerlo, perderá aún más capacidades que permiten acceder a otros niveles de conocimiento. ¶¶

12 M. Sigman y S. Bilinkis, *op. cit.*

13 *Ibid.*

El legado del polvo: los suplementos de Fernando Benítez (1949-1971)

ÁLVARO RUIZ RODILLA

Más que de hojas amarillentas propensas a desintegrarse, habría que hablar de emociones perdidas. Pensemos, por ejemplo, en las ilusiones —ya sabemos en qué acaban— de caminar un domingo al puesto de periódicos más cercano con el propósito de encontrarse con el hoy y el ayer, e imaginemos también la esperanza, ávida de asombros, que conllevaba empezar a ojear la portada del suplemento cultural...

Pero no se preocupen, no voy a marearlos con un maltrecho *homenaje a la cursilería*, aunque el dilema es claro: ¿se puede hablar sin algún dejo de nostalgia de esas páginas que fueron vitales para la circulación de la cultura mexicana, como faro de trasnochados y veleta de los más curiosos? ¿Exagero si digo que de aquel mundo queda sólo polvo, pero enamorado? En este tenor, es inevitable no ubicar los creados por Fernando Benítez, cuya trayectoria ocupa un arco de cincuenta años en la literatura y el periodismo de México: desde sus colaboraciones en *Revista de Revistas*, en los años 1930, hasta la fundación de *Sábado* (1977) y la dirección de *La Jornada Semanal* (a partir de 1984).

Como ocurre con ciertas épocas canónicas, el paisaje se cubre de mitografías. Sobre las dos publicaciones clave que fundó Benítez junto con sus colaboradores también planean esas nubes: mafiosos, cosmopolitas, modernos, misóginos, disidentes, pioneros, etc.

MÉXICO EN LA CULTURA Y LOS MILAGROSOS CINCUENTA

Al despedirse del suplemento del periódico *El Nacional*, órgano del PNR (y luego del PRI), en 1949, Benítez crea *México en la Cultura* en el diario *Novedades* con la ambición de conec-

tar lo mexicano con lo universal. Por aquellas páginas, que al arranque dirige junto al pintor y tipógrafo español Miguel Prieto, desfilan noticias de excavaciones prehispánicas, textos de Lázaro Cárdenas o Vasconcelos, entre mucha más literatura proveniente de varias épocas y latitudes. Sobre todo le construye un escaparate a la figura tutelar: Alfonso Reyes, a quien el editor le ofrece “cien mil lectores semanales”. Si echáramos un vistazo a los índices de *México en la Cultura* en este periodo (1949-1961), hallaríamos el canon de la literatura y la cultura universales —Homero, Goethe, Mozart, Heine, Baudelaire, Shakespeare, Cervantes, etc.— en diálogo con lo más granado del exilio español y con lo más ilustre del territorio mexicano, incluyendo a bisonos y veteranos —desde León Felipe hasta Tomás Segovia, desde Novo, Villaurrutia, Efraín Huerta y Octavio Paz hasta los más jóvenes de entonces: Arreola, Rulfo, Pitol, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, Monsiváis y José Emilio Pacheco, entre tantos.

Como fiesta consagratoria de talentos y escuela que da forma y horma generaciones, el suplemento avanza como pocos en dos flancos que se complementan al tiempo que se enriquecen: el del diseño gráfico y tipográfico y el de la cultura letrada. Miguel Prieto acude con lo aprendido en las páginas de *Romance* (1940-1941) y *Ultramar* (1947): una vigorosa creatividad para maquetar, un caos expresivo y no menos armónico, que no obvia la responsabilidad ante la materia escrita. Benítez cuenta:

Cuando se me dio la oportunidad de hacer el suplemento *México en la Cultura* del diario *Novedades*, el primer as que saqué de mi manga fue Miguel Prieto. Su formato estaba de tal manera fuera de los cánones que la imprenta del diario debió adaptarse con dificultad a su diseño. Ya desde el primer número llamó la atención de un vasto público. Se trataba de un formato de gran elegancia, ligeramente barroco.¹

1 V.v. a.a., *Miguel Prieto: diseño gráfico*, Era, México, 2000, p. 9.

El estilo de Prieto marca el medio siglo de los impresos mexicanos. Es un sello fresco y genuino que “nos lleva de la mano por el doble camino de la regla y de la libertad”, como apunta el gran Martí Soler.² Y no sólo ocurre en este suplemento, también en las revistas: *Universidad de México*, *México en el arte*, *Síntesis* y en la cúspide la edición príncipe del *Canto general* (1950), cuyos índices y desproporcionadas capitulares Bodoni aún reflejan una arquitectura tipográfica admirable. Todo esto en un tiempo en que las fuentes de las cajas de tipógrafos y de linotipos eran bastante limitadas: una veintena, según Soler, con las que Prieto consigue ampliar el registro del lenguaje visual de estos impresos, poniendo a su favor los blancos, combinando altas, bajas, versales y cursivas, integrando ilustración o foto con fluidez, tratando bloques nítidos de texto y de imagen por igual, para crear aquel atractivo equilibrio de la página.

No obstante, el cáncer trunca demasiado pronto la promesa y Prieto fallece en el auge de su carrera, en 1956. Sólo compensa esta crueldad de la fortuna un azar que acaba por beneficiar al resto del siglo. En esos años, en

los talleres del suplemento o en la Oficina de Ediciones del INBA, un modesto ayudante había asimilado las cualidades del maestro español. El legado de ambos es incalculable para el arte y el diseño mexicanos: Vicente Rojo carga con audacia y fidelidad la estafeta en la nueva época de *México en la Cultura*. Poseedor del archivo visual de Prieto, Rojo redirige y lleva a nuevos puertos ese legado que interpreta como “sutileza, discreción, sobriedad y calidez”.

A partir de 1956, se vuelve el director artístico del suplemento —el primer número que dirige es el 401, el 25 de noviembre— y el diseño cambia radicalmente: una nueva cabeza tipográfica sin patines y la combinación de dos o hasta cuatro tintas remodelan la portada. Se reconfiguran anunciantes y secciones, y a los libros y al arte se les suman referentes de lo que por entonces no se llama todavía “cultura pop”: cine, radio, televisión (espectáculos) y hasta propaganda turística (con sus respectivos anuncios de hoteles y aerolíneas). Si las franjas publicitarias permiten patrocinar tintas y rediseños, así como autores noveles —en esas páginas colabora, por primera vez en México, un recién llegado: Gabriel García Márquez—,³ también despliegan una publicidad cultural informativa y moderna: abundan anuncios de editoriales y librerías, así como de cines y teatros que se compaginan con ensayos y reseñas como verdadero servicio al lector y lealtad a la crítica.

LA MAFIA SE MUDA DE CASA

Por endogamia desvergonzada y un tanto más por envidia, al grupo de Benítez lo bautizan, burlonamente, la *maffia*. La dupla central, Benítez y Carlos Fuentes, empieza a manifestar abiertamente su apoyo a la Revolución cubana y, además, a escribir en otras revistas, como *Política*. Ese militatismo en otra publicación acarrea el quiebre con *Novedades*. Alrededor de este suceso, el editor y sus simpatizantes tejen un discurso de disidencia y lucha contra la censura, cuando en realidad la madeja es otra, pues pronto López Mateos aprueba un apoyo económico cuantioso para trasladar el

2 *Idem*, p. 13.



México en la Cultura, núm. 157, 10 de febrero de 1952.

3 El texto refiere la muerte de Hemingway el día anterior: “Un hombre ha muerto de muerte natural”, 9 de julio de 1961, p. 10.

proyecto del suplemento a la revista de José Pagés Llergo, *Siempre!*, donde, el 21 de febrero de 1962, empieza a circular el segundo y mítico suplemento de Benítez, ostentando la “Oración del 9 de febrero” de Reyes como pie-



La cultura en México, núm. 185, 1 de septiembre de 1965.



La cultura en México, núm. 340, 21 de agosto de 1968.

za central. Durante una década, *La cultura en México* les abre cancha a nuevos talentos en labores editoriales —José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis fungen como jefes de redacción en distintas etapas— o a textos que todavía hoy son pasto brillante para historiadores: colaboran con asiduidad Carballo, Ibargüengoitia, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce o Gabriel Zaid. En el panorama ya se vislumbran, además de Elena Poniatowska: Inés Arredondo, Julieta Campos e Isabel Fraire con notas, ensayos o traducciones. Gracias al suplemento, se gesta, al menos en ese ámbito impreso y público, el interés por varios grupos de intelectuales; el *boom* aún no se ha consolidado, pero ya se leen textos de Cortázar, Vargas Llosa, Donoso y del propio García Márquez. En suma, *La cultura en México* acoge las inquietudes contraculturales y coyunturales de su tiempo con un nuevo temperamento, desde las luchas por los derechos civiles en Estados Unidos, las manifestaciones contra Vietnam y a favor de los No Alineados, hasta los reclamos al gobierno a raíz del asesinato de Jaramillo y su familia, el cese de Arnaldo Orfila Reynal por publicar *Los hijos de Sánchez* (1964) o la crónica minuciosa de los movimientos internacionales de 1968. La composición de Rojo es más audaz tanto en lo gráfico como en lo político. Lo demuestra un botón: el díptico del 21 de agosto de 1968, una declaración contundente, frontal y arriesgada.

Para 1971, cuando Benítez deja el suplemento a cargo de Monsiváis, se cierra una época de oro marcada por el hilo inteligente de este editor, que tejió con innovación ambas publicaciones por más de dos décadas. La herencia del primero irradió y dejó huella en varias generaciones de escritores y lectores, como apuntó un estudioso brillante: “el [primer] suplemento dio origen al periodismo cultural en México. Hay un antes y un después de *México en la Cultura*: antes están los intentos, los titubeos, los buenos propósitos. Después, los demás suplementos culturales”.⁴ ¿Polvo enamorado? RM

4 Víctor Manuel Camposeco, *México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria y testimonio crítico*. Conaculta, 2015, p. 114.

La Justicia en México Pág. 5

Suplemento de NOVEDADES

Presidente y Gerente General: DOMINGO VILLARILL
Director General: Lito RAMON BETETA

se acuerda que los
laño estudiado con profe-
dad y que interpretaron su
correspondencia al respecto
sobre las normas del Con-
sejo de la Universidad. Cu-
re de hacer parte uno de
ellos de la institución.
En particular, el Am-
guatimala, en donde se
vota de mayor peso, se
de la institución, se
de la Universidad.
Por Valladolid, hay a
ciones, muy bien muer-
ciones de un nivel de
das programáticas, su-
en la facultad de con-
de la Universidad de
Natalandia, la lista, no
sigue en la familia

Dibujo de VICENTE ROJO

minas del valle. Por el
momento sale de Contrab
de la zona de la gran
frente, sin duda por am
no por culpa de las
nuevas instalaciones. Y
medias reales con mu
del antiguo conde de
del río de la Ría, el
pulo del gran Worme
de la construcción más
que de su tiempo.
El río de la Ría, el
los arroyos en Freiburg
condigieron guardias
la memoria de un
El río de la Ría, el
de la Concha, según
siet a Freiburg. El
Miguel, un niño de
de la zona de Freiburg
Araya, pero después
ría de Freiburg. Mue
de la zona de Freiburg
ría, naturalista, pro
del suelo marino, de
nativo. No es un
de la zona de Freiburg

Por Valladolid hacia el
norte, muy bien marcado
dentro de un valle de
las montañas, está
una fantástica cascada
que nos alumbra desde
Naturalness la base, no el
siglo en la familia.

Poemas de SANDBURG y las memorias de KAZANTZAKI, Págs. 2 y 3

Número

528

26 de abril de 1959



Terminado su gobierno ejemplar en Jalisco, Agustín Yáñez reanudará sus colaboraciones para MEXICO EN LA CULTURA, el mes entrante.

artes * espectáculos * ciencias

Director
FERNANDO BENITEZ

Director artístico
VICENTE ROJO

MORELOS Y BALDERAS
TELÉFONO 18-5080

Suplemento de NOVEDADES

Presidenta y Gerente General: ROMULO OFARRILL, Sr.
Director General Lto. RAMON BEIETA

HABLAN los historiadores del pueblo azteca de figuras extraordinarias como Itzcoatl, el vencedor de los tepalcates de Azcapotzalco hacia 1427; del primer Moctezuma, "vencedor del cielo"; de Axayácatl que llevó la guerra a las apartadas regiones del sur; pero por lo general se olvidan los nombres de los consejeros supremos de dichos monarcas: Tlacáélel, un auténtico "poder detrás del trono". Aunque parece inverosímil, Tlacáélel, cuya obra se sintetiza en la consolidación de la supremacía azteca, resulta casi desconocido para la gran mayoría. Y no se debe esto precisamente a escasez de datos acerca de la figura de Tlacáélel.

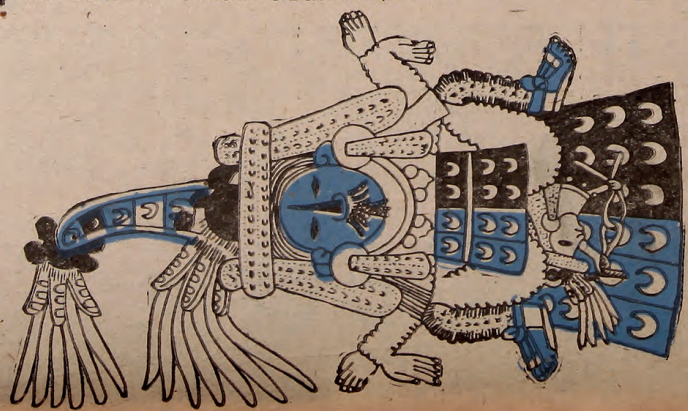
• Las fuentes históricas hablan de Tlacáélel.

A UN CUANDO Fray Juan de Torquemada, al leer en la Biblia del Jerónimo de Acosta las proesas de Tlacáélel, afirmó: "hay numerosas fuentes indígenas, independientes entre sí, que hablan acerca del gran consejero de los reyes Itzcoatl, Motecuhzoma Ilhuicamina y Axayácatl (1). En esas fuentes están: la Crónica Mexicana escrita en náhuatl por el historiador español Juan de la Cruz Cano y Olmedilla; la Súplica Relación de Chimalpain que registra la fecha exacta de su nacimiento y datos valiosos sobre su actuación; los Anales Tepalcates de Azcapotzalco, las tres Relaciones dependientes de la llamada Crónica X, o sea, el Códice Ramírez, la Crónica Mexicana y la Historia de Diego Rivera; el Códice Mendoza, el Códice Vaticano B y un cenilar mexicano del Manuscrito de la Biblioteca Nacional, así como verosímilmente dos representaciones pictóricas de los Códices Xélotl y Acatláhuatl.

• Nacimiento y primera actuación de Tlacáélel.

CHIMALPAIN en su Súplica Relación ofrece concretamente los siguientes datos acerca del nacimiento de Tlacáélel:

Año 10 Canele (1388). "En la por tradición los aztecas mecenaron a Motecuhzoma el viejo, Ilhuicamina, el que brillaba con resplandor de jade, cuando vino al mundo, al momento en que el sol estaba ya en su madurez. Su madre era una princesa de Cuauhnahuac (Cuernavaca), su nombre Mitshahuatitlan. En el momento de dar a luz, cuando el sol como decimos iba a elevarse, De muerte que se dice que (Tlacáélel) era el mayor. En madre llamada Cuauhnahuatitlan, era una princesa de Xicaltlanhuac."



Dibujos de ALBERTO BELTRAN

Por MIGUEL LEON-PORTILLA

Cada uno tuvo madre distinta, pero tuvieron el mismo padre, Huxley de Tenochtitlán. (2).

La primera actuación de Itzacel en la vida pública de México tuvo lugar en la obra que describe la Historia de Durán. Hasta la época del rey Itzacel, hacia 1424, los mexicas se habían limitado a la agricultura y a la recolección de frutos silvestres, pero a partir de entonces se dedicaron a la guerra, a la conquista de otros pueblos y a la fundación de ciudades. Itzacel fue el primero de los reyes que gobernaron a los mexicas durante la época de la guerra. Su reinado se caracterizó por la expansión territorial y la consolidación del poder político. Itzacel fue el primero de los reyes que gobernaron a los mexicas durante la época de la guerra. Su reinado se caracterizó por la expansión territorial y la consolidación del poder político.

"que tomasen a su dios Huitzilopochtli y se fuesen a Azcaputzalco a poner en las manos del rey todos con toda humildad para que hiciese dellos lo que fuese su voluntad, y que quizá los perdonarian y darían en Azcaputzalco lugar donde viviesen y los entrefieran entre los vecinos, a los que no se acordaron de las de Azcaputzalco." (3)

Fue entonces cuando el joven Tlaacéel habló por primera vez en público, incitando a los mexicanos a una lucha, que debía ser el principio de la grandeza de Tenochtitlan. He aquí las palabras de Tlaacéel:

[illegible]

Largo y fuera de lugar sería relatar aquí el modo como convencieron los mexicanos a los de Azoatlzalco. Baste repetir, que, según el testimonio de Durán, Tezozómoc, Chimalpahí, los Anales Teyanecas de Azoatlzalco y los Códices Ramírez y Corteztzin, a Tlaxcaltecl se debió principalmente esa primera y gloriosa victoria, de tan grandes consecuencias.

- *Las reformas, obra de Tlacuél*

REESTABLECIDA la paz, los textos nos refieren cuáles fueron los diversos actos y medidas tomadas por Itzacuel. Constituyó implícitamente en concepto de licozotz, de quien el alma que lo gobernaba, el *Cucluc* Kamile, que no había más que lo que Itzacuel era, de acuerdo a lo que él mismo entendió que una cosa le había sucedido. En consecuencia, la subordinación de Itzacuel al rey, a los señores, o nobles de la ciudad, se habían distinguido en la noche. Y cada uno de los barrios de la ciudad de México Tenochtitlan.

En relación con este afán de engrandecer con títulos a las guerras a las mexicas, los informantes de Sahagún se refieren a algo hecho de suma importancia. Relata el documento indígena que, terminada la guerra de Azcapotzalco, se reunieron Tízcoatl y los principales señores mexicas. Entre ellos, como se observó, se encontraba Ixtlilxóchitl. Los señores, como se dijo, se reunieron para celebrar las pinturas de los venidos trágicos y a los propios de los mexicas, porque en esos libros de pinturas la figura del pueblo azteca carecía de importancia. En realidad se había concebido la idea de imponer una nueva versión de su historia. Transcurrió un texto indígena que, como se dijo, fue mucho tiempo antes de las descripciones ordenadas por los españoles:

Se guardaba su historia

Pero, entonces fue quemada cuando reinaba Itzcoatl en México se tomó una determinación. Los señores mexicanos dijeron: No conviene que toda la gente...

no conviene que toda la gente conozca las pinturas.
Los que están sufielos (el pueblo).

Los que están sujetos (el pueblo),
se echarán a perder
y andará torcida la tierra.

y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por dioses". (5)

La nueva visión de la historia mexicana iniciada entonces, se conserva en los textos de procedencia azteca que hoy se conocen. En ellos, los mexicas aparecen frecuentemente

Dibujos de Miguel Covarrubias en el libro EL PUEBLO DEL SOL. Contas de Esperanza Losada

México en la Cultura, núm. 528, 26 de abril de 1959.

de los aztecas

monte, emparentados con la nobleza toteca. Las divinidades mexicas, especialmente Huitzilopochtli, se sitúan en un mismo plano con los dioses creadores de las diversas edades o "soles", es decir, con Tescatlipoca y con Quetzalcóatl, como lo vemos, por ejemplo en la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas*. Pero sobre todo, se trasluce en la documentación azteca ese espíritu mismo de guerra, del llamado por los cronistas a "hacer guerra a muerte" contra las naciones de la tierra, que se tradujo en la práctica en el sacrificio humano para hacer cautivos, con cuya sangre habrá de conservarse la vida del astro que va haciendo el día.

● La figura de Huizilopochtli se agriganta.

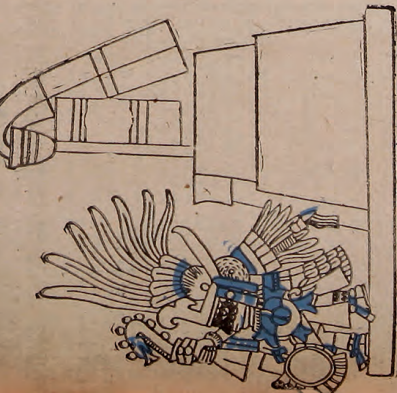
Y A PROPOSITO del rango principal, que desde entonces asignaron los mexicas a su numen tutelar, **Huitzilopochtli**, descendio del antiguo panteon nahuatl, hay en la **Septima Reduccion** de Chimalpain un breve pero expresivo pasaje:

"El primero en la guerra, el varón fuerte, Tlacatéel, como se verá en los libros de años, fue quien anduvo haciendo, quien anduvo siempre persuadiendo a los mexicanos de que su dios era Huizilopochtli". (6)

La figura de Huilzilzotchtli dejó de ser el numen tutelador de una pobre tribu perseguida y se fue agigantando cada vez más, gracias a la acción de Tlacaeleli. La nueva versión de la historia mexica, tras la mencionada quema de códices, había sido el camino para inculcar en el pueblo las ideas de Tlacaeleli.

Huitzilopochtli aparece como el dios más poderoso. A él le dirigen las antiguas plegarias de la religión nahua. Él y los sacerdotes componen también nuevos himnos en su honor, como los que ya existían a honra de Quetzalcóatl, principalmente. Identificado con el sol, Huitzilopochtli es al mismo tiempo quien da vida y conserva, alentando la guerra, esta cuarta edad en que vivimos. He aquí uno de los

SIGUE EN LA PAG. 11 COL. 3



MEXICO EN

10 DE SEPTIEMBRE DE 1937
SEGUNDA EPOCA
número
445

A. REYES, G. ARCINIEGAS
A. CASTRO LEAL

*tres ensayos
en la página 3*

*artes * espectáculos * turismo*

Director
FERNANDO BENITEZ
Director artístico
VICENTE ROJO

MORELOS M. 804
TELÉFONO 10-97-0

SAVONAROLA ENTRE LOS BANQUEROS

Destrucción de la obra de Camarena, página 6

Suplemento de NOVEDADES
AL MEJOR DIARIO DE MEXICO



DESCUBRIMIENTOS EN TEOTIHUACAN

Crónica de Gastón García Cantú

A principios de este año, Laurette Sejourné descubrió una parte de sus investigaciones en Zacuala. Las paredes extenuadas revelaron un hermoso testimonio del mito de Quetzalcóatl y la suntuosidad de la vida civil en Teotihuacan. En los muros, pintados con oficio incomparable, Laurette Sejourné ha corroborado algunas de sus hipótesis y las ideas y el entusiasmo religioso en el México antiguo. Sus conclusiones, más la belleza de las pinturas, hacen singular su descubrimiento. Las pinturas de Zacuala lo representan, como las desaparecidas en el Templo de la Agricultura, las deidades sacerdotales o los descendientes de *utli*, *yanitli* y copal ante dos túmulos; ni, como en la Casa de los Barrios, en Teopancazco, un guerrero con sus dados inofensivos y su túnica ceremonial o el canchero ante el disco solar. Tampoco ilustran, como en Tepanahua, la leyenda "de los

que han llegado a la mansión de Tláloc". No hay, en los muros de Zacuala, un sacerdote, como el de Teotihuacan, disfrazado de tigre, con su bolso de semillas en las manos; ni otros hombres, con yelmos de jaguar y uñas teñidas de rojo; no existe un marco de serpientes enlazadas con la imagen de la deidad "mediante la cual se criaban todas las yerbas, árboles y mantenimientos". No se halló, tampoco, la mano del dios invisible sobre un muro o los escudos de plumas y escudos con la flor aromática; ni mucho menos, como en La Presa, figuran el tigre y el coyote en su ruta subterránea, oclado el espacio con los elementos religiosos. En Zacuala se hallaron otros testimonios que enriquecen, con los ya conocidos, el mensaje que ilumina al hombre antiguo y explica la armonía de su mundo interior.

Sigue a la Vuelta

Dibujos de

Abel Mendoza





THE TREE OF MODERN ART

PLANTED 60 YEARS AGO

CRÍTICA

PP. 138-140 ADRIANA MALVIDO

PP. 141-142 ADOLFO CASTAÑÓN

PP. 143-145 JACOBO ZANELLA

PP. 146-149 ENZIA VERDUCHI

PP. 150-154 HUGO JOSÉ SUÁREZ

Miguel Covarrubias Duclaud, *The Tree of Modern Art, Planted 60 Years Ago*, 1940. © de la sucesión del artista.

(136–154)

Decisiones que hacen la diferencia

ADRIANA MALVIDO



Asunción Álvarez del Río,
*Por un buen final. Saber
qué hacer para morir con
dignidad*, Palabras y
Plumas Editores, Ciudad
de México, 2025.

Cuando se habla de eutanasia generalmente se piensa en la muerte. Luego de leer *Por un buen final. Saber qué hacer para morir con dignidad*, de Asunción Álvarez del Río, la niebla se disipa y nos permite afirmar que éste es un libro sobre y para la vida.

Página tras página, leerlo se convierte en un ejercicio para pensarla: cómo la vivimos, cómo elegimos, cómo escribimos nuestra propia historia. Podemos planear casi todo, menos nuestra muerte. Esta obra nos abre una ventana construida en el marco de la ética para pensar en el final e imaginar que podemos incidir en nuestros últimos días y en los de quienes nos rodean de modo que valores luminosos, como la dignidad y la libertad, tomen el lugar del miedo y la niebla.

El nuevo libro de Asunción (Palabra y Plumas Editores, 2025) nos muestra, una vez más, que a pesar de los fascinantes adelantos de la medicina y la tecnología con miras a alargar la vida de las personas, hay, en todos los hospitales del mundo, gente que muere mal, en soledad, con un respirador como única compañía o en la gélida sala de terapia intensiva. Gente a la que le han arrebatado sus últimos momentos y que hubiera podido, a pesar del sufrimiento, morir mejor: acompañada, consolada, respetada.

La muerte como experiencia humana ha ocupado la atención de la autora durante más de treinta años. Es maestra en Psicología y doctora en Ciencias en el campo de bioética por la UNAM, donde es profesora e investigadora

del Departamento de Psiquiatría y Salud Mental de la Facultad de Medicina. Sus líneas de investigación incluyen la muerte en la práctica médica y los dilemas éticos de las decisiones sobre el final de la vida. Es nivel II del Sistema Nacional de Investigadores y miembro de la Academia Nacional de Medicina. Ha sido presidenta del Colegio de Bioética, de Libertad para Morir A.C. y de la World Federation of Right to Die Societies. Autora de cuatro libros más, participa en organismos nacionales e internacionales de bioética y, constantemente, realiza viajes alrededor del mundo para estar al día en todo lo que tiene que ver con la vida y el momento de la muerte.

Asunción ofrece, en su libro, resultados de una investigación que va más allá del ámbito teórico y académico. Recorre hospitales, indaga cómo viven los pacientes terminales, cómo se relacionan con médicos y familiares en su agonía, habla con todos ellos y abre las puertas de su labor científica a la subjetividad porque, afirma: “los sentimientos que presentan los enfermos son expresiones del significado personal que cada individuo da a su mundo, a su vida, a su muerte, a la experiencia de enfermarse y a sus relaciones”.

Su mirada también recorre la bibliografía, la literatura, la cinematografía y las formas de narrativa (de ficción y no ficción) más diversas que existen hasta ahora sobre la muerte médicamente asistida (MMA). En sus páginas, aquello que es complejo, como el funcionamiento del cerebro y del corazón humano frente a la muerte; y aquello que podría ser árido, como las legislaciones, los debates y las políticas públicas de distintos países, se lee no sólo con claridad y sencillez, sino como resultado del trabajo de una pluma informada, plural, delicada y respetuosa.

Su escrito nos sienta, a la luz de la ética, en la mesa de las voces más autorizadas para introducirnos a los argumentos más lúcidos a favor y en contra de la eutanasia y del suicidio asistido; expone todas las situaciones imaginables a partir de historias reales de seres de carne y hueso, con nombre y apellido, para demostrar que cada persona es tan distinta como única e irreplicable. Incluye testimonios que muestran muchos de los factores presentes en los últimos instantes de vida: la rela-

ción médico-paciente, la familia, los afectos, la legislación en turno, el papel de la tecnología y el universo de las emociones que tanto nos determina.

Las y los lectores comprenderán qué se entiende por muerte digna, limitación de esfuerzo terapéutico, cuidados paliativos, voluntad anticipada y muerte médicamente asistida. Les quedará claro también qué es la eutanasia: cuando el médico realiza la acción que causa la muerte a petición del enfermo. Y qué es el suicidio médicamente asistido: cuando el personal de salud le proporciona al paciente medicamentos letales para que él mismo se los administre y, entonces, pueda morir en paz y sin sufrimiento.

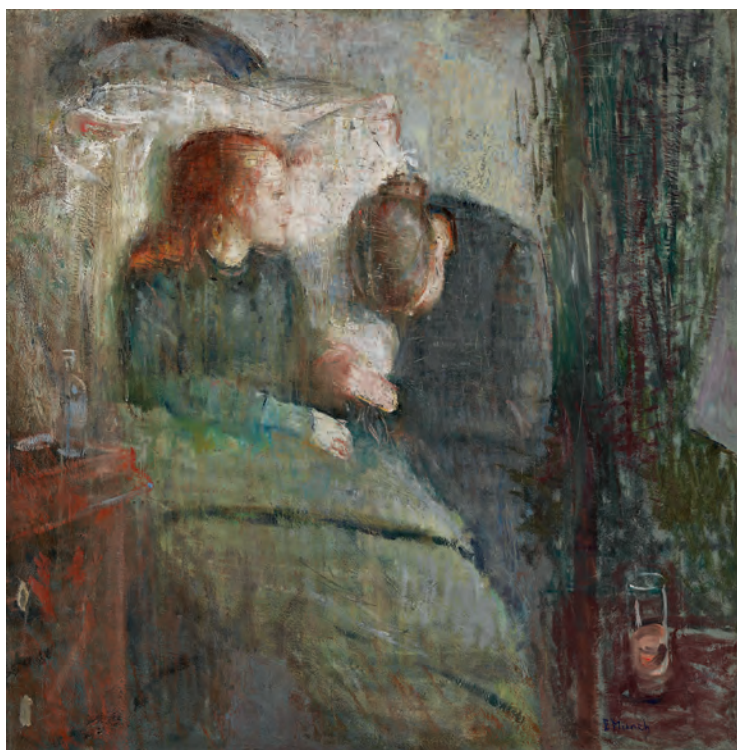
Como docente en la UNAM a lo largo de tres décadas, como investigadora de tiempo completo y como autora, Asunción se ha dedicado a sensibilizar a estudiantes y profesionales de medicina en torno al tema de la muerte. En los hospitales dialoga con los pacientes terminales, pero también con los médicos; responde las preguntas que se hacen ante situaciones críticas y escucha el conflicto de su misión de salvar vidas frente a un caso sin es-

peranza, esto es, la lucha entre su deber de prolongar la vida y el compromiso por aliviar el intolerable sufrimiento. Les invita a revisar la ética de su oficio y su relación con personas enfermas y familiares; además, los exhorta a no dejarse llevar por la tecnología actual que promete alargar la vida indefinidamente. Propone una mayor capacitación pues observa que hay muchos doctores y enfermeras que parecen ajenos al debate mientras luchan por salvar vidas todos los días olvidando, a veces, que se trata de personas. Es decir, nos recuerda que la muerte, el momento más íntimo de nuestra vida, es, en realidad, un evento colectivo.

No discutir el tema, advierte Asunción, seguir aparentando que el problema no existe, implica dejar la práctica en la clandestinidad con todo lo que ello implica: inseguridad y descontrol. Una cosa es el derecho a vivir y otra la obligación. Una cosa es optar por la terminación de la propia vida en la ilegalidad, con la carga emocional del enfermo, la familia y el médico, y otra es, a pesar del dolor, saber que tenemos derecho a elegir cómo no queremos vivir, saberse acompañado, ayudado por un médico que proporcione un método seguro y no violento, y que comparta la responsabilidad de la decisión en el marco de una aprobación social y legal.

La autora propone debatir cuestiones como las siguientes: ¿un paciente tiene derecho a decidir sobre la terminación de su vida?, ¿tiene derecho a pedir a un médico ayuda?, ¿el médico tiene alguna obligación de responder a esa petición? y ¿el Estado tiene que respaldar los derechos del paciente y el deber del médico?

Asimismo, invita a revisar, desde la perspectiva médica, otros aspectos como el reconocimiento de la autonomía del paciente y su derecho a la información y a tomar decisiones sobre su vida. Para muchos doctores, ayudar a morir va en contra de la esencia de la medicina porque piensan que ésta debe encaminarse a curar y a



Edvard Munch, *La niña enferma*, ca. 1885-1886. Nasjonalmuseet, Oslo.

prolongar la vida de los enfermos, aun cuando se hayan agotado todas las vías de tratamiento. Sin embargo, para algunos, la eutanasia es la última acción con la que pueden ayudar y acompañar a su paciente; suelen citar a los griegos: “Hay que mantener la lucha por el enfermo cuando se ha perdido la batalla contra la enfermedad”.

Una de las mayores virtudes de *Por un buen final* es la riqueza de historias que contiene. Es decir, a través de episodios reales, vividos por seres humanos de nacionalidades distintas, nos acercamos a temas éticos y legales, a los mitos y las leyendas, a las posturas de las iglesias y de las religiones y a las preguntas más comunes que nos surgen ante estas cuestiones. Nos asomamos a los países en donde está permitida la eutanasia y a aquellos donde se ha legalizado el suicidio médicamente asistido. Asimismo, nos acercamos a los debates que antecedieron el ejercicio legal de tales libertades y a la manera como funcionan en la práctica, así como a los dilemas que se enfrentan los involucrados en los momentos decisivos. La autora pone de relieve otras implicaciones como la autonomía y la asunción de “la responsabilidad que tenemos sobre la última etapa de nuestra vida”.

En el libro los datos estadísticos más recientes cobran rostro humano y piden a gritos atenderse. Son impresionantes las cifras sobre el aumento del suicidio en las últimas décadas. Se trata de la tercera causa de muerte en el mundo entre jóvenes de quince y diecinueve años y, en nuestro país, constituyen el treinta por ciento del total. Otro dato indica que el acceso a cuidados paliativos que brindan una atención completa a los pacientes sólo está disponible para el catorce por ciento de la población mundial. Además, ve con detalle la situación en México; uno de los datos de mayor relevancia es que, según las encuestas más recientes, entre un setenta y un ochenta por ciento de la población mexicana estaría a favor de que un paciente pueda recibir ayuda para morir cuando la solicite porque el sufrimiento que le causa su enfermedad es insopportable. Como dice la autora: “la sociedad está mucho más preparada que los políticos para avanzar en el respaldo legal de las libertades individuales”.

Por un buen final se escribe en una época cuando la esperanza de vida ha aumentado, aunque no necesariamente su calidad. De ahí la urgencia de formar a más especialistas en cuidados paliativos, ampliar las opciones para el paciente y sus seres cercanos al final de la vida y revisar las políticas públicas y los recursos que las garanticen.

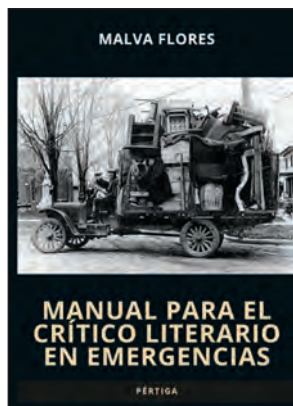
He leído cada uno de los libros que Asunción ha escrito sobre el tema: *La eutanasia* (Conaculta, 1998), en coautoría con Arnoldo Kraus; *Práctica y ética de la eutanasia* (FCE, 2005), que hoy circula en formato digital; *Un adiós en armonía* (Grijalbo, 2015), escrito con Elvira Cerón Aguilar, y *Decisiones médicas sobre el final de la vida en pacientes con enfermedad de Alzheimer* (Fontamara, 2017) con José Isaac González y Joaquín R. Gutiérrez. *Por un bien final* es la continuación de todos ellos, en la que ninguna cuestión queda fuera y para cada una nos comparte una historia, película, documental, libro, testimonio o referencia que ilumina la lectura.

Si contar con las palabras y entender los términos en el momento determinante puede hacer toda la diferencia, si lo que se busca es que el paciente se apropie de las últimas decisiones de su vida y pueda expresarlas, este libro es imprescindible. Lo es, también, para socializar el tema, comprender los debates y las iniciativas legales. Merece, pues, un lugar en cada casa compartida, en universidades, hospitales y consultorios. Es justo que llegue a manos de quienes comprenden que, como dice Asunción, “es preciso estar muy conscientes de que para realmente poder elegir, hay que ocuparnos y prepararnos mientras podemos”. ❧

Esta reseña constituye una adaptación del prólogo del libro *Por un buen final*.

Reordenar la biblioteca

ADOLFO CASTAÑÓN



Malva Flores,
*Manual para el crítico
literario en emergencias*,
Universidad
Veracruzana-
El Equilibrista,
Ciudad de México, 2024.

Gracias a Malva Flores por el *Manual para el crítico literario en emergencias*, breviario que será útil para los lectores que se encuentren en una situación difícil, pues su autora apuesta por las luces en esta hora de penumbra, más peligrosa que la misma oscuridad. Su conjunto de ensayos es una ensalada con mucho sabor, sazónada con diversos condimentos, en las que lo privado y lo público, lo académico y lo polémico coinciden con música y gracia.

Ludwig Wittgenstein apunta en su “Cuaderno azul” que, en el fondo, la resolución de un nuevo problema filosófico parte de un hecho muy simple: la reorganización o redistribución de los libros en una biblioteca. Dice así el filósofo austriaco:

Cada problema nuevo que surge puede poner en cuestión la *posición* que los resultados obtenidos a partir de los materiales previos han de ocupar en el cuadro final. Y deberíamos decir que deben ser ubicados en un medio diferente.

Imagínese que tenemos que arreglar los libros de una biblioteca. Cuando empezamos, los libros yacen en altos montones sobre el suelo. Ahora bien, habría diferentes formas de irlos sacando y de ponerlos en su lugar. Una sería tomar los libros uno por uno y poner cada uno en el estante que le corresponde. Por otro lado, cabría tomar varios libros del piso y ponerlos

en una hilera en una de las estanterías, simplemente para señalar con eso que esos libros deberían ir juntos en ese orden. En el curso del ordenamiento de la biblioteca, todo este grupo de libros tendría que cambiar de lugar. Pero sería un error decir que el haberlos puesto antes juntos en uno de los estantes no representó ningún paso en vistas del resultado final. En este caso, de hecho, sería bastante obvio que el haber puesto juntos unos libros representó un logro definitivo, a pesar de que toda la fila tuviese que ser desplazada. Pero algunos de los grandes logros en la filosofía solamente caben ser comparados con este tomar algunos libros que parecían pertenecerse en un conjunto y que fueron puestos en estanterías diferentes: no había nada final en relación con su posición más que el hecho de que ahora ya no están uno junto al otro. El observador que no conozca la dificultad de esta tarea puede pensar que en este caso nada se ha logrado. La dificultad en filosofía estriba en decir solamente aquello que sabemos. Es decir que cuando hemos puesto dos libros juntos en el orden adecuado, no por ello los hemos puesto en su orden final.¹

Esta cita del filósofo austriaco me parece pertinente para situar el *Manual para el crítico literario en emergencias* (MCLE), que consta de cinco grandes apartados: “No hay pedagogía más eficiente, aunque brutal y dolorosa, que una mudanza intempestiva...”, “Lo único que importa es la escritura”, “Lee y combate a los teóricos en el poder”, “Las ‘obras maestras desconocidas’ ¿fueron obras maestras?”, “Salva lo que te salve”.

Cada sección incluye diversas piezas. El más articulado de los ensayos es, desde mi punto de vista, “Neruda en este planeta llamado Tierra”. Los otros textos me recuerdan un poco otros libros de la autora (como el publicado

1 Ludwig Wittgenstein, *The Blue and Brown Books*, Basil Blackwell, Oxford, 1958, pp. 44-45. La traducción es del autor de este texto.

por Bonilla Artigas, *Sombras en el campus*) así como sus “batallas en el desierto” en las redes sociales y la vida universitaria. “La generación Caníbal y lo que siguió” me trajo a la memoria una anécdota personal que tuve con una mascota, nuestra perra Falula. Un día, en Tlayacapan, compramos barbacoa y decidimos comerla en casa para compartirla con la mascota, pero ésta se había escondido y no quiso ni acercarse. Un par de días después nos contaron que en el pueblo se decía que la carne no era de chivo, sino de perro. La anécdota tiene que ver con la práctica ritual de la antropofagia y su proyección en el ámbito literario. El tema de las redes sociales me lleva a la reflexión en torno a la relación entre el exhibicionismo de la experiencia literaria propia a través de Facebook y la crisis de identidad y valores. Creo que esta envolvente manía de dar a conocer el día a día, la hora y el minuto de la experiencia literaria puede resultar enormemente peligrosa en el ámbito de la crítica y de la teoría literaria.

Reparo en un detalle que me parece pertinente aclarar. En la página 155 de *Manual*

para el crítico literario en emergencias se citan unas líneas del Quijote, en la edición dirigida por Francisco Rico,² quien anota que la frase “donde les sucedió cosas que a cosas llegan” significa “muchas y muy importantes cosas” (p. 694); además apunta, en una nota sobre el Toboso, que “tenía unos novecientos vecinos; pero, por ser la residencia de Dulcinea y contemplada con los ojos de DQ, había de ser una gran ciudad, para ser digna de ella”.

El libro de Malva Flores se da como un pacto imposible, o al menos muy difícil, entre memoria personal, experiencia literaria y valoración crítica. Algunos críticos comparan las obras literarias con los vinos de mesa y piensan que algunas envejecen mejor que otras. No sé hasta qué punto el *MCLE* resista el paso de los años o si habrá que clasificarlo como un vino joven. Independientemente de ello, y si alguna vez el libro llega a reimprimirse, sería oportuno que contase con un índice de autores.

Volviendo a Ludwig Wittgenstein, ignoro si este libro me ayude a reorganizar mi biblioteca. En cualquier caso, me insta a redondear el retrato con paisaje que tengo de la poeta, editora, investigadora y crítica que es la infatigable Malva. El título no ha pasado desapercibido; tengo a la mano tres referencias: lo ha saludado en *Letras Libres* Fernando García Ramírez en marzo de este año, en la revista *Crítico* Pablo Sol Mora escribió sobre él y en el periódico *Reforma* lo hizo el analista Jesús Silva-Herzog Márquez el martes 12 de marzo. ¶¶



Marcel Duchamp y Francis Picabia, *L.H.O.O.Q.*, 1919. Wikimedia Commons ©.

2 Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Instituto Cervantes-Editorial Crítica, Madrid-Barcelona, 1998, dos tomos.

“Fuego negro sobre fuego blanco”

JACOBO ZANELLA



Roberto Calasso, *El libro de todos los libros*, Anagrama, Barcelona, 2024.

Una de las discusiones que aparece en *Conversaciones con Mario Levrero*, de Pablo Silva (2008), tiene que ver con la práctica de la crítica literaria: Levrero argumenta su rechazo a la manera en que ésta puede llegar a ser una actividad “improductiva”. Hace referencia a un “alma” del texto, cómo debería conectarse directamente con el alma del lector, sin intermediarios, y cómo muchos críticos llegan a impedir esa conexión. Acerca del posible efecto de la crítica sobre el trabajo propio, dice: “Los grandes aportes llegan casi exclusivamente de los amigos”. Y expone lo siguiente: “Una crítica bibliográfica debería informar escuetamente que salió tal libro, que tiene tantas páginas, que cuesta tanto y, en todo caso, que el autor escribió además tal cosa y tal otra. Si se quiere, transcribir un fragmento del comienzo (que es muy útil para calibrar mentalmente el conjunto)”. He complementado esta propuesta formal con otras variables inspiradas por la lectura del mismo libro de Levrero.

Anagrama (Barcelona, 1969) publica en 2024 el ensayo *El libro de todos los libros*, de Roberto Calasso (Florencia, 1941-Milán, 2021), quien, al momento de publicación del original en italiano (2019), tenía 78 años. El libro forma parte de la colección Panorama de Narrativas (1139) y tiene las siguientes características: tapa blanda con solapas, 14 x 22 centímetros, 496 páginas, \$ 475, traducción al español de Pilar González Rodríguez.

EPÍGRAFE: Así, libro tras libro, el libro de todos los libros podría mostrarnos lo que se nos ha dado para que intentemos entrar en él como en un segundo mundo y ahí nos perdamos, nos iluminemos y nos perfeccionemos. — Goethe.

PRIMER PÁRRAFO DEL LIBRO: Novecientas setenta y cuatro generaciones antes de que el mundo fuera creado, fue escrita la Torá. ¿Cómo? Con fuego negro sobre fuego blanco. Era la hija única de Yahvé. El padre quiso que viviera en tierra extranjera. Los ángeles oficiantes le dijeron: “¿Por qué no se queda en el cielo?”. Yahvé respondió: “¿Qué os importa a vosotros?”. Se acercó a un rey que tomó a su hija como esposa. Yahvé le dijo: “Te he dado a mi única hija. No puedo separarme de ella. Pero ni siquiera puedo decirte que no la tomes, porque es tu esposa. Concédeme tan sólo esto, que dondequiera que vayáis haya una habitación para mí”.

ÍNDICE: 1. La Torá en el cielo; 2. Saúl y Samuel; 3. David; 4. Salomón; 5. Impías alturas; 6. Los que se marcharon; 7. Moisés; 8. Un espectro irredento; 9. Las primeras generaciones; 10. Ezequiel ve; 11. En torno al templo destruido; 12. El Mesías; Fuentes; Créditos; Índice de nombres, lugares y obras.

SUBRAYADO 1: Toda la Biblia, aun con su multiplicidad de redactores, de épocas y de estilos, adquirió un carácter compacto y simultáneo, como el perfil de un individuo. Cada versículo se disponía *al lado* de otro, todos necesarios, todos equiparados por su pertenencia al Libro.

En la prosa bíblica innumerables oraciones comienzan con *vav*, “y”, desde las primeras palabras del Génesis. Las traducciones suelen ignorarlo o respetarlo esporádicamente o en algunos casos recurren a un “así”, un “mientras tanto” o un “entretanto”. Pero ese *vav* es una manera de marcar el tiempo. Lo que sucede se presenta en bloques toscos y angulosos, yuxtapuestos en una irreprimible parataxis. Y el secreto de la parataxis es que permite no explicar. Por lo general, se omiten las motivaciones. No porque se niegue la coherencia lógica, sino porque cada acontecimiento aparece envuelto en una maraña de antecedentes que no se puede desenmarañar. El *vav* bíblico tiene una función no menos sig-

nificativa que la del *iva* védico, “por así decir”, aunque sea completamente divergente en su función. Si *vav* acerca todos los sucesos al mismo plano, *iva* permite afirmar que cualquier cosa es también, “por así decir”, otra cosa. Lo que se produce son bifurcaciones constitutivas en la denominación. (Del capítulo 6. “Los que se marcharon”, páginas 165-166.)

SUBRAYADO 2: El pasado es accesible a través del estudio, es decir, a través del conocimiento de las *fuentes*, o sea, de sus huellas, no mnemónicas, pero sí tangibles (huesos, estatuas, escrituras). O también —y es la única posibilidad alternativa— mediante narraciones míticas, es decir, mediante narraciones que no se pueden situar en una línea temporal. Darwin, con *The Descent of Man*, y Freud, con *Tótem y tabú*, inventaron un híbrido entre las dos posibilidades. Sus teorías antro-

pológicas, y también sus narraciones, fueron pronto desmentidas y abandonadas. Pero la forma del híbrido se mantuvo intacta y, de hecho, se desarrolló ampliamente durante todo el siglo XX, asumiendo muchas formas diferentes. Y ello ha contribuido en gran medida a ocultar la espinosa cuestión de si el acceso al pasado es, a fin de cuentas, *posible*. Si el pasado pierde o atenúa su carácter de extrañeza, será más fácil que su imagen se aproxime a una duplicación del presente. Entonces el pasado tenderá a parecerse, en la medida de lo posible, a aquello que es conocido y dominable. Pero habrá perdido su elemento distintivo, que es la ausencia. Será entonces evidente que la profusión de especulaciones sobre la *memoria cultural* ha cumplido a menudo la función de un eufemismo con el que velar el estado de las cosas, que por sí mismo es dramático



Miler Lagos, *Pie de amigo*, 2010. Cortesía del artista.

y no ofrece respuestas inmediatas. El pasado subsiste y actúa, pero violentamente. No cabe duda. Pero nadie es capaz de explicar todavía cómo actúa. Y en ocasiones surge la sospecha de que los conocimientos más útiles se encuentran donde se choca con esta invencible imposibilidad. (Del capítulo 8. “Un espectro irredento”, páginas 291-292.)

PRIMERAS LÍNEAS DE LA CONTRAPORTADA: Entre las varias aventuras intelectuales que emprendió a lo largo de su vida el mítico editor Roberto Calasso, tiene especial relevancia su empeño en volver a contar y analizar la cultura universal, en un vasto proyecto a medio camino entre la narración y el ensayo que inició con *La ruina de Kasch*. Este volumen dedicado al Antiguo Testamento y la Torá es la décima entrega de esa magna obra total.

El autor relata, aportando su mirada singular, historias bíblicas como las de los reyes de Israel —Saúl, David y Salomón— o episodios como los de la reina de Saba o la huida a Egipto. Calasso traza un recorrido que va desde la creación del mundo por Yavé hasta la figura del Mesías. Fiel a su estilo, narra y estudia mitos centrales de nuestra cultura con un impresionante despliegue de erudición.

LAS NUEVE ENTREGAS PREVIAS DE CALASSO EN ESTA SERIE: *La ruina de Kasch*, *Las bodas de Cadmo* y *Harmonía*, *Ka, K.*, *El rosa Tiepolo*, *La Folie Baudelaire*, *El ardor*, *La actualidad innombrable* y *El Cazador Celeste*.

DE UNA RESEÑA DE JOHN BARTON, *TIMES LITERARY SUPPLEMENT*: Su objetivo es vincular el pensamiento mitológico con la cultura de la modernidad en Europa.

EL LIBRO PODRÍA DIALOGAR CON: *Pensamientos* de Pascal, 1670; *El libro de J* de Harold Bloom, 1990; *The Book of Genesis. A Biography* [El libro del Génesis. Una biografía] de Ronald Hendel, 2012; *A Time for Everything* [Un tiempo para todo] de Karl Ove Knausgård, 2004.

LIBROS DEL MISMO AUTOR PUBLICADOS JUSTO ANTES DE ÉSTE: *La actualidad innombrable* (ensayo, Anagrama, Barcelona, 2018, 176 páginas, publicado originalmente en 2017). El libro se divide en dos partes contrapuestas: en la primera, Calasso hace una breve historia del origen del terrorismo islámico; la se-

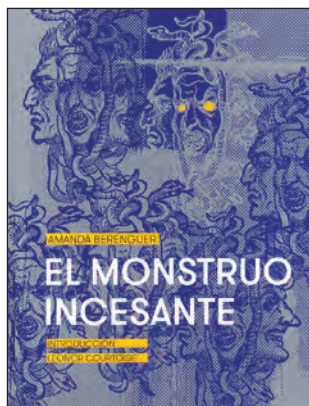
gunda es una secuencia de instantáneas que van de 1933 a 1945: todo lo que sucedió aquellos años —una tentativa de autodestrucción parcialmente exitosa— se convirtió en la base de todo lo que siguió. *El Cazador Celeste* (ensayo, Anagrama, Barcelona, 2020, 424 páginas, impreso en italiano en 2016). Las historias del Cazador Celeste tejen la trama de este libro e irradian en múltiples direcciones: desde el Paleolítico hasta la máquina de Turing, pasando por la Grecia antigua y Egipto y explorando las múltiples conexiones latentes en el seno de un territorio a la vez único e ilimitado, la mente. (Descripciones de los editores.)

PROLIFICIDAD: Desde 1971 hasta 2024 se publicaron casi treinta títulos del autor (cuatro de manera póstuma), la mayoría ensayísticos. Gran parte de esta bibliografía se encuentra disponible en español y algunas de sus obras aún están en proceso de traducción.

COLECCIÓN: El libro está publicado en la colección Panorama de Narrativas de Anagrama (“La más interesante narrativa internacional contemporánea [...] bajo el criterio único de la calidad literaria”), entre estos otros: *Los dos Beune* de Pierre Michon (1138) y *Orbital* de Samantha Harvey (1140). ¶¶

Apuntes sobre una biografía sucinta

ENZIA VERDUCHI



Amanda Berenguer, *El monstruo incesante*, introducción de Leonor Courtoisie, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM, Ciudad de México, 2024.

En enero de 1990, a instancia de Ángel Flores, profesor y traductor puertorriqueño afincado en Estados Unidos, Amanda Berenguer redactó una “autobiografía” que forma parte del sexto y último tomo de la enciclopedia *Spanish American Writers*. Posteriormente, el escrito se incluyó en *El monstruo incesante. Expedición de caza*, un libro que incluía una sección de reportajes y notas, así como entrevistas a periodistas, críticos literarios y escritores uruguayos; otro apartado más, “Dialéctica de la invención”, retomaba una conferencia dictada por la poeta en 1965, a solicitud del crítico Ángel Rama, y cuyo título original era “Ateneo del Uruguay”. Esta recopilación apareció en julio de 1990 en la mítica editorial uruguaya Arca, fundada en 1964 por José Pedro Díaz, esposo de Amanda, y los hermanos Ángel y Germán Rama. Este proyecto fue el principal difusor de la literatura uruguaya de la segunda mitad del siglo XX. Además, durante la dictadura cívico-militar, las oficinas de Arca y su taller de impresión se convirtieron en peña literaria, refugio cultural y frente de resistencia.

El monstruo incesante de Berenguer es más que un “registro personal atravesado por una voz poética”, como indica la contratapa de esta edición de la colección Vindictas; se trata de un documento fundamental para comprender la historia de la literatura uruguaya del siglo XX, así como la cohesión y la propuesta de la llamada Generación del 45, formada por José Pedro Díaz, Amanda Berenguer, Ida

Vitale, Idea Vilariño, Julio C. da Rosa, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Manuel Flores, María Inés Silva Vila, Mario Arregui, Carlos Real de Azúa, Carlos Maggi y Alfredo Gravina.

Pero a Berenguer no le gustaba encasillar a sus contemporáneos bajo el mote de “Generación del 45”. En una entrevista realizada por Ana Moraña para la revista *Brecha*, en enero de 1990, declara: “Me resisto al concepto de generación literaria, que etiqueta como si se tratara de una lata de conservas. Nada de envasados, hay que ser de los que están vivos. No tenemos más que un presente simultáneo”.

Lo cierto es que, como lo relata en *El monstruo incesante*, gracias al entusiasmo y a la generosidad del matrimonio que formó con José Pedro Díaz se creó y apuntaló la Generación del 45. La pareja abría cada domingo las puertas de su casa en la calle de Mangaripé (hoy María Espínola), creando el espacio para que se configurara el grupo literario que trabajó bajo el precepto, tomado de Leonardo da Vinci, de *Ostinato rigore* (o “la persistencia rigurosa”). Fue así como este colectivo de amigos y creadores se convirtieron en sus críticos más feroces.

El entusiasmo comenzó en 1944, cuando Díaz y Berenguer, recién casados, adquirieron esa “minerva prehistórica a pedal”, una prensa apodada “La Galatea”. En ese enorme y pesado aparato se imprimieron *Elegía por la muerte de Paul Valéry* (1945), primer poemario de Amanda, así como el libro debut de Ida Vitale: *La luz de esta memoria* (1949). Actualmente “La Galatea” es patrimonio nacional y a partir de 2013 se le puede encontrar en la Biblioteca Nacional de Uruguay, lo mismo que todo el archivo Berenguer-Díaz.

Es probable que a petición de Ángel Flores, y por razones de espacio para la edición del *Spanish American Writers*, *El monstruo incesante* se haya redactado como una autobiografía sucinta. Además, como bien señala Leonor Courtoisie en su introducción, Amanda Berenguer escribió y publicó esta breve memoria veinte años antes de su muerte, por lo que, naturalmente, muchos acontecimientos y experiencias no habían tenido lugar cuando fue encargada. Amanda relata a grandes sal-

tos los momentos felices e importantes de su vida, los que la marcaron para siempre, como su boda con José Pedro, en mayo de 1944, vestida de rojo y con un ramo de rosas también sanguíneas; la compra de “La Galatea”; la visita que hicieron Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí, en 1947, a la casa de Mangaripé; la reunión con José Bergamín en 1949; los encuentros en París, entre 1950 y 1951, con Pablo Neruda, Tristán Tzara y Paul Eluard, lo mismo que el velorio de André Gide, en el apartamento que ocupó en la Rue Vaneu; la visita a la casa de Antonio Machado en la calle de los Desamparados, en Segovia; y, claro, la gestación y el nacimiento, en 1954, de su único hijo, Álvaro Díaz Berenguer.

En las elipsis de esta narración hay momentos —referidos en otras obras— que parecen ofrecer respuestas a algunas inclinaciones; por ejemplo, Amanda y José Pedro se conocieron en 1938, cuando Berenguer comenzó a estudiar medicina, “pero, luego de no poder soportar una clase práctica de Historia Natural, cuya víctima era un conejo, su vocación se

había retirado y los dos asistíamos a clases de Preparatorios para Derecho”.¹ Eso explica, en parte, la imantación de la poesía de Amanda Berenguer por la ciencia y la tecnología, tópicos que le producían excitación y vértigo y que, a partir de finales de los sesenta, la llevan a investigar y a redactar una poética cada vez más distante de lo sentimental, creando así una poesía singular, completamente distinta a la que se escribía en Hispanoamérica, derivada del perfecto equilibrio entre inteligencia, lenguaje y ritmo. Así surgen poemas célebres, como “Las nubes magallánicas”, “La cinta de Moebius” y “Objeto volador no identificado”, pertenecientes a *Materia prima* (1966). Luego escribiría, bajo estas mismas premisas, los libros *Composición del lugar* (1976), *Identidad de ciertas frutas* (1983), *La botella verde* (1995) y *Poner la mesa del tercer milenio* (2002).

- 1 José Pedro Díaz, *Diario de José Pedro Díaz (1942-1956; 1971; 1998)*, edición, prólogo y notas de Alfredo Alzugarat, Ediciones de la Banda Oriental-Biblioteca Nacional, Montevideo, 2011, p. 52.



Labani Jangi, জমি / *El suelo*, s. f. Todas las imágenes son cortesía de la artista.



কুয়াশা ঢাকা হমন্তজ দখো / *Reunión durante el otoño cubierto de niebla*, 2020.

Se sabe que, mientras vivió, Emily Dickinson era más famosa por sus dotes culinarias que por su escritura. Berenguer comparte con la estadounidense habilidades como ama de casa y poeta. Además, ambas eran bajitas y menudas. Puedo dar fe de que la voz y los ademanes de Berenguer eran suaves, de una gran dulzura, y de que era una excelente conversadora; se dice que antes de su encierro —a los 33 años— Emily también lo fue. La admiración que Berenguer sentía por Dickinson fue la más trascendente y significativa entre sus predilecciones literarias. Aunque también fue asidua lectora de Vallejo, Darío, Neruda, el Conde de Lautréamont, Quevedo y Góngora, a ninguno de ellos le dedicó los años que a su admirada poeta. “El primer encuentro en los papeles data del invierno de 1959, cuando [Amanda] publica un artículo y sus primeras traducciones en las páginas literarias del semanario *Marcha*.”² Uno de los hiatos de

esta autobiografía nos priva de la explicación que ofrecía la poeta sobre la importancia y el uso de guiones empleados por Dickinson, así como la forma en que pueden conservarse en las traducciones a nuestra lengua. A partir del libro *Quehaceres e invenciones* (1963) es notable la influencia de la imprescindible poeta en Berenguer: “abandona el canto —el romance, la canción, la vidalita— y comienza a fracturar el verso, concentrado en la imagen. En una nueva relación óptica con el lenguaje, con otra visión, realza la posición de los objetos y el poder de los sustantivos. Encuentra en Dickinson la especulación del límite adentro/afuera...”³ Se trató, pues, de una amistad cómplice (la autora uruguaya siempre vio en la anglosajona una presencia viva) de más de cuatro décadas que pudimos conocer —apenas en 2013— en la versión al español de Berenguer de cincuenta poemas de Dickinson editados por la Biblioteca Nacional de Uruguay.

Hacia el final de *El monstruo incesante* la poeta dedica cinco párrafos a la más larga noche sudamericana: la Operación Cóndor, que

2 Emily Dickinson, *50 poemas*, edición e introducción de Ignacio Bajter, traducción de Amanda Berenguer, Biblioteca Nacional-Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo, 2013, p. 5.

3 *Op. cit.*

desapareció a más de treinta mil personas, de las cuales, durante la dictadura uruguaya, apenas 192 fueron oficialmente confirmadas como desaparecidas. Amanda relata que, por primera y única vez, publicó con seudónimo; agrega: “Los poemas no eran políticos y, sin embargo, había miedo intenso en el aire que respirábamos. La fuerza y la violencia generan miedo, y no me da vergüenza confesarlo. La lucha contra el miedo crea anticuerpos, una forma de resistencia contenida, memorizante, contra el sistema de terror impuesto”.

No todos los uruguayos pudieron escapar durante el llamado “Estado de guerra interno” de 1972 o después, cuando, tras un golpe de Estado, dio inicio el régimen cívico-militar que gobernó Uruguay entre 1973 y 1985. Cuatro de las poetisas más importantes en lengua española y de la literatura latinoamericana no se exiliaron mientras hubo dictadura. Para sobrevivir, soportaron un “insilio” que las llevó a experimentar, prácticamente, la existencia de quien mora en una isla. Me refiero a Amanda Berenguer, Idea Vilariño, Marosa Di Giorgio y Circe Maia.

Otra elipsis importante en *El monstruo incesante* es la referente a la destitución de su marido como catedrático de literatura francesa en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República. También omite la aventura editorial, junto a Carlos Maggi, que emprendió durante los primeros años de la dictadura: mediante las publicaciones de Club del Libro, de radio Sarandí, las familias Maggi y Díaz Berenguer lograron sostenerse económicamente algunos años. Tampoco da cuenta de una serie de conferencias que impartieron ella y su marido dentro y fuera del país.

En los años oscuros entre 1976 y 1981, Amanda mantuvo una sustancial correspondencia con Circe Maia. “El hijo de Amanda Berenguer y el sobrino de Circe Maia, Álvaro Díaz y Ciro Ferreira, en aquel entonces estudiantes de medicina y compañeros de facultad, dieron lugar al intercambio.”⁴ No podemos

pasar por alto que Circe, tal como le ocurrió a José Pedro, fue destituida en 1976 de su cargo como profesora de secundaria en Tacuarembó y su marido fue arrestado y estuvo preso en Salto. Este intercambio es tan cardinal que Amanda le mostró un puñado de sus traducciones de Dickinson a su amiga, un acto de confianza que tenía reservado para José Pedro.

Reflexiono sobre lo que podría pensar Amanda Berenguer cada vez que Álvaro Díaz, su hijo, salía hacia la Facultad de Medicina, en el barrio de la Aguada. En ese entonces, su hijo tenía la edad y la pinta para ser apresado por los militares.

Sí, “la lucha contra el miedo crea anticuerpos”, dice Amanda en *El monstruo incesante*, pero el miedo fue tan miedo que Berenguer, así como Vilariño, Maia y Di Giorgio, no pudieron escribir versos sobre el horror inmediato o crearon un lenguaje alterno, aunque algunos de sus poemas fueron musicalizados por Daniel Viglietti, Alfredo Zitarrosa o Los Olimareños. El miedo fue tan miedo que es hasta 1988 (un año después de que los militares dejaran el poder) que Amanda Berenguer publica *Los signos sobre la mesa*, aunque lo escribiera a finales de 1985. Se trata de uno de los poemas más desgarradores sobre los torturados por las bestias de la Operación Cóndor: “¿que metáfora podría trasladar/ el trueno degollado de dolor/ y poner los signos sobre la mesa?”. Y aunque Amanda escribe “La poesía nos desborda, avasallante: es conocimiento revolucionario. [...] El lenguaje es valiente y hermoso, resplandece”, todavía en 1990 siente miedo, tan sólo de acordarse, y lo confiesa.

Amanda Berenguer, como otras de sus colegas, como toda una generación, logró sobrevivir gracias a la palabra. Por ello afirma: “Mi biografía es una sucesión de acontecimientos con el lenguaje. No tengo más”. *AM*

4 Ignacio Bajter, “Circe Maia/Amanda Berenguer: poéticas por carta”, *Lo que los archivos cuentan. Revista del Departamento de investigaciones de la Biblioteca Nacional de Uruguay*, Biblioteca Nacional, Montevideo, núm. 5, 2017, p. 300.

El Eternauta y la crítica de la dominación

HUGO JOSÉ SUÁREZ



Cartel de la serie *El Eternauta*, 2025.

Recientemente se estrenó la serie *El Eternauta* en Netflix. El éxito ha sido rotundo, desde el récord en ventas de la historieta original hasta las reacciones y reseñas en múltiples medios. Pero la pregunta es: ¿qué queda de la magnífica obra de Héctor Germán Oesterheld en la adaptación televisiva? Es un tema que debe evaluarse desde múltiples dimensiones.¹

Empecemos por situar a Oesterheld, uno de los creadores más fecundos de mediados del siglo XX en Argentina. Si bien se sabe que nació en Buenos Aires el 23 de julio de 1919, no se conoce con precisión la fecha de su muerte porque fue secuestrado en abril de 1977 y asesinado —junto con su familia— en el transcurso de 1978 por la dictadura militar. Fue encargado de prensa del grupo guerrillero Montoneros, lo cual quiere decir que concebía su trabajo tanto como un acto de creación como un instrumento político. Su soporte narrativo fue la historieta, que cultivó y difundió de distintas formas, con numerosos personajes y diversas intenciones.

A partir de la década de 1950, participó en iniciativas editoriales y colaboró con revistas como *Hora Cero*, *Frontera* y *Misterix*; también publicó varios textos como *Sargento Kirk* (1953), *Ernie Pike* (1957), *El Eternauta* (1957-1959), *Sherlock Time* (1958), *La guerra de los Antartes* (1970), *Latinoamérica y el imperialismo* (1973-1974), *Vida y obra de Eva Perón* (1970), *Vida del Che* (1968), *Mort Cinder* (1962-1964) y otros más. Él era el guionista y los dibujantes, que eran los más creativos de la época, luego se convirtieron en íconos del cómic, como Hugo Pratt, Francisco Solano López, Alberto Breccia y Gustavo Trigo. Si bien ahora conocemos su obra reunida, antes sus tiras aparecían semanalmente, lo cual mantenía viva la expectativa del público que esperaba la siguiente edición.

El trabajo de Oesterheld tiene varias dimensiones, intenciones y formatos. Por un lado, es “un modelo para la educación, sobre todo, para la gente de menores recursos que no tiene acceso a los libros ni a la formación cultural elaborada”;² por otro, es una apuesta por la relectura de la historia a largo plazo.

Parte de esta doble intención se refleja en las biografías que escribió del Che Guevara y de Eva Perón, aunque quizás se plasma con mayor claridad en la historieta *América Latina, 450 años de guerra*, aparecida originalmente en el semanario *El Descamisado* de julio de 1973 a marzo de 1974. En la presentación del cómic se anuncia que “[se va] a contar la historia de cómo nos robó el imperialismo” y parte con una serie de preguntas que develan el horizonte de lectura:

¿Qué es el imperialismo? ¿Cuándo empezó a enviar sus lugartenientes, sus soldados, sus espías, sus “embajadores”, sus empresarios para dominar y explotar a los pueblos latinoamericanos? ¿De qué manera los invasores extranjeros —primero los españoles, después los ingleses y ahora los yanquis— se movieron y siguen actuando para controlar los gobiernos títeres de los

1 Algunas ideas de este texto fueron publicadas en *La Jornada Semanal* el 31 de marzo de 2013.

2 Héctor Germán Oesterheld y Leopoldo Durañona, *Latinoamérica y el imperialismo. 450 años de guerra*, Doeyo y Viniegra Editores, Buenos Aires, 2004, p. 1.

países del continente? ¿Cómo nos quitaron las riquezas, nos destinaron a la miseria, organizaron golpes, bajaron gobiernos populares, mandaron sus tropas asesinas para aniquilar las rebeliones de los pueblos?³

El autor argumenta que en el cómic se contará “nuestra verdadera historia. Cuál fue la realidad de nuestro pasado y cuál es la realidad de nuestro presente”. El documento entero refrenda la intención política e intelectual planteada desde un inicio: comienza revisando la invasión española y continúa con la rebelión de Túpac Amaru, la dominación e invasión inglesa, las luchas de resistencia y las batallas de la independencia republicana. Aunque no puede concluir su proyecto como lo había pensado, puesto que el repaso cronológico no llega a los años en que se escribió, algunas tiras sueltas sí refieren a la historia reciente y en ellas denuncia la violencia política en Argentina.

Otra manera en que Oesterheld plasma su militancia es vinculando sus relatos de ciencia ficción con pasajes y escenarios concretos de la vida política coyuntural. *La guerra de los Antartes*, publicada originalmente en la revista

2001 a partir de 1970 (reimpresa íntegramente en 1998), narra la invasión extraterrestre de los Antartes, una civilización más avanzada que la humana, con tecnología de guerra capaz de destruir ciudades enteras en cuestión de segundos. La guerra es desmedida y desigual, por lo que el sometimiento de los terrestres se logra casi sin resistencia. En el juego del poder y la negociación con los invasores, los países más poderosos llegan a un acuerdo, mientras que los del tercer mundo son dominados fácilmente, entregados y traicionados por los primeros.

Si bien la narración se inscribe en un relato de ciencia ficción, las evocaciones a su contexto son directas. El éxito de los Antartes se achaca no sólo a su superioridad tecnológica, sino también al “asesinato en masa de políticos, militares, hombres de ciencia, etc., que precedió a la invasión [...] in ningún político, militar o intelectual de la derecha, ningún reaccionario ha sufrido ataque alguno!”.⁴ Del mismo modo, cuando el autor cuenta la manera como los Antartes logran el control del planeta, vincula su historia con las dictaduras de los setenta: “una gran sombra de muerte, tristeza y opresión oscurece el cielo todo de Latinoamérica. Todos los países del gran continente han sido aplastados por un gigantesco pinochetazo, de un golpe ha sido aniquilada toda la posible oposición”.⁵ En la misma dirección, la referencia a la realidad política es clara, así como su simpatía por el socialismo: “ya empezaron a dismantelar el maravilloso mundo nuevo de países como Argentina, Cuba, Perú [que] estaban terminando de forjar el incontenible avance de estos países hacia el socialismo”.⁶

Para el autor, la realidad, la ficción y la posición ideológica se entrelazan de distintas maneras. En uno de los últimos pasajes de *La guerra* reproduce un diálogo que parece un corolario conclusivo: en la invasión, algunos terrestres plantean la posibilidad de llegar a un acuerdo con los Antartes toda vez que “la humanidad puede esperar enormes pro-



Héctor Germán Oesterheld con un ejemplar de *Hora Cero*, ca. 1957. Wikimedia Commons ©.

3 *Id.*, p. 5.

4 H. G. Oesterheld y Gustavo Trigo, *La guerra de los Antartes*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1998, p. 99.

5 *Ibid.*

6 *Ibid.*

gresos bajo su dirección, [pues] son mucho más avanzados que nosotros". El diálogo de un abuelo con su nieto resuelve la disyuntiva:

—Abuelito, ¿cuál será el precio que pagarán los hombres por obtener la paz?
—No lo sé, muchacho. Aunque me temo que el precio ha de ser terrible. Nada más hermoso que la paz cuando es justa y nada más triste cuando es injusta. Pensá en la paz que consiguieron los reyezuelos africanos hace cuatrocientos años a cambio de unas pocas cuentas de vidrio. Esa paz significó la esclavitud, siglos y siglos de humillación y llanto... ¿no será una paz parecida la que nos traen los Antartes?⁷

A pesar de que Héctor Oesterheld encarna la figura del intelectual que utiliza su talento y creatividad al servicio de un proyecto político, su trabajo va más allá de la denuncia, ya que toca los hilos más finos de la dominación. En *La guerra de los Antartes*, el control político se ejerce tanto mediante la fuerza física —por ejemplo, cuando un rayo elimina enormes poblaciones rápidamente— como a través de una “enfermedad” que logra disolver el cerebro. Cuando los Antartes descubren a alguien destacado intelectualmente, lo eliminan; es un plan para controlar cualquier forma de inteligencia que pueda poner en riesgo la dominación:

los Antartes saben muchas cosas que los hombres ignoran... seguro que captan desde lejos las ondas cerebrales... Sarabia era demasiado inteligente. Los Antartes lograron de algún modo captar su pensamiento... vieron que era hostil para ellos.⁸

Su poder omnisciente no sólo vigila lo que las personas hacen en público, sino que, además, se introduce hasta sus mentes: “¡quiero decir que todo tipo que piensa contra los Antartes está en peligro! ¡Los Antartes deben tener alguna computadora monstruosa que

vigila todo”.⁹ “Empiezo a darme cuenta... nuestros cerebros emiten ondas... los Antartes eligen... a los que planean algo peligroso para ellos [y] les licuan el cerebro.”¹⁰ Una vez subordinados, se les coloca un collar y se les hace actuar de acuerdo con la voluntad de los invasores.

En otro libro, Oesterheld construye el personaje Sherlock Time, el cual le explica a su amigo Luna que la gente pierde el control de su vida porque mediante ondas mentales se le obliga a “hacer lo que ellos quieran”.¹¹ El escritor exagera la tecnología de su tiempo e imagina un escenario en el cual la medicina puede realizar operaciones cerebrales capaces de anular la conciencia. Un doctor le expone su programa a un paciente que convertirá en un “ojos de plomo” así:

Tranquilo... no te haré sufrir... diciéndolo en pocas palabras, te injertaré en ciertas partes del cerebro porciones de materia gris que te sacaré de partes poco importantes de la materia encefálica. Te cambiaré los circuitos mentales, por así decirlo... y te desarrollaré al máximo la capacidad de ser manejado por otra inteligencia. Ya operado, seré yo quien pensará por ti... cuantas veces yo lo quiera tus pensamientos y sensaciones pasarán a mí sin que tú te des cuenta... Míralos... allí tienes a Elliot [...] es un ornitólogo especialista en pájaros marinos [...]. Todos sus cerebros son ahora míos... yo los he conquistado. Yo vivo, a “mi voluntad” la vida interior de un pintor, de un sabio, de un jugador de fútbol... Mi cerebro ya no está limitado por las paredes de mi cráneo [...]. Llegará a ser el centro de toda la vida intelectual de cuantos seres yo quiera... ¡mi poder no tendrá límite! Mi experiencia vital también será única: el mío será el primer pluricerebro del universo [...]. Dueño y señor de todos. Sin enemigos,

9 *Ibid.*

10 *Id.*, p. 104.

11 H. G. Oesterheld y Alberto Breccia, *Sherlock Time*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1997, p. 58.

7 *Id.*, p. 54.

8 *Id.*, p. 100.

sin nadie que pueda soñar siquiera [con] discutir mi poder... dueño y señor de todo como jamás lo fue señor feudal alguno.¹²

En *El Eternauta* también se describe una situación similar en la cual los Manos, invasores que provienen de una cultura más avanzada, llegan a la Tierra e instalan un rayo paralizante que “interrumpe ciertas conexiones nerviosas: el teledirector, según uno lo maneja, las reacomoda para ser dirigidas desde lejos, por ondas, o para que se restablezcan los circuitos normales”. En un momento, un ser humano pregunta si después de la operación podrá ser libre, el Mano responde negativamente: “[esto] quiere decir que sólo eres dueño de tu cuerpo..., pero no que eres libre

[...] sólo yo, cuando quiera, podré soltarte [...], cuando haya concluido con la *manificación* de vuestros cerebros [...], es decir, cuando vuestros cerebros piensen exactamente como nosotros, los Manos”.¹³

En su obra, Oesterheld explora la jerarquía del poder: los Manos, a su vez, son subordinados de otros seres más poderosos:

un día vinieron Ellos. Nos vencieron. Y para que por siempre quedáramos domesticados, nos insertaron la glándula del terror... Nos sacaron de nuestro planeta y nos llevaron a lejanos mundos. Nos usaron como fuerza de choque para conquistar otras razas [...]. Ellos quieren para sí el universo todo [...]. Ellos nos obligan a destruir y a matar a nosotros,

12 H. G. Oesterheld y Alberto Breccia, *Mort Cinder*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1997, pp. 60-61.

13 H. G. Oesterheld y Francisco Solano López, *El Eternauta*, *Clarín*, núm. 24, 2001, p. 163.



Fotograma de la serie *El Eternauta*, 2025.

los “Manos” que sólo vivíamos pensando en lo bello.¹⁴

Y más adelante:

con la glándula del terror los Ellos dominan a los “Manos”... Los “Manos” no pueden pensar en rebelarse... porque... apenas lo hacen, apenas sienten el lógico temor de la prudencia, la glándula del terror empieza a funcionar [...] y apenas [...] la glándula ha entrado en actividad sienten un terror mayor, lo cual excita aún más la glándula.¹⁵

Ante el escenario de una dominación compuesta tanto por la violencia física como por la psíquica, Oesterheld se pregunta sobre las salidas y las formas de resistencia. Por un lado, plantea la organización social como una solución posible, pero también apela a la imaginación. En la obra ya evocada, *Sherlock Time* le dice a Luna: “usted no es amigo de dejar volar el pensamiento por nuevos caminos. Teme que le pase lo que a las moscas, que por lanzarse a volar suelen terminar sujetas por una telaraña”.¹⁶ Luego insiste:

usted vive en el siglo XX, amigo Luna, si aprendiera usted a vivir en cualquier siglo, sabría que todo, absolutamente todo, es posible [...]. Debe usted liberar su cerebro y aceptar como posibles cosas que todavía no se han inventado. El sólo pensar en un nuevo aparato es una forma de empezar a crearlo.¹⁷

En suma, de una manera especialmente creativa, Oesterheld aborda el tema de la dominación, que ha sido problematizado por las ciencias sociales desde su origen. De hecho, unas décadas después de la publicación de las historietas, Pierre Bourdieu reflexionó sobre el concepto de violencia simbólica, con el cual explica que la dominación no sólo radica en la violencia física, sino también en el hecho

de que los dominados son prisioneros de sus propias estructuras psíquicas de dominación, las cuales han sido construidas socialmente y de las que no tienen conciencia. Por eso sugiere estudiar “la ‘subjetividad’ o, si se prefiere, [...] los cerebros bajo la forma de estructuras mentales, de percepción y de pensamiento”,¹⁸ pues la combinación entre estructuras mentales y estructuras sociales hace que las cosas aparezcan como naturales e inamovibles. En una suerte de diálogo póstumo con Bourdieu, Oesterheld habría denunciado “las categorías de pensamiento impensadas que delimitan lo pensable y predeterminan lo pensado”,¹⁹ idea que el francés desarrolló más tarde.

En sus relatos el historietista pone en duda lo inamovible, coloca a la imaginación como el núcleo para la emancipación y examina a conciencia la naturaleza del poder: lo disecciona en sus múltiples rostros develando sus más sutiles tentáculos, los más oscuros y ocultos. Pero volvamos ahora a nuestra pregunta inicial: ¿qué nos deja *El Eternauta* de Netflix? Luego de que la humanidad pasó por la pandemia del covid, ha visto decenas de películas futuristas y series apocalípticas y vive la destrucción del medioambiente, etc. La actual adaptación, en esta primera temporada, parece ingenua y repetitiva. El resultado todavía no revela la profundidad de la apuesta analítica del argentino, porque hay que recordarlo: con lápiz y papel, Héctor Oesterheld expuso un razonamiento crítico, intrépido e inteligente. Habrá que ver si en la próxima entrega la agudeza del autor es la protagonista. Pago por ver. 

14 *Id.*, pp. 175-176.

15 *Id.*, p. 242.

16 H. G. Oesterheld y Alberto Breccia, *Sherlock Time*, p. 52.

17 *Id.*, p. 46.

18 Pierre Bourdieu, *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona, 1997, p. 98.

19 P. Bourdieu, *Lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona, 2002, p. 11.



PAULA ABRAMO

es poeta y traductora, autora del poemario *Fiat Lux*. Ha traducido del portugués al español a autores como Joca Reiners Terron, Luiz Ruffato, Veronica Stigger, Raul Pompeia y Angélica Freitas. Fue traductora residente en el BILTC (Banff Centre, 2017) y parte de su trabajo de traducción puede verse en <https://www.traicionarespreciso.blogspot.mx>.



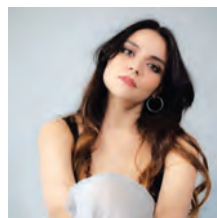
YÁSNAYA ELENA A. GIL

(Ayutla Mixe, 1981) forma parte del Colmix y ha colaborado en proyectos sobre divulgación de la diversidad lingüística y de atención a lenguas en riesgo de desaparición. Se ha involucrado en el desarrollo y traducción de material escrito en mixe y en la creación de lectores mixehablantes.



MÁRIO DE ANDRADE

(São Paulo, 1893-1945) fue un poeta, ensayista y cronista, fundador del modernismo brasileño. Además, se dedicó al estudio de la música brasileña, de la cual publicó ensayos sobre teoría musicológica. Su obra más importante es la novela *Macunaíma* de 1928.



LAURA BAEZA

es escritora, su libro de cuentos *Margaritas en la boca* fue publicado en 2012. En 2017 ganó el Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri con el libro *Ensayo de orquesta* y el Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo con *Época de cerezos*. Su primera novela es *Niebla ardiente* (2021).



ERICK DE LA BARRERA

(México, 1973) es investigador del Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad de la UNAM, donde estudia el cambio climático y sus efectos en los sistemas alimentarios a través de las plantas. Actualmente coordina el Programa Universitario de Alimentación Sostenible.



HERNÁN BRAVO VARELA

(Ciudad de México, 1979) es autor de doce libros de poemas, ensayo y varia invención, entre los que destacan *Oficios de ciega pertenencia* (1999 y 2004), *Hasta aquí* (2014), *Historia de mi hígado y otros ensayos* (2017) y *Modelo centinela* (2021). Es editor del *Periódico de Poesía* de la UNAM.



ADOLFO CASTAÑÓN

(Ciudad de México, 1952) es escritor y editor. Escribe poesía, ensayo, crítica literaria y traduce. Es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 2003. Obtuvo, entre otros premios, el Xavier Villaurrutia. Es autor de *Viaje a México: ensayos, crónicas y retratos* y *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante*.



ANDRÉS COTA HIRIART

es zoólogo y escritor. Conduce el podcast *Masaje cerebral* y el programa de televisión de la *Revista de la Universidad de México*. Preside la Sociedad de Científicos Anónimos y es autor de varios libros, entre ellos *Fieras familiares* (Libros del Asteroide, 2022) y *El ajolote* (Elefanta, 2023).



MARIANA ESCALANTE

es maestra en Relaciones Internacionales por la Universidad de Pekín y doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM, en donde es profesora-investigadora. Escribe sobre filosofía, las mujeres en China, el nacionalismo y la China actual. Es autora del libro *Nacionalismo y confucianismo en China contemporánea*.



ALEJANDRO ESPINOSA FUENTES

(Ciudad de México, 1991) es narrador, traductor, editor y ensayista. Estudió el doctorado de Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de *Nuestro mismo idioma*, *Agenbite of inwit*, *Sonámbulos* y *Mundo anclado*, ha ganado los premios nacionales José Revueltas 2015 y Julio Torri 2019. Es profesor en la UNAM.

EUGENIO FERNÁNDEZ
VÁZQUEZ

es periodista de oficio, se dedica a entender cómo y por qué trabajamos juntos, por lo que colabora con organizaciones forestales, cafetaleras y en temas ambientales para que la humanidad disfrute el mundo sin acabárselo. Dirige Comunicación y Construcción de Alternativas y el blog www.puentesyventanas.org.mx.

HAMLET ANTONIO
GARCÍA ZÚÑIGA

es investigador de tiempo completo titular C del INAH. Lingüista por la ENAH, tiene estudios de maestría en Lingüística Hispánica en la UNAM y es maestro en Ciencias en Metodología de la Ciencia por el IPN. Estudia el bilingüismo, la memoria y la diacronía. Trabaja las lenguas maya, moocho', amuzgo y los romances minorizados.



LOLA HORNER

(León, Guanajuato, 1985) es narradora, ensayista y doctora en letras por la UNAM. Su más reciente libro es *Otro bosque: mujeres y cuentos de hadas en Latinoamérica* (2023). Su trabajo narrativo gira en torno a la fantasía, las reescrituras y la idea de infancia.



TANYA HUNTINGTON

(Dakota del Sur, 1969) es escritora, pintora y, actualmente, editora de *Literal Magazine: Latin American Voices*. Doctora en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Maryland, ha sido divulgadora cultural en programas televisivos y radiofónicos.

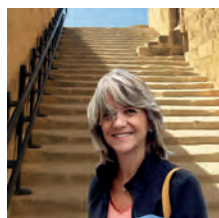
LEV JARDÓN
BARBOLLA

cursó el doctorado en Ciencias en el Instituto de Ecología de la UNAM (2012) y trabaja como investigador asociado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Su campo de estudio comprende la biología evolutiva y la genética de las poblaciones, entre otros temas.



EDUARDO LANGAGNE

(1952) es poeta y traductor. En 1994 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes; en 2016, el José Lezama Lima; en 2022, el Premio Nacional Letras de Sinaloa. En 2024 apareció su traducción de *El guardador de rebaños* en la UANL; en 2025, *Descifrar sus acertijos* y *Galería de ecos*.



ADRIANA MALVIDO

(Ciudad de México, 1957) ha ejercido el periodismo cultural por más de treinta años, desde que se inició en el diario *Unomásuno*. Es autora de *Nahui Olin: la mujer del sol*, *Por la vereda digital* y *La noche de la Reina Roja*. En 2012 recibió el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de entrevista.



EUGENIO MONTEJO

(Caracas, 1938-Valencia, 2008) fue un poeta venezolano, además de embajador, profesor e investigador. Fundó revistas como *Azar Rey* y *Poesía* de la Universidad de Carabobo. Publicó también poesía para niños y en 1998 ganó el Premio Nacional de Literatura de Venezuela.



INGRID OTS

es posdoctorante en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y doctora en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana. Ha colaborado en revistas dedicadas a la traducción y difusión de literatura extranjera, como *Eslavia* (Argentina) y *La Otra Margen* (Colombia).



BRUNO H. PICHÉ

es narrador y ensayista. Estudió en Concordia University, el Colmex y King's College. Obtuvo dos veces la beca Jóvenes Creadores y ha sido miembro del SNCA. Sus novelas más recientes son: *La mala costumbre de la esperanza* (2018) y *Los hechos* (2015). Actualmente trabaja en una biografía de Alfonso García Robles.



LEDA RENDÓN

es escritora, académica y crítica literaria franco-mexicana; es autora de *Tiempo bifido* (2012), *Cuento amarillo* (2020) y *La nariz de Gógol* (2021). Es profesora de tiempo completo en la UNAM y escribe la columna “Umbrales mínimos” en *Excélsior*. Es candidata a doctora en Letras Modernas por la Ibero.



ALONDRA RESÉNDIZ ASCENCIO

(Teapa, Tabasco) es latinoamericanista y reportera independiente. Ha publicado en medios mexicanos y en proyectos latinoamericanos. Su interés primordial son las prácticas y emociones en torno a los procesos silvestres, alimentarios y rurales. Fue miembro de la primera generación de la UIP.



ALIFÍE ROJAS

(Ciudad de México) es ilustradora científica especializada en especies de plantas y animales locales con importancia ecológica y cultural. Su obra se ha publicado en libros y revistas; además, ha sido exhibida en México y EUA. Gran parte de su trabajo es el estudio meticuloso del detalle taxonómico.



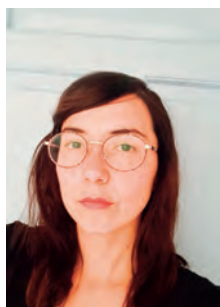
ÁLVARO RUIZ RODILLA

(Ciudad de México, 1988) es editor, ensayista, traductor e investigador en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM desde 2023. Fue editor de cultura en la revista *Nexos* entre 2016 y 2023. Su próximo libro está en prensa y se titula *Puertos de llegada. Traducción y revistas culturales (1950-1970)*.



PAULA SACCHETTA

es directora y guionista de documentales. Ha escrito y dirigido largometrajes y cortometrajes, series de televisión y pódcast. Es licenciada en Periodismo y colabora con diversos medios de comunicación brasileños e internacionales, en los que escribe sobre literatura, cine y fotografía.



INGRID SOLANA

es escritora, doctora en Letras por la UNAM y psicoterapeuta por la UIC. Ha publicado los libros *Notas inauditas*, *Memorias tullidas del paraíso* y *El teatro manifiesto*. Ha publicado textos en la revista *Casa del tiempo* de la UAM y ha sido docente en universidades mexicanas. Fue integrante del SNCA y becaria de la FLM.



HUGO JOSÉ SUÁREZ

(1970) es doctor en Sociología por la Universidad Católica de Lovaina, investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Boliviana de la Lengua. Entre sus libros se encuentran: *París a diario* (2022) y *Sueño ligero* (2012).



CÉSAR TEJEDA

(Ciudad de México, 1984) ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y del Programa Jóvenes Creadores. Es autor de las novelas *Épica de bolsillo para un joven de clase media* (2012), *Mi abuelo y el dictador* (2017) y *La compulsión autobiográfica* (2022).



ENZIA VERDUCHI

es poeta y miembro del SNCA. Ha publicado los libros *Cartas de usurpación* (1992), *El bosque de la hormiga* (2002), *40° a la sombra* (2012), *Los segundos y los días* (2018), *Groenlandia* (2018) y *Nanof* (2019, 2024). Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés, francés, portugués, italiano, hindi y polaco.



JULIO VILLANUEVA CHANG

es fundador de las revistas *Etiqueta Negra* y *Etiqueta Verde*. Además, es maestro de la Fundación García Márquez para el Nuevo Periodismo y ganó el Premio de Crónica de la Sociedad Interamericana de Prensa. Ha publicado *De cerca nadie es normal*, *Un aficionado a las tormentas* y *Mariposas y murciélagos*. Foto: Musuk Nolte.



LYUBA YAKIMCHUK

JACOBO ZANELLA

es una poeta ucraniana mundialmente premiada; sus poemas han sido traducidos a más de veinte idiomas y ha sido entrevistada por *The New York Times*, BBC, CBC y CNN. Su libro *Apricots of Donbas* fue candidato para el Prix Mallarmé. En 2022 realizó un *performance*, junto con otros artistas, de un poema suyo en los Grammys. Actualmente vive en Kiev, Ucrania.

(Guanajuato, 1976) es editor en Gris Tormenta, una editorial mexicana de ensayo literario y memoria que reflexiona sobre el oficio editorial en el siglo XXI y el libro como artefacto cultural desde una perspectiva actual. Finalizó el máster en Cultura Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid en 2016.

5.ª edición







Jóvenes en acción

ante la emergencia climática



¡No te pierdas la final!

Búscanos en www.climaton.unam.mx















Tiempo de Filmoteca UNAM CULTURA DE PAZ

Del lunes 8 al sábado 13 de septiembre | 22:00 h

EL RATÓN EN LA LUNA

(Reino Unido, 1962)
De Richard Lester



LA CIUDAD DE LA ALEGRÍA

(Francia/Reino Unido, 1992)
De Roland Joffé



EL GRAN DICTADOR

(Estados Unidos, 1940)
De Charles Chaplin



DR. INSÓLITO

(Reino Unido/Estados Unidos, 1964)
De Stanley Kubrick



REGRESO SIN GLORIA

(Estados Unidos, 1978)
De Hal Ashby



CINCO CÁMARAS ROTAS

(Palestina/Israel, 2011)
De Emad Burnat y Guy Davidi



tv·unam



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Julia Carabias Lillo

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nasheli Ramírez Hernández

COMITÉ EDITORIAL

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro

Vivette García Deister

Thelma Gómez Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Mariana Ozuna

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

Ignacio Sánchez Prado

Consulta nuestro aviso de privacidad en

<https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Suscripciones: 55 5550-5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Revista de la Universidad de México, año 8, número 924, septiembre de 2025, es una publicación mensual numerada editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Av. Insurgentes Sur 3000, Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04510, a través de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, con domicilio en Av. Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México. Teléfonos: 55-5550-5792 y 55-5550-5794, correo electrónico editorial@revistadelauniversidad.mx. Editora responsable: Sandra Barba García. Reserva de derechos al uso exclusivo del título número 04-2017-122017295600-102, ISSN: 0185-1330, ambos emitidos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Certificado de Licitud de Título y Contenido: 17669. Permiso SEPOMEX IM09-01025. Impresa en Fotolitográfica Argo, S.A. de C.V., Bolívar 838, Col. Postal, C.P. 03410, Benito Juárez, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en agosto de 2025, con un tiraje de 4 000 ejemplares, impresión tipo Prensa Plana, con papel bond de 105 g y papel couché de 100 g para los interiores y cartulina couché de 250 g para los forros.

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la Institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Revista de la Universidad de México no cobra aportaciones a sus autores para publicarse.

Distribuida por: Dirección de la Revista de la Universidad de México, Río Magdalena 100, La Otra Banda, C.P. 01090, Álvaro Obregón, Ciudad de México.

NÚMERO 924

SEPTIEMBRE DE 2025

ISSN 0185-1330

Jorge Comensal

DIRECTOR

Sandra Barba

COORDINADORA EDITORIAL

Julieta García González

COORDINADORA AUDIOVISUAL Y DE MEDIOS

Claudina Domingo

JEFA DE REDACCIÓN

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDICIÓN E INVESTIGACIÓN

María Fernanda Marín

EDITORA DE ARTE

Rafael Olvera Albavera

DISEÑO EDITORIAL

Yvonne Dávalos

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yazmín R. Romero Velasco

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Blanca Estela Díaz

DERECHOS DE AUTOR

América Sánchez

COMERCIALIZACIÓN

Abril Peña

COMUNICACIÓN

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA EDITORIAL

Javier Narváez

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Fabian Jendle

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Maricris Herrera

Israel Hernández

(Estudio Herrera)

DISEÑO ORIGINAL

En la composición de los textos se utilizaron las familias tipográficas Chronicle Text e IBM Plex Mono.

Agradecemos al Studio Sebastião Salgado y a su director, Fernando Eichenberg, por las imágenes del fotógrafo para este número.